

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

BIANCA®

Padre sin rostro

Miranda Lee

Padre sin rostro
Miranda Lee
3º Se busca niñera

Padre sin rostro (1998)
Título Original: A nanny named Nick (1997)
Serie Multiautor: 3º Se busca niñera
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 963
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Nick Joseph y Linda Sawyer

Argumento:

Nick Joseph era la fantasía de toda mujer: guapo, bueno con los niños y hábil en las labores del hogar, especialmente en el dormitorio. Linda Sawyer no pudo decir que no cuando él ofreció sus servicios como niñera temporal para su hijo.

Enseguida empezó a sentirse tan atraída por Nick como el pequeño Rory. Pero él no era el tipo de hombre que se casaba, así que, ¿cómo podía decirle que quería que cuidara también de ella, de forma permanente?

Y lo que era peor, ¿cómo reaccionaría Nick cuando supiera que estaba cuidando a su propio hijo?

Capítulo 1

De la calle llegaba el ruido de una moto aparcando en la acera. Treinta segundos más tarde, su propietario aparecía en la puerta del bar, bloqueando por un momento el sol de mediodía con su imponente silueta.

Dave levantó la mirada desde la mesa en la que estaba sentado tomando una cerveza y, al hacerlo, reconoció al recién llegado.

¡Nick! Nick había vuelto de donde quiera que hubiera estado durante los últimos dieciocho meses.

Dave no estaba seguro de si le gustaba que hubiera vuelto o no. Le caía bien Nick y le gustaba su compañía, pero se había sentido aliviado cuando el padre biológico de su sobrino desapareció de la faz de la tierra.

Su hermana, Linda, había decidido tener un hijo y Dave se había dejado convencer para buscarle un adecuado donante de semen.

Sabía que estaba haciendo mal, pero había pensado que, si no lo hacía, su testaruda hermana pequeña saldría por ahí a acostarse con cualquiera, fuera adecuado o no.

Su compañero sentimental había muerto mientras trabajaba como fotógrafo en Camboya y Linda había decidido llenar aquel hueco en su vida teniendo el hijo que Gordon siempre le había prometido, pero que no habían tenido nunca.

Pero no quería simplemente un hijo. Quería un hijo con la clase de herencia genética que hubiera tenido de ser Gordon el padre. Por lo tanto, el donante de esperma tenía que ser un genio. Y también un perfecto espécimen físico. Había visto un programa de televisión sobre una clínica en Estados Unidos que tenía «esperma inteligente» para mujeres que quisieran niños guapos y dotados y pensaba que aquello era una idea maravillosa.

Naturalmente, en Australia no había clínicas de aquel tipo. Y en el banco de esperma de Sidney, Linda no había encontrado nada que reuniera los requisitos para ser el padre de su «dotada» progenie.

Así que se dirigió a su hermano, como hacía siempre que necesitaba algo, para convencerlo de que encontrara a alguien, entre su círculo de atractivos y sofisticados amigos, que pudiera ser el donante. Alguien creativo, inteligente y poco convencional, que fuera enormemente atractivo y no tuviera escrúpulos en regalarle su semilla a una mujer.

Dave había pensado inmediatamente en Nick. Aunque la mayoría de la gente no lo hubiera hecho.

Sonrió para sí mismo mientras el hombre en cuestión entraba en el bar, llevando con él sus nada desdeñables atributos físicos.

Alto, moreno y guapo no era exactamente la mejor descripción. Aunque sí lo era superficialmente. Pero esa definición era demasiado simple para un hombre tan complejo como Nick.

A simple vista la gente, sobre todo las mujeres, no lo asociaba precisamente con la inteligencia o la creatividad. Dave comprendía aquel error. Era difícil ver más allá de aquel increíble cuerpo o pasar por encima del enorme atractivo sexual de sus ojos negros.

Nick no era lo que parecía. Además de su bien disimulado coeficiente intelectual, parecía tener menos de los treinta y cinco años que en realidad tenía, por lo que podía llevar el pelo largo, vaqueros ajustados y una chaqueta de cuero negro con un águila grabada en la espalda. Dave tenía apenas dos años más que Nick, pero sabía que a él aquella ropa le habría hecho parecer ridículo.

—¿Te importa si toco el piano, Hal? —preguntó Nick al camarero.

Hal negó con la cabeza y los clientes miraron asombrados a aquel pedazo de hombre acercarse al viejo piano, sentarse en el desvencijado taburete de madera y empezar a tocar una polonesa de Chopin.

Sus largos y finos dedos recorrían las teclas, de forma apasionada y perfecta en su ejecución. Los clientes del hotel se iban quedando callados a medida que tocaba. La música clásica no era la habitual en aquel lugar, pero podían reconocer la contradicción entre la apariencia del hombre y la brillantez con la que tocaba el piano.

Los dedos de Nick volaron sobre las teclas hasta que llegó al clímax de la pieza con una floritura de notas. Durante unos segundos, se quedó inclinado sobre el piano como si estuviera exhausto, con los ojos cerrados y el pelo sobre la cara.

Unos segundos después se irguió apartándose el pelo, cerró el piano e hizo un saludo burlón a su asombrado público. Dave empezó a aplaudir, seguido rápidamente por el resto de los clientes.

Nick se dio la vuelta, sonriendo a su amigo y le indicó que iba por una cerveza antes de sentarse.

—Veo que no has perdido tu toque —dijo Dave, cuando Nick se sentó en una silla a su lado.

—Estarás de broma —rió Nick—. Estoy completamente oxidado. No he tocado un piano desde la última vez que estuve aquí —dijo, bebiendo un trago—. Me hacía falta. Hace mucho calor para el mes de noviembre.

—Hace mucho tiempo que no nos vemos —dijo Dave.

—Es verdad —asintió Nick—. Tienes buen aspecto, Dave.

David sonrió porque sabía que no era verdad. Había sido un hombre guapo unos años antes, pero había ganado peso y se estaba quedando sin pelo. No es que le importara demasiado; su vida no dependía de su aspecto.

—¿Dónde has estado? —preguntó a su amigo.

—Por ahí.

—Ya veo que no has cambiado. Sigues tan comunicativo como siempre.

—Eso no es verdad. Tú y yo hemos tenido algunas de las charlas más largas de la historia en esta misma mesa. Hemos discutido de todo, de la A a la Z. Hemos resuelto los problemas del mundo y hemos analizado críticamente todos los libros que hemos leído.

—No estoy hablando de eso y tú lo sabes. ¡Maldita sea, Nick, por lo menos podías haber tenido la decencia de informarme antes de desaparecer! Creí que éramos amigos.

—Y lo somos. Pero ya me conoces. Nunca me quedo en ningún sitio demasiado tiempo. Me aburro.

Dave no estaba seguro de cuánto tiempo había estado Nick yendo a aquel bar antes de su desaparición. Un par de meses quizá, pero parecía más tiempo. Las charlas con él eran muy interesantes porque había estado en montones de sitios y había hecho un millón de trabajos, desde obrero en una refinería de petróleo hasta cocinero o albañil.

—Bueno, ¿con cuánto tiempo nos vas a honrar esta vez?

—Quién sabe. Una semana, un mes, un año. Depende.

—¿De qué?

—No me preguntes, Dave. Voy donde me parece.

—Seguro que hay por medio alguna mujer —susurró Dave.

La expresión de Nick se congeló y sus ojos oscuros atravesaron a Dave como una daga.

—¿Qué demonios estás intentando decirme?

Dave se quedó desconcertado. Aquél era un lado de Nick que nunca había visto antes. El repentino cambio de humor era sorprendente.

Toda su actitud, su aspecto físico y su voz habían cambiado en un segundo.

—No te pongas así —dijo Dave rápidamente—. Sólo estaba imaginando la razón para tu rápida desaparición de Sidney. Me había imaginado que alguna de tus mujeres había intentado echarte el lazo.

Nick se relajó visiblemente y volvió a ser inmediatamente el de siempre, con una sonrisa divertida en los labios.

—¿Alguna de mis mujeres? —preguntó, apoyándose en el respaldo de la silla y dando otro trago a su cerveza—. Hablas como si tuviera un harem.

—¿Y no lo tienes?

—En absoluto. Me gustan de una en una.

—Sí, seguro. De una noche en una noche querrás decir. Nunca te he visto con la misma mujer dos veces seguidas.

—La variedad es la sal de la vida, ya sabes —dijo Nick, encogiéndose de hombros.

—Que tío con suerte. Si yo tuviera tu aspecto, sería como tú. Aunque, para decir la verdad, creo que prefiero mi vida de soltero. Las mujeres no traen más que problemas. Entonces, ¿no te marchaste de Sidney porque una mujer empezó a oír campanas de boda?

—No, por Dios. Nunca me mezclo con ese tipo de mujer. Pero sí ha sido una mujer lo que me ha traído a Sidney de vuelta —admitió.

—¿Ah, sí? Soy todo oídos. Debe de ser muy especial para hacerte volver.

—No me creerías si te dijera quién es —dijo Nick, riendo.

—Yo de ti me lo creo todo.

—Es una monja.

—Una monja —repitió Dave, moviendo la cabeza—. Por Dios bendito, Nick, ¿no hay miles de mujeres disponibles en el mundo sin que tú tengas que pervertir a una inocente criatura?

—Sor Augustine está a punto de cumplir los ochenta —dijo Nick riendo.

—Ah, en ese caso es posible que esté segura.

—Prácticamente me crió.

—¿En serio? Cuéntame.

—No hay mucho que contar. Su orden solía encargarse de un orfanato de Strathfield. A mí me dejaron en su puerta un día hace treinta y cinco años, cuando sólo tenía un par de semanas, con una nota diciendo que mi nombre era Nick. Las hermanas y sobre todo la hermana Augustine, me criaron y me dieron el apellido Joseph.

—¿Por qué no fuiste adoptado si eras tan pequeño?

—Tenía muchas posibilidades, pero me han contado que cada vez que un matrimonio quería adoptarme, tenían que tomar el té con sor Augustine, tras lo cual cambiaban repentinamente de opinión y elegían otro niño. Debía decirles que era deficiente

mental o Dios sabe qué. Ella siempre ha dicho que nunca mintió sobre mí e insiste en que fue designio de Dios que me quedara con ellas. En fin, cuando cumplí dos años las monjas dejaron de mostrarme a posibles padres y me quedé definitivamente en el orfanato, donde pudieron mimarme a gusto.

—¿Lo ves? Las mujeres se enamoraban de ti incluso entonces.

Nick sonrió. Era una sonrisa suave y dulce que mostró a Dave otro aspecto de Nick. Su lado sensible.

—Yo creo que se sentían solas. Especialmente sor Augustine. Probablemente tenía demasiado instinto maternal. Y hablando de instinto maternal, ¿qué ha pasado con la pareja que no podía tener hijos? ¿Funcionó el asunto? ¿Hay algún niño por ahí desde el año pasado?

Dave no sabía qué decir. No había querido contarle la verdad y se había inventado una pareja de amigos que no podía tener niños y no encontraban un donante decente por los cauces habituales. Tras su abrupta desaparición, nunca se hubiera imaginado que volvería y preguntaría sobre el resultado de su generosidad dieciocho meses antes.

Dave lo pensó unos segundos antes de contestar.

No pensaba presentarle a Linda y a su hijo, pero siempre existía la posibilidad de un encuentro accidental y no podía arriesgarse a que supiera nada.

—No...bueno, Nick, no funcionó —mintió Dave—. La mujer no era demasiado joven, así que quizá ha sido lo mejor.

—Supongo que tienes razón —asintió Nick—. La verdad es que después lo pensé y me ponía un poco nervioso pensar que habría un hijo mío por ahí al que nunca conocería.

Una imagen mental del precioso niño de Linda apareció en la mente de Dave. Rory era una copia exacta de Nick; el pelo rizado y oscuro y grandes ojos castaños. Tenía nueve meses y ya caminaba a gatas. Era un niño guapo y fuerte. Igual que Nick.

Aunque pensó que era una pena que Nick nunca conociera a Rory y viceversa, el sentido común le decía que mantuviera a padre e hijo separados. Para empezar, Linda había exigido que las identidades permanecieran en el más riguroso de los secretos, porque prefería pensar que el niño era hijo de Gordon.

Aunque, para ser honrado, el niño no se parecía en absoluto a Gordon, a pesar de que éste también había sido alto, fuerte y moreno. Gordon era más bien un chico guapo y elegante y el niño de Linda era la viva imagen de su auténtico padre, cuyo cuerpo era todo músculo y sus rasgos faciales, como esculpidos en granito. Una

mirada a los dos juntos y cualquiera hubiera notado el parecido.

No, Nick nunca sabría la verdad. Si hubiera querido ser padre, podía haberse casado. Dave miró a su amigo y se preguntó por qué no lo habría hecho. ¿Por qué seguía viajando de un lado a otro, sin asentarse en ninguna parte? ¿Le habría ocurrido algo en el pasado que hacía que desechara la idea de tener una familia? Quizá había sufrido un desengaño amoroso.

Pero Nick no parecía haber sufrido desengaño alguno. Sentado allí, tomando una cerveza, con las largas piernas estiradas frente a él, parecía feliz y totalmente relajado.

Dave buscó una explicación más simple para el estilo de vida de su amigo. Su infancia entre monjas no era precisamente el ejemplo de una vida familiar normal. Admitía haber sido enormemente mimado y quizá eso le habría enseñado que sólo tenía que satisfacer sus propias necesidades.

Pero todo aquello no eran más que especulaciones.

—¿Nick?

—¿Sí? —preguntó, dejando el vaso de cerveza sobre la mesa.

—¿Cómo es que nunca te has casado y has tenido hijos?

¿Estaba equivocado o Nick había vuelto a quedarse rígido?

—¿Por qué preguntas eso? —preguntó a su vez Nick con frialdad.

—Por curiosidad. Eres un tío guapo y desde luego no eres homosexual. La inmensa mayoría de los hombres se casa tarde o temprano.

—El matrimonio no es para mí —dijo de nuevo con frialdad.

Pero cuando sonrió, el viejo Nick volvió de nuevo. Sus ojos negros brillaban y en sus labios tenía un gesto burlón.

—Yo podría preguntarte lo mismo, Dave. ¿Por qué no te has casado y has formado una familia?

—Me casé una vez.

Nick se quedó mirándolo, sorprendido.

—¿Qué pasó?

Dave se encogió de hombros.

—Nada especial. Nos divorciamos. Pero desde entonces no quiero saber nada del matrimonio. Y sobre los niños...la verdad es que no los puedo tener.

—Vaya, qué mala suerte. Hubieras sido un buen padre.

—Bueno, eso es cuestión de opiniones. En realidad, Dave no era la clase de hombre que se relacionaba bien con los niños. Desde el primer día le había dicho a Linda que no esperase que él cuidara al niño salvo en un caso de extrema urgencia y que, si era

suficientemente ingenua como para querer ser una madre soltera, la responsabilidad sería suya y sólo suya.

Linda se había predispuesto a ser madre viendo el mundo de color de rosa, sólo para descubrir que no eran tan fácil como había pensado.

Los problemas habían empezado con una depresión post–parto y su incapacidad para darle el pecho al niño. Después había tenido que aceptar con tristeza que, aunque adoraba a Rory, lo de ser madre veinticuatro horas al día, siete días a la semana, era mucho más complicado de lo que parecía.

Pero Linda era una mujer de carácter y no se había dejado vencer. Había contratado a su vecina para que cuidara de Rory durante el día, mientras ella iba a trabajar. No le hacía demasiada gracia, pero al menos conservaba la cordura.

La experiencia de Linda confirmaba a Dave que los Sawyer no eran padres naturales, y que no tener hijos no era el fin del mundo.

—Si te digo la verdad, —dijo Dave— no me preocupa. Siempre me ha encantado mi trabajo y los niños nunca han sido una prioridad en mi vida, incluso antes de saber que era estéril. Mi mujer tenía razón al divorciarse de mí. Ahora tiene otro marido y tres niños.

—¿Qué tal el trabajo en el periódico? —preguntó Nick.

—Agotador, como siempre; llevo veinticuatro horas sin dormir para sacar la edición del domingo. Estoy a punto de irme a la cama, pero antes tengo que ir al servicio. Si suena mi móvil, dile a quien sea que estoy en coma.

Capítulo 2

Nick observó a su amigo cruzar el bar con paso cansado. Pobre Dave, pensó. Podía entender que no quisiera volver a casarse después de que su primer matrimonio acabara en divorcio. Una y no más era algo que Nick entendía muy bien.

Aquel pensamiento le dio un escalofrío y decidió apartarlo de su mente.

Sus pensamientos volvieron a la «donación» que, según Dave, no había funcionado.

Inicialmente, la idea de darle un hijo a una mujer que lo deseaba desesperadamente, le había hecho sentirse bien, pero sus sentimientos sobre el asunto habían cambiado. La idea de ser padre había empezado a molestarlo y a absorberlo.

Una semana después de darle a Dave lo que le pedía, había sentido la necesidad de saber quién era esa mujer. Se preguntaba si sería una buena madre y si había hecho bien en darle los medios para que tuviera un hijo suyo.

Un hijo suyo. No de su marido. Por eso se había marchado de Sidney dieciocho meses antes. Porque si se hubiera quedado, se habría puesto a investigar. Aunque sabía que era un error.

Se había marchado de Australia para olvidarse de todo ello, pero nada había podido apartar su mente de aquel hijo desconocido y, al final, cuando se había visto forzado a volver, se encontraba con que el hijo misterioso que lo había estado acechando en sueños no existía. Que nunca había existido.

Nick sintió una dolorosa decepción.

Debería sentirse aliviado de que aquella mujer no hubiera tenido a su hijo porque no quería traer a ningún hijo al mundo, ni siquiera a uno desconocido. ¿Qué le estaba pasando? Había dejado de mortificarse a sí mismo diez años antes y no quería volver a empezar a hacerlo.

Estaba tomando un trago de cerveza, cuando el sonido del teléfono móvil de Dave le hizo dar un salto. Como Dave aún no había vuelto del servicio, tomó el teléfono y pulsó el botón de recepción.

—Dígame.

—Tengo que hablar con Dave —dijo una impaciente voz femenina—. Soy Linda, su hermana.

Nick parpadeó sorprendido. No tenía ni idea de que Dave tuviera una hermana.

—Ahora mismo no se puede poner —dijo Nick—. ¿Quieres que

le dé algún recado?

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó ella con tono irritado.

—Me llamo Nick y soy un amigo de Dave.

—¿Dónde está Dave, maldita sea? ¡Siempre se está quejando de que tiene que estar pegado al teléfono todo el día y, para una vez que lo llamo, no está!

—Estamos en el pub y ha ido un momento al servicio. ¿Puedo ayudarte?

—En el pub —dijo ella irónica—. Por lo menos no podrá decirme que esta tarde no puede ayudarme porque tiene mucho trabajo.

—¿Ayudarte a qué? —preguntó Nick.

—A arreglar mi jardín.

—¿Qué le pasa a su jardín?

—Acabo de llamar al jardinero, pero parece que está enfermo y yo necesito que alguien me corte el césped hoy mismo. Tengo invitados para cenar y con la lluvia que ha habido este mes, la hierba me llega a las rodillas. Pero bueno, ¿dónde está mi hermano? Supongo que ya habrá salido del servicio.

—No me gusta tener que decirte esto, Linda, pero me parece que tu hermano no va a poder echarte una mano. Lleva veinticuatro horas trabajando en el periódico y está exhausto.

—Por favor, ¿no creerás que me voy a tragar esa tontería, no? Dile a Dave que se ponga, por favor —insistió.

—Ya te he dicho que está en el servicio. Y después se va a ir a dormir. Mira, dame tu dirección y yo mismo iré a cortar el césped.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿Y por qué ibas a hacer eso? Si ni siquiera me conoces.

—Soy el mejor amigo de Dave —dijo Nick exagerando un poco. Además, casi le hacía gracia hacerse el noble frente a la falta de compasión de Linda—. Los amigos se ayudan unos a otros cuando hace falta.

—Ah. Muy bien. A caballo regalado no le mires el diente. Gracias —dijo con desgana, dándole una dirección en Balmain que estaba a menos de veinte minutos del hotel en el que estaba sentado en aquel momento—. Las herramientas están en el garaje —informó ella con brusquedad—. Llama a la puerta y Madge te dirá dónde está. La llamaré para decirle que vas a ir.

—¿No estás en casa?

—No. Estoy en el trabajo.

Nick se preguntó quién sería Madge. ¿Una amiga, una

compañera de piso, otra hermana?

—Muy bien. No te preocupes, Linda, tu jardín estará arreglado esta tarde. Tienes mi palabra.

—Eres muy amable, Nick. Te llamas Nick, ¿verdad?

—Sí.

Ella suspiró y a Nick aquel sonido le hizo pensar inmediatamente en sexo. Siempre le habían gustado las mujeres que suspiraban cuando él les hacía el amor. Especialmente después.

—Mira, perdona que haya sido tan grosera —se disculpó ella, suspirando de nuevo y haciendo que él pensara en ella desnuda, en su cama—. La vida es muy complicada últimamente. ¡Sí, Sue, enseguida termino! Perdona, pero tengo una compañera esperando una llamada y además tengo que colgar porque hay que cerrar edición. Adiós —dijo antes de colgar.

¿Cerrar edición? Otra periodista en la familia, sin duda. Se preguntó qué aspecto tendría aquella Linda. Parecía más joven que Dave por la voz y sería soltera porque si no lo fuera, su marido habría cortado el césped. A menos que estuviera divorciada, por supuesto. Las mujeres de carrera a menudo acababan divorciadas.

A Nick le gustaban las mujeres de carrera porque les gustaba el sexo sin complicaciones, como a él.

—¿Quién ha llamado? —preguntó Dave, sentándose en la silla —. ¿No sería del periódico?

—No. Tu hermana. No me habías dicho que tenías una hermana.

Dave pareció quedarse sin palabras durante un momento y después se echó a reír.

—¿No creerás que iba a hablarte de una hermana mía, verdad?

—O sea que es guapa; ya me había parecido. ¿Cuántos años tiene?

—No es asunto tuyo. Bueno, ¿qué quería?

Nick se dio cuenta de que a Dave no le hacía gracia que tuviera ninguna clase de contacto personal con su hermana, pero ¿quién podía culparlo? Así que decidió que no le diría nada.

—Quería pedirte que cortaras el césped de su jardín esta tarde. Su jardinero está enfermo.

—¿Y?

—Le he dicho que estabas demasiado cansado para hacerlo y que llamara a otra persona. Ha dicho que lo haría y ha colgado.

Dave parecía asombrado.

—¿De verdad? ¿Así de fácil?

Estaba claro que aquel no era el comportamiento normal de Linda y Nick decidió, en aras de la credibilidad, elaborar un poco

más la mentira.

—Bueno, al principio no le hizo ninguna gracia, pero yo fui muy convincente sobre tu agotamiento. Al final, aceptó seguir mi consejo y llamar a otra persona.

—Eres un verdadero amigo, Nick.

—Desde luego que sí. Y ahora, vete a la cama. Te veré por aquí el próximo sábado, si no antes.

—Eres un buen tío, Nick. No he querido ofenderte con lo de mi hermana. Es que...

—Es tu hermana pequeña y quieres lo mejor para ella —terminó Nick burlón.

—Algo así.

—¿Cuántos años tiene esa jovencita que tanto quieres proteger? —preguntó con curiosidad.

—Treinta y uno.

—Ya no es una niña, Dave —le recordó Nick—. Además, me ha dado la impresión de que podía manejarse sola perfectamente.

—Cuando quiere, es más dura que yo, eso desde luego —rió Dave.

—Pues deja de preocuparte por ella —aconsejó Nick—. Yo conozco bien a las mujeres y sé que no te dará las gracias.

—No conoces a Linda —dijo Dave burlón.

—¿Tiene mal carácter, no?

—No es que tenga mal carácter, pero a veces puede ser muy testaruda.

Nick lo creía. Las mujeres guapas en general eran de carácter fuerte. Y estaba seguro de que Linda Sawyer era muy guapa. Su hermano no se preocuparía tanto por ella si no lo fuera.

Era una pena que estuviera trabajando aquel día, pensó Nick. Le hubiera gustado conocerla en carne y hueso.

Aquel pensamiento lo excitó. Había pasado algún tiempo desde la última vez que estuvo en la cama con una mujer.

No era tan mujeriego como Dave creía, pero el sexo era muy importante para él; no le gustaba estar mucho tiempo sin el placer y la tranquilidad que le daba el cuerpo de una mujer. Hacer el amor a menudo calmaba los demonios que dormitaban en lo profundo de su alma.

—Vete a casa, Dave.

Dave asintió, se guardó el móvil en el bolsillo y salió del bar.

La mirada oscura de Nick recorrió la barra, en la que había una mujer sola, tomando una copa y fumando un cigarrillo. Cuando sus ojos se encontraron, ella lo miró descarada e invitadora. Desde

aquella distancia, no parecía fea. Pero sí vulgar y a Nick nunca le había gustado la vulgaridad.

Irritado, se levantó con brusquedad y se dirigió hacia la puerta.

El sol calentaba aún más que cuando había llegado y el calor y la humedad eran opresivos.

Cortar el césped con aquel calor le haría bien, decidió Nick montando en su *Harley–Davidson* y poniéndose los guantes. El agotamiento físico le haría olvidar el sexo; por eso aceptaba a menudo trabajos que le exigían fuerza física. Pero esperaba que fuera un jardín muy grande, un jardín enorme.

Capítulo 3

Era diminuto. Dos pequeños rectángulos de hierba hasta el tobillo a cada lado de la entrada. Pero la casa no era pequeña en absoluto. Tenía dos pisos y sobre las ventanas que miraban al oeste colgaban toldos de rayas marrón y blanco. Era una casa de muros blancos, con garaje y tejado de terracota.

Uno sólo tenía que mirar las casas de ladrillo oscuro de primeros de siglo al otro lado de la calle, para saber que aquella era una casa de construcción reciente. Y muy cara.

Lo que le hizo volver a pensar en la misteriosa Madge. ¿Sería una amiga rica con la que Linda vivía? ¿O una de esas mujeres sofisticadas que creía que una mujer nunca podía ser ni demasiado rica ni demasiado delgada?

Nick se dirigió hacia el elegante porche y llamó al timbre. Cuando una mujer entrada en carnes y en años abrió la puerta, intentó no demostrar su sorpresa. Desde luego, una amiga rica y sofisticada no era. Tenía el pelo gris y respiraba con dificultad, probablemente por el esfuerzo de bajar la escalera que Nick podía ver tras ella.

Cuando la mujer lo miró de arriba abajo, con un brillo de desaprobación en los ojos, se alegró de haber dejado la chaqueta de cuero y los guantes dentro de la maleta de su *Harley*. A él le parecía que no estaba tan mal con sus vaqueros y una camiseta blanca, pero no se había afeitado y eso parecía haber capturado la atención crítica de Madge.

También se alegraba de haber dejado la moto donde Madge no pudiera verla. La había dejado en la pared de cemento que conectaba la casa con el garaje.

—Nick, ¿verdad?

—Ese soy yo —sonrió él—. Y usted debe de ser Madge.

Su sonrisa fácil pareció hacerle más simpático, porque ella le devolvió la sonrisa y la adusta expresión de sus ojos desapareció.

—Sí. Qué calor hace ahí fuera, ¿verdad?

—Desde luego.

—Entre. ¿Le gustaría tomar algo frío antes de ponerse a trabajar? ¿O prefiere que le lleve al garaje directamente?

—Lo mejor será que primero corte el césped. No me sorprendería que luego tuviéramos tormenta.

—¿Usted cree? —preguntó ella, mirando al cielo—. Linda se llevará un disgusto si llueve porque quiere servir la cena en el jardín.

Quizá Madge era la cocinera, pensó Nick.

—Pase por aquí —dijo ella, dirigiéndose hacia la derecha.

Nick la siguió, cerrando la puerta. El interior era agradablemente fresco y estaba diseñado como un enorme espacio sin puertas, con suelos de madera y techos muy altos.

Entraron en un enorme salón rectangular, dividido en dos estancias diferentes por tres amplios escalones de madera. En medio de una de ellas, sobre una multicolor alfombra persa había un caro sofá negro de piel, con dos sillones a juego, alrededor de una mesa de cristal.

Bajando los escalones había una mesa de comedor también de cristal, rodeada de seis sillas negras de piel y, en el centro de la mesa, una original y valiosa escultura de una pantera negra.

Además de aquella pieza, no había más objetos de arte en la habitación. No había esculturas en las esquinas, ni cuadros en las paredes blancas, sólo una chimenea cuyo frente era de hierro forjado.

A Nick le gustaba la elegante simplicidad de la decoración.

—Bonita casa —murmuró.

—Cuando Linda termine de decorarla va a quedar preciosa.

Nick esperaba que «terminar de decorarla» no significara colocar cortinas en una de las paredes, que era completamente de cristal y mostraba una espectacular vista del puerto.

En el original jardín trasero había enormes tiestos con plantas y una mesa y sillas de madera. Nick podía imaginarse lo agradable que sería estar sentado allí una noche de primavera, siempre que no lloviera. Pero las oscuras nubes en el horizonte no parecían augurar nada bueno para la cena de Linda.

—Por aquí —dijo Madge, abriendo una puerta blanca, camuflada en la pared. Varios escalones llevaban al garaje, en el que había más cajas de las que Nick había visto nunca. No había ningún coche, pero con todas aquellas cajas sólo quedaba sitio para uno. O Linda no tenía coche o se lo había llevado a trabajar.

—La cortadora de césped está en esa esquina —señaló Madge—. Intente no hacer demasiado ruido, acabo de dormir al niño.

—¿Niño? ¿Qué niño? —preguntó Nick sorprendido.

—El niño de Linda —contestó Madge, mirándolo con sorpresa—. Creí que usted era un amigo de la familia.

—En realidad, no. Soy amigo de Dave. Linda y yo no nos conocemos.

—Ah, Dave —dijo Madge, haciendo una mueca—. Ese hombre es un completo desastre. Se porta como si Rory le diera pánico, pero

yo creo que es para no tener que cuidarlo.

—¿Y el padre del niño? —preguntó Nick, intrigado.

—Es una historia muy triste. El padre del niño murió en Camboya; le explotó una mina anti–personas. Linda estaba con él cuando ocurrió. Ella también es periodista, ya sabe y él era un fotógrafo muy conocido. Iban juntos a todas partes. Pobrecilla —dijo Madge, con lágrimas en los ojos—. Ni siquiera sabía que estaba embarazada cuando ocurrió el accidente. No sólo eso, iban a casarse cuando volvieran a casa.

El corazón de Nick se encogió.

—Qué mala suerte.

—Sí. No sé cómo Linda lo ha podido soportar, de verdad. Es una mujer muy valiente. Compraron esta casa hace unos años y la arreglaron, pero no paraban mucho por aquí porque siempre estaban viajando por todo el mundo. Él hacía las fotografías y ella escribía los reportajes.

Nick no decía una palabra para seguir escuchando la historia.

—Bueno, un día cuando estaba a punto de dar a luz, Linda apareció en mi casa y me preguntó si podría invitarla a una taza de té. Se sentía muy sola, la pobre. Como le he dicho, ese hermano que tiene es un desastre y sus padres han muerto, así que no tenía con quién hablar. Después de aquel día, me visitaba regularmente y nos hicimos amigas. Cuando nació Rory y empezó a tener problemas, se desesperaba. Yo hice todo lo que pude para ayudarla, pero, francamente, Linda no es de esa clase de mujeres que puede estar todo el día en casa con un niño. Se volvía loca.

—No debe ser fácil sin un padre —murmuró Nick, comprensivo.

—Desde luego que no. Pero yo creo que pronto encontrará a alguien que la quiera y quiera ser el padre de Rory. Es una chica muy guapa, ¿sabe? Desde que volvió a trabajar, yo cuido del niño y lo hago encantada, aunque a veces se porta como un diablillo. Tiene mucho carácter, como su madre. Pero, bueno, seguramente lo estaré aburriendo. Lo mejor será que empiece a cortar el césped.

Nick se puso a ello, pero en su mente seguía la historia de Linda. Era realmente trágica, pero no creía que la solución fuera que se casara con cualquiera. Había visto muchos padrastros que ni querían ni sabían cuidar de los hijos de otro hombre.

Pero aquello no era asunto suyo. Él sólo estaba allí para cortar el césped.

No tardó más que quince minutos en terminar el trabajo. Cuando paró la cortadora y volvió a llevarla al garaje, oyó el llanto de un niño.

Nick suspiró, lamentando haber despertado al crío, pero no podía hacer nada. Cortar el césped era un trabajo ruidoso y pesado. El sudor hacía que la camiseta se le pegase a la espalda y decidió aceptar la oferta de Madge de tomar algo frío.

Cuando abrió la puerta, el llanto había aumentado de intensidad y alternaba gritos y sollozos.

¿Por qué no iba Madge a ver qué le pasaba al niño?

Nick cruzó la habitación con gesto preocupado. No aprobaba la idea de dejar que un niño llorara hasta quedarse dormido, sobre todo cuando el llanto había pasado a ser histeria.

La figura inerte de Madge tumbada al final de la escalera lo explicó todo. Lanzando una exclamación, Nick corrió hacia la mujer.

Cuando estaba a punto de hacerle la respiración artificial, Madge lanzó un gemido y abrió lentamente los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nick.

—Me he caído —dijo con un hilo de voz—. Creo que me he roto algo.

—Voy a llamar a una ambulancia —dijo él—. Tranquila, Madge. Dentro de un momento estará en el hospital.

—Rory... —murmuró, cuando los gritos del niño se hicieron aún más audibles si aquello era posible.

—¿Está en la cuna?

—Sí.

—No se preocupe. Lo primero es usted, Madge. En cuanto llame a la ambulancia, me encargaré del niño.

—De acuerdo —dijo Madge, con un suspiro.

Nick llamó a urgencias, donde le aseguraron que una ambulancia se dirigía inmediatamente hacia allí. Después, subió las escaleras de un salto, siguiendo el ruido del llanto, hasta una habitación donde un niño de un año, más o menos, estaba de pie en la cuna gritando y sacudiendo la cuna.

Cuando vio a Nick, Rory dejó de gritar durante medio segundo, como si estuviera intentando averiguar quién era aquel extraño que no se parecía ni a su madre ni a Madge. Y después volvió a llorar, incluso más fuerte que antes.

Nick se acercó a la cuna y lo tomó en brazos, ignorando sus aullidos de protesta.

—Cállate, Rory —dijo—. Madge se ha hecho daño y lo último que necesita es oírte gritar.

Rory volvió a callarse durante otro segundo, inspeccionando con los ojos muy abiertos a aquella persona que conocía su nombre y le

hablaba con tanta autoridad. Nick se dio cuenta de que no había lágrimas en sus regordetas mejillas.

—Mentirosillo —sonrió Nick.

Rory le devolvió una gloriosa sonrisa, que mostraba el principio de un diente.

Nick sintió una punzada de dolor en el corazón.

—Ni se te ocurra, timador —susurró mientras salía con el niño de la habitación—. No puedes ablandarme tan fácilmente.

Pero parecía que sí podía. Y Madge también.

Nick se encontró a sí mismo prometiéndole a la mujer todo tipo de cosas, sobre todo quedarse con el niño hasta que su madre volviera a casa.

—Si cree que puede hacerlo —añadió Madge, casi sin voz.

Desgraciadamente, Nick había demostrado lo bien que podía hacerlo durante los quince minutos que tardó en llegar la ambulancia. Durante aquel tiempo, colocó a Madge en una posición más cómoda en el suelo, cambió el pañal de Rory y le dio un zumo de naranja. El niño parecía encontrarse a gusto con él. Era eso o que le gustaba jugar con su pelo que, aunque no era demasiado largo, lo era mucho más que los rizos de Madge.

Fuera lo que fuera, no volvió a llorar.

Desafortunadamente, no pudieron hablar con Linda antes de que la ambulancia se llevara a Madge porque su teléfono comunicaba todo el tiempo y Nick tuvo que cumplir la promesa de quedarse con Rory hasta que su madre llegara a casa, alrededor de las cinco.

Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Madge ya tenía suficientes problemas.

Cuando se fue la ambulancia, Nick salió a la calle y, sujetando a Rory con un brazo, llevó con la otra mano su moto hasta el garaje. No le importaba hacer el papel de caballero andante, mientras no perdiera su más preciada posesión. Poniéndose la mochila a la espalda, volvió a entrar en la casa y se dispuso a pasar el tiempo hasta que llegara Linda.

En un saloncito del piso de arriba encontró una televisión y se sentó para ver un partido de fútbol, con Rory sobre sus rodillas. A mitad del partido, el niño empezó a quedarse dormido y Nick lo volvió a poner en su cuna, sintiéndose aliviado cuando aquellos ojazos negros se cerraron.

Madge le había dicho que tenía nueve meses, pero parecía mayor.

—Eres un enano muy guapo —dijo, alejándose de puntillas.

Nick volvió a intentar llamar a Linda, pero seguía comunicando.

Frustrado, llamó a sor Augustine y le dijo que quizá no llegaría aquella noche, pero no le explicó lo que estaba haciendo por miedo a que llegara a una conclusión equivocada, sor Augustine siempre intentaba convencerlo de que sentara la cabeza y no quería darle falsas esperanzas. Cada vez que hablaban por teléfono, le preguntaba por todo lo que estaba haciendo, pero nunca estaba contenta de cómo y dónde, siempre quería saber los cuándos y los porqués. Y siempre le preguntaba cómo se sentía. ¿Es que las mujeres no sabían que a los hombres les gusta mantener sus sentimientos ocultos? En fin, simplemente le dijo que había tenido problemas con la moto.

Cuando colgó, volvió a llamar a Linda. Seguía comunicando.

Nick volvió a subir para ver cómo estaba el pequeño y su cara se suavizó con una sonrisa cuando miró la cuna. Estaba durmiendo como un ángel. Todos aquellos gritos lo habían dejado agotado.

El reloj de Nick marcaba las tres y veinte; faltaban casi dos horas hasta que Linda llegase a casa. Frotándose la barbilla, pensó que le iría bien un afeitado. Y una ducha. No quería que la señora de la casa pensara que era un vagabundo.

Pero antes hizo un pequeño reconocimiento del segundo piso. Al lado de la habitación de Rory había un baño y al otro lado, un dormitorio grande con un balcón que tenía vistas al puerto. Frente a éste, otro dormitorio pequeño y el saloncito en el que había estado viendo la televisión.

La decoración del piso de arriba era agradable y cálida, en contraste con el aspecto moderno del piso de abajo. Los suelos estaban cubiertos de moqueta gris y el saloncito era espacioso y muy cómodo.

En él había un enorme sofá tapizado en terciopelo azul, una estantería con una televisión, vídeo y un equipo de música. En una esquina había una encimera de granito y, tras ella, un pequeño espacio que servía de cocina y bar. Además de la pequeña nevera, contenía todo tipo de utensilios de cocina, desde un micro–ondas hasta un tostador. Debajo de la encimera, había armarios llenos de bebidas, vasos, cubiertos, platos, té, galletas y comida para niños.

Nick supuso que en el piso de abajo habría otra cocina más grande, pero por el momento aquella era suficiente para sus necesidades y las del niño.

Otra mirada a su reloj le dijo que eran las tres y media. Hora de ducharse, pensó, dirigiéndose hacia el baño.

Nick tenía costumbre de cantar bajo la ducha. Sobre todo, ópera. O una de aquellas canciones de Mario Lanza que las monjas le

habían enseñado cuando era un niño. Especialmente, las canciones religiosas.

Tenía una buena voz de tenor y se lanzó a cantar una de sus favoritas, mientras se enjabonaba. Se olvidó por completo de Rory y seguía cantando a pleno pulmón cuando cerró el grifo y oyó los gritos del niño.

La siguiente línea de la canción fue inmediatamente reemplazada por una maldición que hubiera hecho que sor Augustine y Mario Lanza se ruborizaran. Nick se secó rápidamente el pelo, se envolvió una toalla azul alrededor de la cintura y salió del baño.

—¡No te quites el pañal! —advirtió, mientras abría la puerta de la habitación.

De nuevo, el niño dejó de llorar cuando lo vio.

Nick se quedó parado, con las manos en las caderas, mirando al niño.

—Tengo el presentimiento de que tú necesitas un poco de disciplina, jovencito. Me dan ganas de dejarte ahí llorando mientras voy a vestirme.

Pero cuando Rory sonrió con su boquita sin dientes, Nick no pudo resistirse.

—Eres peor que una mujer guapa —dijo, acercándose a la cuna —. No te puedo decir que no. Venga, ven a ver cómo me pongo presentable para tu madre.

Una vez en brazos de Nick, el pequeño tomó inmediatamente uno de sus rizos y se lo puso en la boca, chupándolo como si tuviera sed.

—Ah, ¿o sea que quieres beber? ¿No gritabas por mi horrible voz?

Cuando salía de la habitación y estaba a punto de torcer hacia el saloncito, algo en la escalera llamó su atención.

Giró la cabeza y vio a una mujer con ojos como dagas, que sostenía una pesada lámpara de bronce en las manos, dispuesta a partírsela a Nick sobre la cabeza.

—¡Espera! —gritó Nick, apartándose.

Ella bajó la lámpara, pero su mirada seguía siendo igual de peligrosa.

—Espero que tenga una buena explicación —advirtió ella—. O es usted hombre muerto.

Nick casi sonrió. La madre tigresa salía en defensa de su cachorro. ¿No se daba cuenta de que no hubiera tenido ni la más mínima oportunidad contra él, si hubiera sido un delincuente?

Medía más de un metro noventa, pesaba más de cien kilos y era cinturón negro de kárate. Ella no mediría más de un metro sesenta y cinco y no pesaría más de cincuenta kilos.

Pero, por supuesto, a ella no le importaría nada y lucharía a muerte por su hijo.

Aquel gesto le inspiraba ternura. Y no le sorprendió, porque había sabido desde que habló con ella por teléfono que la hermana de Dave le iba a gustar.

—Estoy esperando.

—Soy Nick, el amigo de Dave. He venido a cortar el césped.

Su fiera expresión no se relajó ni un segundo.

—En ese caso, ¿por qué estás dentro de la casa, medio desnudo y con mi hijo en brazos? ¿Y dónde demonios está Madge?

—Madge se cayó por las escaleras. Está en el hospital.

—¡Oh, no! —exclamó Linda, bajando la lámpara, completamente desolada.

Nick la observó. Podría ser una mujer tremendamente atractiva si se tomara alguna molestia con su aspecto. En aquel momento, no llevaba ni gota de maquillaje y llevaba el pelo castaño en un moño tan apretado que no se le salía ni un sólo pelo. Pero nada podía disfrazar los finos rasgos de su cara.

Su cuerpo era otra cosa. Aunque era obviamente delgada, era imposible adivinar su figura, escondida bajo unos pantalones masculinos, una camisa blanca y una chaqueta de lino azul marino.

A Nick le hubiera gustado soltarle el pelo y quitarle aquellos horribles pantalones.

—¿Y cuándo ha ocurrido todo eso?

—Hace un poco más de una hora. Cuando terminé de cortar el césped, Rory estaba llorando como un loco, así que entré en la casa y me encontré a Madge tirada en el suelo. Se había desmayado, pero recobró el conocimiento.

—¿Por qué no me has llamado a la oficina? —preguntó Linda, con tono acusador—. Madge sabe mi número.

—Lo he intentado, pero comunicaba todo el tiempo.

—¡Sue! —exclamó Linda, dando una patada en el suelo—. Cree que ese teléfono es su línea privada. Me va a oír cuando llegue el lunes a la oficina. Pero eso no explica que no lleves nada puesto —insistió ella, mirándolo de arriba abajo con desaprobación.

Nick estaba empezando a sentirse irritado, a pesar de que comprendía su reacción.

—Me he dado una ducha —explicó con tranquilidad—. Y además, iba a afeitarme.

Ella miró la sombra de su barba y después su pelo, que, despeinado, probablemente le daba un aspecto más bien salvaje.

—¿La moto que hay en el garaje es tuya?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Y eres amigo de Dave? —preguntó escéptica.

Nick podía imaginarse lo que estaba pensando y no le gustaba nada.

—¿Por qué no? —contestó él con tono helado—. ¿Tienes algo contra los tíos que van en moto? Sí, ya veo que sí. Bueno, toma a tu niño. Gracias a Dios sigue en esa edad en la que los prejuicios de los padres no afectan a su carácter.

Cuando Nick dio un paso hacia ella, Rory empezó a llorar. Linda extendió los brazos para tomarlo y entonces ocurrió algo que los dejó helados.

La toalla que Nick llevaba alrededor de la cintura se deslizó hasta el suelo, dejándolo frente a ella en toda su gloria natural.

Capítulo 4

Nick se quedó rígido, absolutamente avergonzado. Pero, más avergonzado aún porque Linda estaba mirando fijamente sus partes íntimas y se dio cuenta de que, en lugar de encoger, estaba ocurriendo todo lo contrario.

Ella seguía mirándolo y aquello seguía creciendo asombrosamente.

Apretando los dientes, le entregó al niño e, inclinándose para tomar la toalla del suelo, volvió a envolverse en ella con manos temblorosas.

¿Qué le estaba pasando?, pensaba. ¡Que una mujer lo redujera a aquella situación!

—Si ya me has visto bien, —dijo él— me vestiré y me marcharé.

Rápidamente, se dio la vuelta y se dirigió al cuarto de baño, cerrando la puerta de un portazo. Ya no pensaba en afeitarse porque era incapaz de sujetar una cuchilla de afeitar. Estaba demasiado enfadado, con él mismo y con ella.

—Idiota —musitó, mientras se ponía los pantalones—. Te lo tienes merecido por hacer de buen samaritano. Las mujeres no saben cómo ser agradecidas. ¡Y no tienen ningún decoro!

Cuando terminó de vestirse, su rabia había desaparecido y su imagen en el espejo hizo que sonriera. Si *Madame* Linda creía que tenía un aspecto peligroso semi–desnudo, no quería ni imaginarse qué pensaría de él con aquella ropa.

Se había puesto una camiseta negra que enfatizaba los músculos de sus brazos y que, junto con los ajustados vaqueros, le daba un aspecto salvaje.

Normalmente, Nick odiaba a la gente que juzgaba sólo por las apariencias, pero ni siquiera él hubiera invitado a cenar a la persona que se reflejaba en el espejo. Lo único que le faltaba era un tatuaje para completar la imagen de primitiva agresividad masculina. Un pendiente tampoco hubiera ido mal, pero incluso sin aquellos toques, se dio cuenta de que no tenía nada que ver con el tipo de hombre clásico con el que Linda debía relacionarse.

No quería darle un susto de muerte, así que se peinó y se puso la chaqueta de cuero, para cubrir en lo posible su imponente aspecto. Aunque, unos minutos antes, ella no parecía haber encontrado amenazadora una determinada parte íntima de su cuerpo. Todo lo contrario; le había mirado como una mujer hambrienta de sexo.

Lo cual, probablemente, era verdad. Una mujer que vivía sola con su hijo, sin marido... Seguramente en su vida, el sexo no era

más que un recuerdo.

Era difícil vivir de recuerdos, Nick lo sabía. Al final, por mucho que uno se dijera que nunca volvería a mirar a un miembro del sexo opuesto, llegaba un día en el que ocurría.

Linda era una mujer joven. Guapa, sana y seguramente heterosexual. ¿Habría despertado su deseo el verlo desnudo?

Nick decidió que prefería no saberlo porque Dave lo mataría si tocaba a su preciosa hermana. Se puso la mochila al hombro y abrió la puerta.

Linda paseaba por el saloncito, intentando calmar a Rory y a sí misma. Seguía avergonzada por no haber sido capaz de apartar los ojos del cuerpo desnudo de Nick; su mirada se había quedado clavada en aquel descarado apéndice masculino que parecía responder a su mirada.

No, descarado no había sido, pensó. A Nick le había avergonzado su involuntaria excitación; era ella la que lo miraba descaradamente. Se había sentido fascinada y excitada por la rapidez y la fuerza de su excitación. Allí, de pie, con las piernas separadas, parecía un animal.

Un hombre poderoso cuyos atributos masculinos habían despertado a la mujer que había en ella. Y, durante un segundo, lo había deseado como nunca había deseado a un hombre, ni siquiera a Gordon. Había estado a punto de acercarse a él y tocarlo; de hacer algo más que tocarlo; de excitarlo hasta el límite, de hacer que perdiera el control y la tomara allí mismo, en medio del pasillo.

En su mente, Rory había desaparecido de la escena y se había imaginado a Nick levantándola del suelo y arrancándole la ropa antes de ponerla, jadeando, contra la pared. Le habría sujetado los brazos sobre la cabeza y le habría abierto las piernas con las suyas antes de introducirse en ella.

Se habría movido con fuerza dentro de ella, con profundas y voluptuosas acometidas, haciendo que tuviera que ponerse de puntillas y llevándola a un mundo hasta entonces desconocido donde no existía la realidad y ella no era más que un cuerpo, buscando desesperadamente el placer.

El amor no tenía nada que ver con esos sentimientos. No buscaba ternura, sino pasión. Buscaba un placer salvaje, dulce y egoísta que borraría todo lo demás, todo excepto la piel y el aroma de aquel hombre, tomándola contra una fría pared y haciéndola gemir como no lo había hecho nunca.

Su fantasía febril había llegado hasta un clímax monumental, cuando el momento se había roto al poner a Rory en sus brazos, dejándola completamente confusa y desorientada.

Pero cuando se había quedado sola con un niño que lloraba a gritos, se había sentido completamente avergonzada. ¿Cómo podía estar pensando aquellas cosas sobre un extraño? ¡Aquel salvaje motorizado!

Ni siquiera era su tipo. A ella le gustaban los hombres elegantes, sofisticados e inteligentes. Al lado de Gordon, aquel hombre era un bruto. ¡Una bestia!

Y, sin embargo, un momento antes lo había deseado como no había deseado a ningún hombre antes. No podía entender por qué. ¿Cómo podía haber deseado hacer tales cosas y que le hicieran tales cosas a ella?

Debía ser la frustración, pensó, desesperada por encontrar una explicación a la intensidad de su deseo. Habían pasado casi dos años desde la última vez que mantuvo una relación sexual.

Pero, si tenía que ser sincera consigo misma, hasta aquel día no había echado de menos el lado físico de su relación con Gordon. Sólo echaba de menos al hombre.

Nunca había sido una persona excesivamente sexual y Gordon tampoco lo era. Meses después de irse a vivir juntos, él prefería hacer fotos que hacer el amor con ella. Por eso se habían llevado tan bien. Su amor se había basado más en la compañía y la compatibilidad que en la pasión física. Se llevaban bien y no se peleaban nunca.

Excepto sobre su deseo de tener un hijo.

Linda suspiró profundamente mientras Rory chillaba. Bueno, ya tenía a su niño. Y, aunque adoraba a Rory, el sentimiento no parecía ser mutuo.

Sin embargo, en brazos del Neanderthal parecía portarse bien.

No como tú, pareció decirle una voz. Tú no serías tan buena en los brazos de aquel tal Nick. En sus brazos tú serías todo lo que tu madre te decía que no debías ser. Una mujer lujuriosa. Una criatura salvaje y perversa sin inhibiciones o vergüenza.

Linda recordó aquel horrible día, cuando su madre entró de forma inesperada en el cobertizo y encontró a su hija de siete años jugando con el vecinito de al lado. El niño le había estado enseñando cosas que no había visto nunca, cuando su madre hizo su aparición.

El estómago de Linda se encogía cada vez que recordaba la escena que siguió a su entrada. No le habían permitido volver a

jugar con aquel niño de ocho años desde entonces. Y le habían hecho sentirse avergonzada.

Había crecido con un lavado de cerebro, pensando que los hombres y el sexo eran algo sucio y desagradable. Y, aunque su natural inteligencia y fuerza de carácter rechazaba aquellas nociones, cuando dejó el colegio seguía siendo una niña inhibida en lo que se refería al sexo opuesto.

Por una razón; su propia satisfacción sólo podía llegar en la seguridad de una habitación a oscuras, donde el hombre con el que estaba no pudiera ver sus gestos de placer. Y era siempre, muy, muy silenciosa. Un ligero quejido, un pequeño gemido. Además de eso, nunca había encontrado valor para tomar la iniciativa. Nunca había puesto sus manos en determinadas partes del cuerpo de un hombre. O, que Dios la perdonara, su boca.

Lo que convertía aquella fantasía en el pasillo en algo sin precedentes. Estaba profundamente desconcertada por sentir aquel incontenible deseo por un hombre al que no sólo no amaba, sino que apenas conocía. De hecho, la enfurecía aquella otra mujer que había crecido dentro de ella y que parecía querer que actuara de una manera tan lujuriosa. Siempre se había sentido orgullosa de no hacer lo que no quería hacer, pero sospechaba que si aquel hombre intentara pasarse con ella, se convertiría en arcilla en sus manos.

Rory dejó de llorar abruptamente, justo a tiempo para oír cómo se abría y se cerraba una puerta en el pasillo.

Linda contuvo el aliento y rezó para que se fuera.

De repente, Rory empezó a llorar de nuevo con unos gritos que hubieran destrozado los tímpanos de cualquiera. Linda estaba a punto de ponerse a gritar ella misma. Cuando la puerta se abrió y Nick hizo su aparición, vestido con una ajustada camiseta negra y una chaqueta de cuero, estuvo a punto de lanzar un gemido. Nuevas y más salvajes fantasías invadieron su mente al verlo, ninguna de las cuales tenía lugar en la seguridad de una habitación a oscuras.

Parecía imperativo decir algo para distraer su nueva y perversa imaginación. Cualquier cosa.

—No sé qué le ha hecho a mi hijo, —empezó, mirándolo con furia por ser capaz de hacerla tener aquellos pensamientos— pero no deja de llorar.

Su idea anterior de que Linda podría desearlo sexualmente, aunque fuera un segundo, le parecía entonces ridícula. ¿Desearlo? La única cosa que aquella mujer deseaba era usarlo como esclavo.

—Oye, mira, —contestó él crispado— lo único que le he hecho a Rory ha sido cuidarlo. Está cansado, eso es todo. O eso, o tú le estás comunicando al niño algo que no le gusta nada.

—¿Como qué? ¿Qué estás intentando decir? —dijo, casi gritando.

Nick no se lo podía creer. ¿Qué le pasaba a aquella mujer?.

—¡No quiero decir nada! Sólo estoy diciendo lo que veo. No hay que ser un psicólogo infantil para darse cuenta de que tienes un efecto muy poco tranquilizador en tu hijo.

—Soy su madre, por Dios bendito. No debería portarse así conmigo todo el tiempo. ¡Ni siquiera sé qué estoy haciendo mal!

Sus últimas palabras y el tono angustiado de su voz eran un inconsciente grito de ayuda. Nick suspiró y rezó para tener paciencia.

—Mira. Linda, cualquiera se daría cuenta de lo tensa que estás. Estás apretando demasiado a Rory, para empezar. Es un niño, no una botella de nitroglicerina —dijo, con aire resignado, soltando su mochila—. Trae, dame al niño. Te explicaré lo que quiero decir.

Cuando se puso al niño en brazos, éste dejó de llorar inmediatamente y empezó a hacer sonidos guturales de satisfacción, mientras volvía a jugar con su pelo.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Linda—. Lo estás sujetando igual que yo.

—Creo que le gusta mi pelo. Quizá si te soltaras el tuyo, tendría el mismo efecto. Es un niño muy brillante y así se ocupa en algo mientras lo tienes en brazos, ¿verdad, pequeñajo? —y, sin pensarlo, besó al niño en la mejilla.

Cuando volvió a mirar a Linda, ésta lo estaba mirando como si fuera un asesino.

—¿Qué? —preguntó él, desconcertado.

—Nada —murmuró ella—. Es que normalmente a Rory no le gustan los hombres. Cada vez que mira a mi hermano se pone a gritar como loco.

—Dave es un tipo raro —rió Nick.

—Puede que tengas razón —suspiró Linda—. No le gustan mucho los niños y con Rory no tiene nada que hacer. No es como tú —terminó, mirando a Nick y a Rory alternativamente.

—He tenido práctica —admitió Nick.

—¿Tienes hijos? —preguntó, sorprendida.

Nick esperó unos segundos antes de contestar, pero sorprendentemente, aquella vez sólo hubo un ligero asomo de tristeza en su voz. Aún así, no podía exponerse a evocar recuerdos

contando la amarga verdad.

—No que yo sepa —dijo, como sin darle importancia—. Pero muchos de mis amigos sí los tienen.

—¿No estás casado?

—No. Y no soy de los que se casan. Ya no. Bueno, lo mejor será que te devuelva a tu hijo y me marche.

—¡No te vayas! —dijo Linda abruptamente, sorprendiéndose a sí misma. Nick podría haber encontrado su reacción divertida, si no hubiera sido vagamente insultante.

—¿Te...te gustaría tomar....café? —ofreció ella, algo nerviosa—. Yo misma estaba a punto de hacerme uno, mientras caliento el biberón de Rory.

—De acuerdo. Negro y sin azúcar. Yo sostendré a Rory mientras lo haces —dijo Nick, sentándose en el sofá y jugando con un Rory absolutamente feliz.

—El niño se encuentra a gusto contigo —murmuró Linda, incrédula—. Incluso mejor que con Madge. Por Dios, eso me recuerda, pobre Madge. Debería llamar al hospital. ¡Maldita sea! —exclamó de pronto, agitada.

—¿Qué?

—Que acabo de recordar que tengo que hacer un par de llamadas urgentes. Iba a tener invitados para cenar y Madge había prometido cuidar de Rory. Pero, claro, ahora ya no puedo contar con eso.

Nick se mordió la lengua para no ofrecerse voluntario. Sabía que no era tan noble y que la urgencia no era para ayudar a un semejante, sino para ayudar a aquella mujer.

—Lo haré después de preparar el biberón —dijo—. Y tu café.

Nick observó a Linda preparar las cosas en la pequeña cocinita del salón, detrás del bar. Tardó menos de un minuto en darse cuenta de que, o Linda era la peor ama de casa que había visto en su vida, o él la ponía nerviosa. Preparar el biberón y hacer un café a la vez parecía ser algo que estaba más allá de sus posibilidades.

—¡Ah, porras! —exclamó cuando se le cayó una tetina al suelo y tuvo que tomar una nueva.

Unos segundos después, se quitó la chaqueta y la tiró sobre el sillón, revelando unos pechos sorprendentemente grandes para una mujer tan delgada, una cintura estrecha y un trasero bien moldeado.

Nick pensó que era una desgracia que precisamente la hermana de Dave fuera la mujer más atractiva que había visto en muchos años. Tenía todo lo que a él le gustaba en una mujer. Belleza,

inteligencia, clase. Y, además, era una mujer con carrera.

Pero también se daba cuenta de que en aquel momento, era una mujer vulnerable. Incluso aunque no hubiera sido la hermana de Dave, eso hubiera hecho que no contara como posible amante. Eso y el hecho de que él no le gustaba nada.

Una pena, pensó mientras ella se acercaba con una humeante taza de café en una mano y en la otra el biberón de Rory. Sus pechos se movían, invitadores, bajo la camisa blanca, obviamente sin la presión de un sujetador. Nick deseaba que no hubiera pasado tanto tiempo desde la última vez que estuvo con una mujer. Casi sentía no haberse ido con la rubia del bar.

—No sé cómo puedes tomarlo negro y sin azúcar —dijo, dejando la taza sobre la mesita—. Dame al niño, le pondré en la cuna.

—No, no hagas eso —Rory era una buena distracción de otros pensamientos más oscuros—. Puede tomarse el biberón aquí, ¿no?

—¿Qué? Ah, sí, claro.

Nick colocó al niño en el sofá, a su lado, con un almohadón detrás de la cabeza y otro delante, para que no se cayera. Mientras se tomaba el biberón, jugaba con sus piececitos desnudos en los muslos de Nick; el movimiento como el de un gatito jugando con las patas mientras mamaba de su madre. Aquello parecía calmar al niño y cuando iba por la mitad del biberón, se quedó dormido.

—No me lo puedo creer —dijo Linda, desde detrás de la barra de la cocina—. La verdad es que es increíble lo bien que se lleva contigo. Incluso Madge no puede con él muchas veces y ella tiene tres hijos y seis nietos.

—Los niños inteligentes son a menudo difíciles —dijo Nick—. Necesitan estimulación constante y al mismo tiempo orden y disciplina. De otra manera, te toman el pelo. Quizá deberías contratar a alguien que sepa mucho de niños mientras trabajas, alguien con mucha experiencia que esté acostumbrado a cuidar todo tipo de niños.

—¿Quieres decir una niñera?

—Una niñera muy especial para un niño muy especial.

Nick sentía que Rory lo era. Un niño inteligente que necesitaba ser cuidado por alguien inteligente. Lo último que le hacía falta era una persona mayor o que lo llevaran a una de esas guarderías en las que había una niñera por cada siete niños. Ya que su padre había muerto y su madre no podía cuidar de él veinticuatro horas al día, la única solución era contratar a una profesional.

—¿Puedes pagar una niñera de verdad? —preguntó—. ¿Una niñera interna?

—Sí, creo que sí.

—Entonces contrata una. Desde luego, Madge no podrá cuidarlo durante un tiempo. Y, la verdad, yo no creo que sea la persona más adecuada para el trabajo.

—¿No me digas? —preguntó Linda con cierta ironía.

A Nick no le importaba que creyera que era un impertinente. El bienestar del niño era lo más importante.

—Sí, te digo —devolvió él, con el mismo tono—. Estoy seguro de que has hecho todo lo que has podido, pero no es suficiente. Los niños como Rory necesitan una mano firme y al mismo tiempo mucho amor y atención.

—¿Y tú crees que una empleada haría eso?

—¿Qué alternativa tienes? ¿Vas a dejar de trabajar y cuidarlo tú misma?

—¿No crees que me encantaría poder hacerlo? ¿No crees que me siento culpable, que me siento una madre desastrosa? Al menos, soy suficientemente honrada como para enfrentarme con mis propios defectos.

—Yo no creo que seas una madre desastrosa —dijo Nick, suavemente—. Creo que has hecho lo que has podido con muy poca ayuda. Pero está claro que no puedes cuidar a Rory sola. Necesitas ayuda profesional.

—Gracias por el consejo, —contestó ella— pero aunque te estoy agradecida por la ayuda, no creo que esto sea asunto tuyo, ¿no te parece?

Nick no contestó rápidamente. Tenía razón, por supuesto. No era asunto suyo, pero le resultaba muy difícil no intentar ayudar. Linda y Rory despertaban su instinto protector masculino; lo que en circunstancias normales le hubiera hecho salir corriendo. Se tenía prohibido a sí mismo cualquier compromiso sentimental. Entonces, ¿por qué no salía corriendo? ¿Por qué no desaparecía de allí?

—Dave tenía razón —susurró Nick.

—¿Sobre qué?

—Sobre que tenías mucho carácter.

—¡Ja! Dave no es quien para hablar. Bueno, de verdad, tengo que hacer unas llamadas. ¿A qué hospital llevaron a Madge?

—A Saint Vincent.

Linda buscó el número en una guía telefónica y lo marcó desde un teléfono inalámbrico. Cuando le pusieron con la habitación de Madge, exclamó:

—¿Madge? ¡Soy Linda! Menos mal que estás bien, estaba muy preocupada. ¿Te han hecho rayos X? ¿Tienes algo roto?

Nick asumió por lo que podía oír, que Madge no se había roto la cadera, pero que tenía magulladuras. El hospital le estaba haciendo un examen cardíaco; probablemente pensarían que la caída había sido producida por algún mareo.

—No, Madge —decía Linda—. Voy a cancelarla... ¿Quién, Nick? Sí, sigue aquí. No, Madge, no se lo voy a pedir. No, Madge —insistió—. ¿Cómo voy a pedirle eso? —su largo suspiro fue muy expresivo—. Vale, Madge.

Después, tapando el auricular con la mano, le dijo a Nick:

—Madge insiste en que quiere hablar contigo. No le hagas ni caso.

Nick tenía el horrible presentimiento de que sabía lo que Madge le iba a pedir.

—Hola, Madge —dijo, rezando para que no fuera lo que estaba pensando—. ¿No es nada importante?

—No, el doctor dice que es un problema de corazón. ¿Será tonto?—contestó Madge al otro lado del hilo—. ¡A mí no me pasa nada en el corazón! Lo que pasa es que tengo algunos kilos de más. Por eso me canso cuando subo las escaleras. Bueno, Nick, no es eso de lo que quiero hablar. Linda me ha dicho que va a cancelar la cena. Otra vez.

—¿Otra vez? —repitió Nick, mirando a Linda.

—¿Está Linda cerca?

—Sí.

—Ya veo. Bueno, escuche. Linda no sale desde que nació Rory. Nunca se queda a tomar una copa con sus colegas de la revista ni acepta la invitación de ningún hombre. Supongo que la muerte de Gordon la dejó destrozada, pero la vida sigue ¿no es así? Yo ya casi había perdido la esperanza y cuando me dijo que iba a organizar una cena para sus amigos del trabajo me dio una alegría tremenda. Por fin, pensé, va a volver a hacer una vida normal. En fin, tenía que haber organizado la cena hace quince días, pero la canceló a última hora porque Rory se puso malito. Y ahora tiene otra excusa. Me temo que si no la hace hoy, no volverá a organizaría nunca más. Volverá a encerrarse en ella misma y se acabó.

—¿Y qué quiere que haga? —preguntó Nick, aceptando lo inevitable.

—Por favor, no deje que cancele la cena —suplicó Madge—. No tiene prisa, ¿verdad, Nick? Quiero decir, que no tiene que ir a ningún sitio esta noche, ¿no?

—Pues la verdad es que no.

—Gracias a Dios. ¿Se quedará entonces? ¿Cuidará de Rory para

que Linda no tenga que cancelar la cena?

—Claro. No se preocupe —Nick sabía cuando no tenía escapatoria.

Además, tenía que admitir que no quería irse. Claramente, aquel insospechado masoquismo que había descubierto en sí mismo estaba llegando a alturas insospechadas. Presentarse voluntario para cuidar de un niño y una madre con problemas durante toda una noche era algo incomprensible. ¡Y sin recompensa sexual por el favor!

—¡Sabía que lo haría! —exclamó Madge, muy satisfecha consigo misma—. Ha sido usted tan cariñoso conmigo. Me he dado cuenta de que debajo de ese rudo exterior es usted un tipo de corazón blando.

—Ya —dijo Nick, frotándose la barba sin afeitar.

—Entiendo —dijo Madge, en tono conspiratorio—. No puede hablar. Ahora lo único que hay que hacer es convencer a Linda. Y eso no será tan fácil.

—Ya me imagino.

Linda no era una de sus admiradoras, desafortunadamente. Pensaba de él que era un vagabundo motorizado que, además, pretendía decirle cómo tenía que criar a su hijo.

—Sí, esa chica es muy cabezota. Quizá usted pueda convencerla diciéndole que me pondré enferma de preocupación si me siento responsable por que anule la cena. Y añada que el médico ha dicho que no debo preocuparme por nada.

—¿Se refiere al tonto que cree que tiene algo de corazón? —preguntó Nick, burlón.

—Ese mismo —rió Madge—. A ver si la convence, Nick.

Nick negó con la cabeza, pero la mujer era un alma generosa y resultaba imposible decirle que no.

—Sus deseos son órdenes para mí, Madge. Ahora, tómeselo con calma. No todos los médicos son tan tontos como parecen.

—Bueno, bueno. Ahora, cuelgue antes de que Linda intente convencerme.

Nick sonrió. Tener una discusión con Linda no era precisamente un panorama atractivo.

—Vale, de acuerdo, Madge —dijo, antes de colgar.

—¿Te ha convencido, verdad? —preguntó Linda.

—¿De qué? —preguntó suavemente Nick, mirándola.

Sabía que sólo estaba retrasando la explosión, pero la verdad es que le gustaba Linda cuando se enfadaba. Sus preciosos ojos azules relampagueaban y casi podía imaginárselos brillando de placer

cuando hacía el amor.

Ella se cruzó de brazos y lo miró.

—Te ha convencido para que te quedes y cuides de Rory esta noche.

—Exactamente. También me ha pedido que te diga que si no lo hago, se pondrá enferma de preocupación y esa preocupación sería mala para su corazón.

Linda levantó los brazos, exasperada.

—Por Dios bendito, ¿no te habrás creído ese cuento?

Nick se encontró a sí mismo sonriendo. Realmente era muy deseable cuando se enfadaba.

—No lo puedo evitar. Me gusta ayudar a las damas con problemas.

—¡Yo no soy una dama con problemas!

—Me refería a Madge.

Linda hizo una mueca y empezó a pasear por la habitación, murmurando frases ininteligibles y alguna maldición muy poco femenina.

—Acéptalo, Linda. Yo ya lo he hecho.

—Pero tú no quieres quedarte, ¿verdad?

—No lo sé. En realidad, no tengo nada mejor que hacer.

—No me lo creo —dijo ella—. ¿No hay ninguna señorita esperándote en alguna parte? Es sábado por la noche.

Nick intentó no prestar atención a su sarcasmo. Desde luego, a esa mujer no le gustaba nada.

—¡Y además, ya no me apetece hacer esa cena!

—¿Por qué no?

—Porque no.

—¿Por qué?

—Porque no estoy preparada, por eso. Porque no quiero tener que sonreír a la gente y hacer ver que...

—¿Que ya no estás destrozada por la muerte de Gordon? —terminó Nick por ella.

Linda dejó de pasear y se quedó mirándolo.

—¿Cómo sabes tú eso? Ah, claro, Dave. Dave ha estado cotilleando sobre mí, ¿verdad? ¿Qué más te ha dicho?

—La verdad es que Dave no me había hablado de ti antes de esta tarde —dijo Nick, con calma—. Y no me ha contado casi nada. Madge es la culpable, me temo. No es que me haya contado muchas cosas, sólo lo más reciente. Y tengo que decir que estoy de acuerdo con ella. Has sido muy valiente, Linda, decidiendo tener a tu hijo después de que Gordon muriera. Quizá demasiado valiente.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella, con las manos en la cara.

Nick pensó que el destino no era muy amable con él aquel día. Con un suspiro, se levantó del sofá, cuidando de no molestar a Rory, e hizo lo único que un caballero podía hacer cuando una dama se ponía a llorar.

La tomó en sus brazos.

Capítulo 5

A Linda le gustó. Le gustó demasiado. Nick tenía que ejercer un férreo auto–control mientras intentaba hacer lo que haría un caballero.

—Venga, venga —la calmaba, dándole golpecitos en la espalda —. No pasa nada porque llores. Llorar es bueno.

O eso le habían dicho. Pero él nunca había sido capaz, ni siquiera cuando había sentido el mayor dolor. Su dolor se había escondido debajo del odio, la rabia y la culpa.

Al final, había sido demasiado tarde para llorar.

Pero creía que era diferente para las mujeres. Lloraban con más facilidad y a veces las envidiaba.

—Vamos, vamos —seguía diciendo, como un autómata, luchando para apartar su mente de la suavidad de aquellos pechos apretados contra el suyo y el calor sensual de su aliento en la garganta.

Linda sabía que estaba haciendo el ridículo, pero no lo podía evitar.

La causa de sus lágrimas era una repentina y triste imagen de su vida. Las palabras de Nick la habían calado hondo, especialmente porque se había portado muy mal con él y porque no se sentía en absoluto valiente por haber tenido a Rory. ¡Había sido una estúpida! Tener un niño había sido una decisión tomada por impulso unos días después de la muerte de Gordon.

Él le había prometido que tendrían un niño cuando volvieran a Australia, que se casarían y dejarían de dar vueltas por el mundo. Y entonces murió. El dolor de Linda se había mezclado con la rabia y la pena de que Gordon hubiera muerto y se hubiera llevado su futuro con él. Así que había obligado al pobre Dave a conseguir lo que quería y lo que esperaba que llenaría aquel agujero en su corazón y en su vida.

Pero desde el principio, todo había ido mal. El embarazo la había puesto enferma, el parto había sido horroroso y la maternidad una pesadilla. Rory la hacía sentir incapaz como madre y un fracaso como mujer. Ni siquiera había podido darle el pecho, aunque lo hubiera deseado.

Como un constante recordatorio de aquel fracaso, sus pechos habían subido de una talla 85 a una talla 100 y nunca habían vuelto a bajar. Ninguno de sus antiguos sujetadores le valía y solía ir sin ellos. Lo cual era normalmente muy cómodo, pero no en aquel momento, con sus desprotegidas y sensibles cumbres apretadas

contra el pecho de hierro de aquel hombre.

Cuando dejó de sollozar, Linda empezó a notar sus fuertes brazos rodeándola y el olor de su piel, combinado con el más exótico aroma del cuero, que enviaba peligrosas señales a sus alterados nervios. Sintió que su sangre se aceleraba, enviando calor a sitios hacía tiempo olvidados y un apremiante deseo, caliente y fuerte.

La tentación de rodear su cuello con los brazos era intensa. ¿Cuál sería su reacción si lo hiciera?, se preguntó, sintiendo cómo se aceleraba su corazón. ¿La rechazaría o tomaría lo que le ofrecía y pediría más?

Linda sabía que era una mujer atractiva y él había dicho que no era un hombre casado. Con su aspecto, seguramente podría tener a cualquier mujer que quisiera. ¿Sería indiscriminado con sus favores? ¿Sería el típico semental? Tenía aspecto de semental y, desde luego, podía serlo con aquella masculinidad. Y ella deseaba tanto que lo hiciera que era una tortura. Se estaba volviendo loca de deseo.

—¡Por favor! —exclamó Linda, soltándose—. Ya has hecho más que suficiente —dijo, con considerable ironía, limpiándose las lágrimas y esperando que él no notara nada en sus sonrojadas mejillas—. Por favor, vete, Nick. Puedo arreglarme sola, de verdad.

—Lo siento —dijo él, con una calma irritante—. No puedo hacer eso. Le di mi palabra a Madge.

—¡Madge nunca lo sabrá!

—Pero yo sí —dijo Nick con firmeza—. Y ahora, se acabaron las tonterías, Linda. Haz lo que tengas que hacer para organizar la cena y yo cuidaré de Rory.

—Pero...pero...

—¿Pero qué? ¿Qué problema hay? Tus amigos no me verán, si es lo que te preocupa.

—No es eso —negó ella, aunque pensándolo bien, en cuanto Petra viera a Nick, sacaría sus propias conclusiones.

—Entonces, ¿qué es? ¿Es la cena? ¿Qué problema tienes? Si los invitados son amigos, nada tiene por qué salir mal.

—Nadie probará bocado.

—¿Por qué?

—Yo... no cocino muy bien —confesó—. Madge iba a ayudarme.

—Ya veo. ¿Y eso es todo? Vamos a ver, ¿qué pensabas preparar?

—Una sopa, carne a la barbacoa y ensalada de frutas.

—Eso no suena muy difícil, Linda. ¿Qué es lo que no sabes hacer?

—La carne. Madge iba a encargarse de eso.

—Lo mejor será que te olvides de la barbacoa. Va a haber tormenta.

—¡Tormenta! Iba a poner la mesa en el jardín. ¿Estás seguro de que habrá tormenta?

—No, no estoy seguro. Pero imagínate lo que puede ocurrir si se pone a llover a cántaros.

Linda se acercó a él, cruzando de nuevo los brazos.

—Tengo el presentimiento de que esta noche va a ser un desastre.

—Tonterías. Yo te ayudaré, si te parece. Una vez fui cocinero en París. Yo me encargaré de la carne y de las ensaladas.

—¿En París? —preguntó Linda, arqueando una ceja—. ¿De verdad? —no quería sonar escéptica, pero ella siempre había pensado que París era sólo para viajeros cultos, no para aquel tipo que probablemente no habría abierto un libro en su vida, y no digamos ir a un museo o a la ópera.

Él la miró sardónico, como si hubiera leído sus pensamientos y los encontrara divertidos. Linda se dio cuenta de que aquel hombre no era en absoluto lo que le había parecido al principio. Quizá no fuera un hombre cultivado, pero desde luego era listo. Lo que le había dicho sobre Rory tenía mucho sentido. A ella tampoco le importaría tener una buena niñera en casa todo el día.

—Sí, París —repitió él burlón—. Créeme cuando te digo que he viajado mucho.

Ella lo creía, desde luego. Tenía un aire de confianza y seguridad que sólo daba haber vivido muchas experiencias. Estaba segura de que aquellos brillantes ojos negros habían mirado a los ojos de muchas mujeres, colocadas debajo de él. Y no era de los que hacía el amor en la oscuridad. ¿Quién querría esconder aquel magnífico cuerpo?

Linda se maldijo a sí misma por volver a pensar en el sexo. Pero era muy difícil no hacerlo con Nick delante. Nunca había conocido a un hombre tan carnal en toda su vida.

—No tienes aspecto de cocinero.

—He hecho cientos de trabajos diferentes. No hay muchas cosas que no haya probado.

—¡Supongo que habrá algo que no sepas hacer!

Linda no podía acostumbrarse al efecto sexual que ejercía sobre ella y, de alguna forma, sin darse cuenta, lo estaba provocando.

—No tengo un niño tan precioso como el tuyo.

Linda se quedó completamente desarmada y conmovida. ¡Qué

cosa tan bonita acababa de decir!

Sonrió dulcemente a su precioso hijo y sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Cómo podía haber pensado alguna vez que Rory había sido un error? Cuando estaba dormido, era como un ángel.

—Es precioso, ¿verdad? —murmuró ella—. No se parece mucho a mí.

Se dio a sí misma un empujoncito mental y volvió a mirar a Nick, que estaba tomando un sorbo de café con el ceño ligeramente fruncido. Incluso así, era un hombre muy guapo y no un Neanderthal en absoluto. Si se cortara el pelo y se afeitara, podría incluso parecer civilizado y, con un esmoquin, pararía el tráfico.

Probablemente ya lo haría, montado en su moto, pensó.

Sus ojos se encontraron por encima del borde de la taza y un escalofrío recorrió la espalda de Linda. ¡Qué sexy era aquel hombre!

—Por cierto —dijo él, apartando la mirada y sentándose en el sofá, cuidadoso para no despertar a Rory—. Si Dave llamara esta noche, no le digas que estoy aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Linda.

—Porque no lo aprobaría —dijo Nick, mirándola—. Ni siquiera le habría hecho gracia que hubiera venido a cortar el césped. Cuando le dije que había hablado contigo por teléfono, casi le da un ataque, así que tuve que decirle que iba a venir a hacerlo otra persona.

Linda lo miró, desconcertada.

—Pero no lo entiendo. Sois buenos amigos, ¿no?

—Somos amigos de copas. La triste verdad, Linda, es que tu hermano nunca ha querido hablarme de ti porque no quería que te conociera. Él me considera un mujeriego y seguramente una persona indeseable.

—¡Vaya! ¡Cómo si yo no supiera juzgar a una persona por mí misma! —sólo había necesitado mirar a Nick para saber qué clase de hombre era—. ¿Y lo eres?

—¿Una persona indeseable? —preguntó él.

—No. Un mujeriego.

—Yo no diría eso. Las mujeres que entran en mi vida siempre saben donde se meten.

—¿Y dónde se meten?

—Saben que no me enamoro. Que no quiero permanencia o compromiso.

—Eso no es nada nuevo —dijo ella burlona—. La mitad de los hombres de este planeta son así. ¡Y la otra mitad es gay!

—Bueno, yo pertenezco a la primera mitad —dijo Nick, riendo

—. Pero no tienes que preocuparte, Linda. No voy a pasarme contigo. Yo no me acerco a las mujeres con hijos.

—Qué amable de tu parte decirme eso —contestó ella, molesta por el comentario—. Tampoco tú tienes por qué preocuparte, Nick. Yo no me acerco a los tíos con moto.

—Entonces Dave no tiene por qué preocuparse, ¿verdad? Pero sigo creyendo que le daría algo si supiera que estoy en tu casa. Y ahora, ¿qué pasa con la gente que va a venir a cenar?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Conocen a Dave?

—No personalmente. Son solos dos compañeras y sus novios. Saben que tengo un hermano, pero no lo han visto nunca.

—¿Quién les vas a decir que soy?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, si voy a ayudarte a cocinar, me van a tener que ver a la fuerza. Un hombre de mi tamaño no pasa fácilmente desapercibido.

Linda intentó no sonrojarse cuando la palabra «tamaño» le llevó a la memoria recuerdos de él, completamente desnudo.

—Sí, claro —susurró—. Quiero decir...

Otra vez se estaba poniendo nerviosa. Con un esfuerzo de voluntad, lo miró y dijo:

—Les diré que eres un amigo que me está ayudando.

—¿Y se lo van a creer?

—Lo dudo.

—¿Te importa mucho lo que piensen?

—Trabajo con ellas.

—En ese caso, lo mejor será que les digas la verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

—Que soy la niñera de Rory por una noche.

Linda se rió. ¿Es que no se imaginaba lo que sus amigas pensarían en cuanto lo vieran? Pensarían que era cualquier cosa, menos la niñera de Rory.

—Vale, vale, entiendo —dijo Nick, burlón—. En ese caso, intentaré que no me vean. Pero será mejor que cambies de menú. En lugar de carne a la barbacoa, lo mejor será que hagas algo que se pueda meter en el microondas.

—¿Se te ocurre algo?

—Siempre que tengas una buena despensa...

—Eso sí que se me da bien. Yo compro ingredientes como una experta; lo que no sé es cómo mezclarlos.

—Y no creo que ésta sea la mejor noche para enseñarte cómo

hacerlo —dijo él, burlón—. Bueno, enséñame dónde tienes las cosas mientras el pequeño tirano está dormido. ¡Espera! Pondré un par de sillas al lado del sofá para que no se caiga.

Linda lo miró en silencio mientras colocaba las sillas. Sabía exactamente lo que había que hacer. No tenía ninguna duda. Ni siquiera había preguntado si debía ponerlo en la cuna o no.

Linda sintió una mezcla de resentimiento y alivio. Por un lado, la eficiencia de Nick con Rory y el resto de las cosas de la casa sólo acentuaba su propia incapacidad, pero por otro, era estupendo tener a alguien que sabía exactamente lo que había que hacer y cómo hacerlo.

De repente, sintió el deseo de dejarse llevar por él, de dejar que resolviera todos los problemas. También le hubiera gustado que volviera a abrazarla, apoyar la cabeza en su poderoso pecho y decir: «Cuídame a mí también».

No era algo sexual. Era la necesidad desesperada de tener un santuario temporal para curarse de la tensión en la que vivía desde que tuvo a Rory. No se había dado cuenta hasta aquel momento de lo cansada que estaba, en cuerpo y espíritu.

Nick se levantó y la miró por encima del hombro.

—¿Te encuentras bien, Linda?

—¿Qué? Ah, sí, claro.

—No, no lo estás. Estás agotada. Mira, son las cinco. ¿Por qué no te echas un rato? Yo me encargo de todo. Te prometo que te despertaré a tiempo.

—¡Pero no vas a encargarte de la cena y de Rory al mismo tiempo!

—No te preocupes. Sobre la cena, he decidido utilizar el plan B.

—¿El plan B?

—Conozco al dueño de un restaurante italiano que puede traernos la cena. Me debe un favor, así que no saldrá muy cara.

Ella abrió la boca para protestar de nuevo, pero después la cerró, aceptando el plan B.

Su bostezo la tomó por sorpresa. Y el brazo de Nick en el suyo, porque era tan suave, tan dulce.

—¿Por qué estás haciendo todo esto? —dijo ella, mirándolo.

—¿Haciendo qué?

—Ser tan amable conmigo.

—Esa es una pregunta tonta.

—¿Ah, sí?

—Sí. Ya te he dicho que me gusta rescatar a las damas en peligro. Ahora vete a descansar mientras puedas, Linda, porque esta

niñera desaparecerá cuando den las doce.

Capítulo 6

Sólo tendría que ser noble un par de horas más, pensó Nick. Eran las seis y media y el hombre del tiempo estaba diciendo que se acercaba desde el sur una enorme tormenta.

—No te enteras, chaval —susurró—. Ya está aquí.

De repente, un relámpago iluminó las ventanas y Rory levantó su rizada cabecita. Llevaba un rato jugando con unos cubos de plástico en la alfombra. Se había despertado poco después de que su madre se hubiera acostado y había tenido a Nick en danza desde entonces.

—No te atrevas a llorar —advirtió éste cuando vio aquella boquita de piñón hacer un puchero al oír el trueno—. Sólo es ruido. Los niños no lloran por un ruido.

Rory, tranquilizado por el tono de voz de Nick, decidió no llorar y siguió jugando con los cubitos, moviendo las manos torpemente, hasta que los tiró al suelo. Cada vez que los cubitos caían al suelo, chillaba encantado.

—Veo que te vas a dedicar a las demoliciones cuando seas mayor.

Rory lo miró, sonrió con una de sus sonrisas sin dientes y levantó los brazos.

—Eres un mimoso —dijo Nick tomándolo en brazos y colocándolo sobre sus hombros. El niño rió, con los ojos brillantes. Nick también se reía, pero de repente, el recuerdo de otro niño con ojos brillantes le puso un nudo en la garganta y, bajando al niño, escondió la cara entre sus rizos.

—Dios mío —murmuró—. Dios mío.

La emoción le llenaba el corazón y habría llorado por primera vez si Rory no le hubiera dado un tirón de pelo en aquel momento.

—¡Oye! —exclamó Nick, dolorido. Pero el dolor era exactamente lo que necesitaba para olvidar lo que estaba sintiendo—. Hora de despertar a tu madre —dijo, saliendo con el niño en brazos de la habitación.

Linda estaba acurrucada en medio de la enorme cama, como una niña pequeña. Tenía un mechón de pelo sobre la cara y los labios ligeramente abiertos. Cuando suspiró bajito entre sueños, Nick sintió una involuntaria excitación.

—Maldita sea —exclamó bajito, acercándose para tocar su hombro—. Hora de levantarse, Linda —dijo bruscamente.

Linda no se despertó enseguida; gimió suavemente y se estiró con los ojos cerrados, de una forma demasiado voluptuosa para

Nick.

Éste apretó los dientes y se dijo a sí mismo que aquello no volvería a ocurrirle de nuevo. La próxima vez que ofreciera sus servicios a una mujer guapa sería una soltera, desnuda y que estuviera debajo de él.

—¿Qué hora es? —susurró ella.

—Las seis y media.

—¡Las seis y media! —exclamó Linda, apartándose el mechón de pelo de la cara mientras se levantaba—. ¡No me va a dar tiempo de hacer nada!

—Claro que sí —dijo él con brusquedad—. Tienes una hora antes de que lleguen tus invitados. Venga, no seas holgazana.

—Pero hay que poner la mesa y yo tengo que lavarme el pelo. Con esta humedad lo tengo completamente lacio.

—Entonces, te sugiero que empieces con el pelo o le darás la bienvenida a tus invitados con el pelo mojado. Mientras tanto, yo pondré a Rory en su cuna con un biberón y veré que puedo hacer con la mesa. La comida no ha llegado todavía, pero está a punto de hacerlo.

—¿Qué hubiera hecho sin ti? —preguntó Linda, corriendo hacia el baño.

—Quién sabe —murmuró Nick para sí mismo.

—Durante una hora tienes que portarte muy bien —ordenó a Rory mientras le cambiaba los pañales y le ponía un pijama azul de algodón. Rory sonreía encantado, como si estuviera completamente de acuerdo con lo que su nueva niñera sugería. Cuando lo metió en la cuna, no hizo ni un ruido, aunque apartó inmediatamente su manta con los pies.

—Bueno, ahora hace demasiado calor para mantas. Pero hará frío en cuanto empiece a llover, así que volveré para taparte más tarde.

—Ga–ga —dijo Rory.

—Exactamente —dijo Nick, burlón—. Voy a acabar ga–gá después de esta noche, eso te lo aseguro. Aquí tienes el biberón. Bébetelo y a dormir.

Nick creía firmemente que el demonio tentaba a los que no tenían nada que hacer, así que durante la siguiente hora no le dio tiempo al demonio a tentarlo con nada. Afortunadamente, la cocina de Linda estaba bien preparada, así que tuvo pocos problemas para encontrar platos, copas, servilletas y todo lo necesario para preparar una mesa elegante. Con la misma suerte, echó un vistazo a Rory alrededor de las siete y el niño seguía dormido.

La comida llegó poco después y, como esperaba, su viejo amigo no le había defraudado. Había cóctel de marisco, perfectamente preparado y listo para servir en recipientes en forma de caracola, un asado de ternera en salsa, dos ensaladas y suficiente pan de ajo para alimentar a un ejército.

El postre era una variada selección de pastelería italiana que no prestaba la mínima atención a la moda de las comidas con pocas calorías. Gino incluso había puesto un par de botellas de su vino especial de la casa; un vino que tumbaría hasta al bebedor más empedernido.

Siguiendo las instrucciones de Gino, el chico de los recados no quería aceptar un céntimo de propina, pero cuando Nick insistió en darle un billete de veinte dólares, se marchó silbando de alegría.

Nick puso inmediatamente los entrantes y el postre en la nevera y el plato de ternera en el horno. Escondió el vino en uno de los armarios, porque no creía que Linda y sus amigos pudieran soportar aquel potente caldo y abrió un par de botellas de un blanco más suave que había encontrado en la nevera.

Un trueno ensordecedor hizo retumbar la casa y Nick salió de la cocina y subió las escaleras corriendo, para comprobar si Rory se había despertado.

Cuando abrió la puerta, intentó disimular la sorpresa que le produjo lo que vio allí. La Linda que estaba inclinada sobre la cuna no era la Linda que había saltado de la cama una hora antes.

Nick miraba incrédulo la sedosa mata de pelo castaño que flotaba en lánguido abandono hasta la mitad de su espalda. Los masculinos pantalones y la camisa blanca habían sido reemplazados por algo largo, estrecho y rojo.

Era encantadora. Y tan deseable. Su boca era tan roja como su vestido. Sus ojos brillaban y aquel pelo era como una tentación.

Debió esconder bien sus sentimientos, porque no había ninguna alarma en sus ojos cuando lo miró.

—Chist —susurró, acercándose a él—. Está dormido.

Nick tuvo que tragar saliva.

Lo que llevaba no era un vestido; era una falda y un chaleco a juego, con cuatro botones dorados. La falda se ajustaba en las caderas y le llegaba a los tobillos. El chaleco realzaba su estilizada figura, abultándose sobre sus pechos y apretando su estrecha cintura. Los pendientes de oro la hacían parecer una princesa gitana y a él le hubiera gustado tomarla en aquel mismo instante.

En lugar de hacerlo, dio un paso atrás, apretando los puños mientras ella salía y cerraba la puerta. Incluso apartándose de ella,

seguía oliendo el perfume que desprendía su cuerpo. A Nick le encantaba el perfume en una mujer, especialmente el tipo de perfume que llevaba aquella noche, exótico y terriblemente caro.

—Rory duerme muy bien por las noches, pero estaba segura de que el trueno lo habría despertado —dijo ella, sonriendo.

Nick recordó la expresión de su cara cuando se habían encontrado por primera vez en el pasillo y decidió que estaba más seguro cuando ella lo miraba con odio que cuando le sonreía.

—Bueno, a veces se tiene suerte. Si estás preparada, lo mejor será que bajemos y te explique el menú.

—¿Ya ha llegado la cena?

—Sí. Y antes de que tengamos una discusión sobre la factura, Gino no aceptaría ni un céntimo, así que no me debes nada. He puesto los platos fríos en la nevera y los calientes en el horno —dijo, dirigiéndose hacia las escaleras—. No deberías tener ningún problema.

—¡Esto es sencillamente maravilloso! —exclamó ella unos minutos más tarde—. ¡Y has puesto la mesa! ¡Está preciosa, Nick! ¿Cómo voy a poder darte las gracias?

A Nick se le ocurrían varias maneras, pero prefería no decir nada.

—No tienes por qué hacerlo. Ha sido un placer.

Linda se sonrojó y Nick se quedó sorprendido. ¿Qué había dicho para que se pusiera colorada? Ella apartó la vista rápidamente.

—¿Linda? ¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

—Nada—contestó ella, sin mirarlo—. Es que...siento vergüenza de mí misma, eso es todo.

—Pero, ¿por qué?

Los ojos de ella volvieron a los suyos, brillantes.

—¿Que por qué? Por muchas cosas, pero sobre todo por ser tan grosera contigo cuando llegué a casa. Y por juzgarte mal.

—¿Juzgarme mal?

—Sí. Sólo porque vas en moto y te vistes de esa manera, asumí que eras el típico machito neanderthal, pero eres un hombre muy inteligente y sensible y tienes más sentido común que la mayoría de los hombres que conozco. Y has hecho todo esto para una cena a la que ni siquiera estás invitado...

Sonó el timbre y Linda lanzó un gemido.

—Linda, cálmate —aconsejó firmemente Nick—. Te prometo que nada de lo que has dicho hoy me ha ofendido. Era perfectamente comprensible. No tienes por qué sentirte avergonzada ni culpable de nada. Mira, estás pasando por unos

momentos difíciles últimamente y lo que ha pasado hoy hubiera sido suficiente para sacar a cualquiera de sus casillas. Ahora, ve a abrir la puerta y pásalo bien. Si te sientes muy culpable sobre la comida, súbeme un plato —añadió—. Tengo hambre y la ternera de Gino es mi debilidad. También puedes subirme un par de pasteles. ¿De acuerdo?

—Haces que todo parezca tan sencillo, pero no lo es —dijo ella.

—Puede serlo si tú quieres.

—No lo entiendes, ¿verdad? Pero, claro, no puedes —dijo ella, mirándolo con una sonrisa divertida.

El timbre volvió a sonar de forma insistente.

—Lo que entiendo es que si no abres la puerta, Rory va a despertarse.

—Vale, voy. Sé cuando he perdido.

—Yo también —murmuró Nick, subiendo los escalones a saltos, antes de que a Linda le diera otro ataque de culpabilidad y le pidiera que cenara con ellos.

Aunque en ese momento, Linda creía que era un auténtico caballero, su primera impresión no había sido del todo equivocada. Durante los últimos diez años, había hecho el papel de macho neanderthal con más mujeres de las que podía recordar. Y sospechaba que la noche que le esperaba iba a poner a prueba su galantería más de una vez.

Linda subió varias veces para ver cómo estaba Rory y para llevarle la cena. Cada vez que subía, él pretendía estar absorto en un programa de televisión.

Pero aún así, suspiraba con alivio cada vez que se marchaba.

Su frustración llegó a alturas inesperadas cuando le subió el café alrededor de las diez y se quedó un rato, primero sentada en el brazo del sofá y después, al lado de la ventana, charlando acerca de la tormenta que estaba en pleno apogeo. La lluvia golpeaba con fuerza y las ramas de los árboles rozaban contra el cristal bajo la fuerza del viento.

Nick la encontraba igual de deseable aunque le diera la espalda. Seguía mirando su pelo y deseando tomarlo entre sus dedos y llevarla al sofá con él; hubiera deseado meter las manos por debajo de aquel chaleco y acariciar sus desnudos pechos; le hubiera gustado tenerla jadeando debajo de él.

—Linda —dijo por fin—. ¿Qué van a pensar tus invitados si desapareces cada diez minutos?

Linda se dio la vuelta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión rebelde.

—Me da igual lo que piensen. Nunca me he aburrido tanto en mi vida. Creí que me vendría bien invitar gente a mi casa, charlar con ellos, tener un poco de compañía, pero no es así. Creí que Petra y Louise eran mis amigas, pero veo que yo les importo tan poco como ellas a mí. Les he contado lo que le ha pasado a Madge y ni siquiera me han preguntado cómo está o si voy a poder ir a trabajar el lunes. Y como Rory está en la cuna, simplemente no existe para ellas. Louise incluso ha dicho que no tenía intención de tener hijos en su vida porque estropearía su figura. Y sus novios...Lo único que puedo decir es que si eso es lo único que hay en el mercado, yo paso.

Nick estaba sorprendido de aquella reacción, pero comprendía muy bien lo que sentía. Sus palabras eran un eco de lo que él había encontrado en su vida durante los últimos diez años. No es que hubiera estado buscando una mujer, pero no había podido evitar darse cuenta del juego de las mentiras en que se había convertido la búsqueda de pareja y entendía perfectamente la desilusión de Linda.

La mayoría de la gente soltera de más de treinta años era egoísta y demasiado exigente. Sus expectativas eran ridículamente altas. Lo querían todo, pero no estaban dispuestos a dar nada a cambio. El compromiso y el sacrificio eran conceptos que ni se mencionaban. La relación duraba lo que duraba la pasión, que normalmente era muy poco.

—Las relaciones son muy complicadas en estos días —murmuró Nick—. Encontrar a alguien es difícil.

—¿Por eso tú no te has casado?

—En parte.

—¿Y cuál es la otra parte?

Nick se sorprendió porque estuvo tentado de decírselo, hacer que se sentara a su lado y contárselo todo. Pero, ¿para qué? ¿Le devolvería a Sarah y a Jenny? ¿Cambiaría algo de su pasado?

Sin embargo, sor Augustine y el médico le habían dicho que debía hablar sobre su pérdida. Le habían dicho que era la única manera de librarse de la ira y del dolor. Nick no los había creído, pero en aquel momento se preguntaba si tendrían razón.

Miró a Linda y hubiera deseado con todas sus fuerzas volcar en ella su corazón. Ella lo entendería. Entendería muy bien cómo se sintió y cómo seguía sintiéndose. Ella también había perdido a alguien en circunstancias trágicas.

Se maravilló de nuevo ante su valentía al decidir tener el hijo del hombre que amaba, aún después de muerto éste. Cada vez que mirase a Rory, le recordaría a su padre.

Quizá aquel era su problema con el niño. ¿Le pesaría

inconscientemente que Rory estuviera vivo mientras el hombre que amaba había muerto? ¿Se sentiría culpable porque ella estaba viva? Quizá pensara que ella debía haber muerto con él.

Nick había sentido eso. Había querido morir y, para poder seguir adelante, había abrazado una fiebre de venganza durante un tiempo. Pero cuando el Tribunal había decidido recompensarle con aquella enorme suma de dinero, se dio cuenta de la tontería que había hecho. La venganza no reportaba ninguna satisfacción. La rabia y la culpa seguían allí y el dinero no significaba nada para él.

Así que lo dejó todo y salió corriendo. Alejándose del dolor, de la soledad, de la brutal realidad de seguir vivo cuando todo lo que había amado y había prometido proteger estaba muerto.

El tiempo y los constantes viajes, la distracción de sitios diferentes, trabajos diferentes, gente diferente había curado en parte sus heridas. Incluso podía comportarse con normalidad.

Pero otro matrimonio y otra familia era algo que ni siquiera contemplaba. Por eso su relación con las mujeres era superficial y estrictamente sexual.

Entonces, ¿por qué demonios hubiera deseado volcar su corazón en Linda? Era lógico que quisiera acostarse con ella. Cualquier hombre lo hubiera deseado. Pero, ¿abrirle su alma? ¿Arriesgarse a un compromiso emocional? Era la última mujer de la que hubiera deseado enamorarse. Tenía un hijo. Estaba buscando un hombre para compartir su vida, no un tipo cuyo único objetivo en la vida era disfrutar cada día sin pensar en el mañana.

Debería estar a kilómetros de allí en lugar de estar mirándola y deseando no sólo su cuerpo, sino el calor y la compasión de aquella mujer.

«¿Por qué no lo haces, idiota?», se preguntó a sí mismo.

—Creo que lo mejor será que bajes —sugirió él, en un vano intento de ser sensato—. Tus invitados se estarán preguntando dónde estás.

—¡Que se pregunten lo que quieran! Si bajo me pondré a beber vino, intentando encontrar algún tema de conversación y mañana tendré dolor de cabeza. Los cuatro están encantados haciéndose carantoñas. Llevan toda la noche besuqueándose. Hace cinco minutos casi les he tenido que decir que no se preocuparan ni por la cena ni por mí, que podían tumbarse en el suelo y hacer lo que les diera la gana.

Nick sonrió. Parecía que la pobre Linda estaba teniendo una noche tan frustrante como él.

—¿Por qué no se lo has dicho? —preguntó él, de broma.

—Ojala lo hubiera hecho —suspiró irritada—. ¿No te gustaría poder decir lo que piensas alguna vez?

—Desde luego. Pero desgraciadamente, decir la verdad siempre crea problemas —podía imaginarse lo que ella diría si le dijera que, en ese momento, él querría quitarle la ropa y tumbarla en el suelo.

—Dime lo que estás pensando —ordenó ella de pronto—. En este momento. Quiero la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—No, no es verdad.

—Sí lo es —respondió ella, echando la cabeza hacia atrás de un modo desafiante que hizo que su pelo brillara como la seda.

No había duda de que estaba flirteando y Nick se dio cuenta, sorprendido, de que la hermana de Dave estaba tonteando con él.

Deslizó su mirada por todo su cuerpo y notó la rápida subida y bajada de sus pechos, los duros pezones que se marcaban a través del chaleco y sus mejillas sonrojadas.

Menuda sorpresa, pensó.

La posibilidad de que ella lo deseara tanto como él, rápidamente le hizo dejar a un lado cualquier preocupación sobre un compromiso, sexual o de otro tipo. Incluso su expresión de culpabilidad no consiguió apartarlo de la decisión que acababa de tomar. Se levantó y se acercó a ella, mirándola a los ojos, diciéndole con los ojos lo que tenía en mente.

Casi había esperado que ella saliera corriendo, pero no lo hizo. Se quedó allí, mirándolo, sin pestañear.

Cuando Nick se paró a un metro de su cuerpo y alargó la mano para levantar su barbilla, sintió que estaba temblando. No era un temblor de miedo, sino de intensa excitación. Podía ver el deseo en sus ojos brillantes y notó que había abierto la boca para respirar mejor.

Y le encantaban cada uno de esos detalles.

—¿Quieres saber lo que estoy pensando? —preguntó suavemente, deslizando su dedo desde la garganta hasta el escote—. Estoy pensando que necesitas un hombre desesperadamente. Y yo soy ese hombre.

Nick estaba a punto de besarla cuando un relámpago, seguido de un cataclismo de truenos pareció mover los cimientos de la casa. Las luces y la televisión se apagaron, dejando la habitación en la más absoluta oscuridad.

Capítulo 7

Linda ahogó un gemido, cuando sintió que Nicle apartaba el

dedo de su piel. No iba a seguir. Era en lo único que podía pensar en aquel momento. El apagón no importaba. Ni tampoco sus invitados. ¡No iba a seguir!

Volvió a gemir. No quería que Nick parase. Quería que la tomara en sus brazos, quería que la tocara, que la besara, que la desnudara. Sí, tenía razón. Necesitaba un hombre desesperadamente.

Pero no cualquier hombre. Necesitaba a Nick.

Quería hacerlo todo con él, todo lo que le habían enseñado que era indecente o desagradable. Quería que él la liberase de sus inhibiciones a la vez que de su ropa. Quería dejar a un lado a la Linda que había habitado su cuerpo durante sus treinta años y abrazar a una nueva Linda, la que había surgido cuando vio a aquel hombre desnudo en el pasillo. Esa era la que había sabido de forma instintiva lo que quería, sin vergüenza y sin escrúpulos.

Y, mientras que la Linda del cerebro lavado había intentado suprimir aquel lado suyo, podía ver en aquel momento que la nueva y más excitante Linda también había estado controlándola toda la tarde. Ella había dirigido su mano al elegir la ropa, la forma en la que se había peinado, el perfume que había elegido.

Casi se había bañado con él. No había un solo poro de su cuerpo que no oliera a *Opium*.

Y su comportamiento de aquella noche. En el pasado, siempre había sido fría y distante en sus relaciones con los hombres. Nunca les dejaba dar un paso que ella no controlara.

Pero con Nick de repente había descubierto su lado más femenino. No había podido apartarse de él más de diez minutos, subiendo con cualquier excusa, para poder estar con él.

Con cada visita, estaba más desesperada por atraerlo sexualmente, hasta que había tenido que flirtear y Nick había visto lo que había detrás de su comportamiento. Lo había visto y había decidido actuar en consecuencia, con una resolución que la había dejado temblando.

Y, aunque se había sorprendido por la forma casi arrogante en la que había tomado el control, no lo hubiera parado ni en un millón de años.

Y no quería que parase.

—Tendremos que dejar esto para más tarde —susurró Nick en la oscuridad—. Ve a ver si Rory se ha despertado y yo me libraré de tus invitados. ¿Tienes una linterna?

—No, lo siento —replicó ella sin aliento—. En la cocina hay cerillas y velas.

—Lo sé, las he visto antes. Pero eso no se lo vamos a decir a tus

invitados, ¿verdad? No vamos a decirles que tenemos luz en absoluto.

—Pero…

—¿Quieres que me libre de ellos o no, Linda?—preguntó él, tomándola de los hombros—. ¿Me estás diciendo que has cambiado de opinión?

—No…

—No pareces muy segura.

No sabía qué decir. Su anterior deseo enloquecido había sido ligeramente templado por la interrupción. Y estaba empezando a sentirse avergonzada. ¿Qué pensaría él de ella? Aunque deseaba ser sexualmente más aventurera, despreciaba las relaciones de una sola noche.

—No…quiero que pienses que soy fácil.

—Por favor, Linda, ¿de qué siglo eres? Yo no creo que una mujer sea fácil porque se comporte como una mujer sana y normal. Ser fácil o no, no tiene nada que ver con el sexo y sí con la personalidad. Tú nunca podrías ser fácil. Nunca.

Linda sintió un extraño placer ante aquellas palabras.

—Ahora que hemos aclarado eso —siguió Nick con brusquedad —, haz lo que digo, ¿de acuerdo? Toma, quédate con esto —dijo, sacando el llavero del bolsillo, en el que había una diminuta linterna del bolsillo.

—Se enciende y se apaga apretando la base —mostró él—. Tiene una pila diminuta, así que no la dejes encendida mucho tiempo.

—Pero, ¿no te hará falta para bajar?

—Tengo otra en la mochila. Quiero que me prometas que no vas a bajar. Voy a decirles que Rory se ha despertado y está muy asustado por la tormenta. Cuando vean que no les queda nada que hacer excepto quedarse sentados en la oscuridad, se marcharán.

—¿No crees que se sentirán ofendidos?

—En absoluto. Por lo que has dicho, estarán deseando marcharse a casa para poder estar solos.

Linda hizo una mueca. ¿Eso era lo que Nick deseaba? ¿Estar a solas con ella?

—Voy a bajar. Y recuerda lo que te he dicho. No bajes hasta que hayas oído el ruido de los coches.

Linda se dirigió rápidamente a la habitación de Rory. No creía que se hubiera despertado, porque sí lo hubiera hecho, estaría llorando.

Un bendito silencio la recibió cuando abrió la puerta y, aunque se sentía aliviada, no era una gran sorpresa. Rory era un terror

durante el día, pero por la noche, no lo despertaría ni un terremoto.

El corazón de Linda se llenó de amor por su hijo cuando miró su carita angelical. Tendría que ser una madre mejor en el futuro, intentar relajarse como Nick había sugerido.

Y removería cielo y tierra para encontrar a la mejor niñera para que cuidara de él. No volvería a trabajar hasta que lo hubiera hecho.

Aquel pensamiento la hizo volver a la realidad. El número del próximo mes tenía que salir el viernes siguiente y, como editora, era crucial que estuviera allí aquella semana. Si no lo hacía, era posible que no tuviera trabajo cuando quisiera volver. Aunque Gordon y ella habían trabajado mucho para comprar la casa, los muebles y el coche, en el banco no había demasiado dinero. Necesitaba su trabajo y le gustaba, no tenía por qué disimular. Había intentado ser madre durante las veinticuatro horas del día y casi se había vuelto loca.

Suspirando, Linda dejó la linterna sobre la mesita y arropó con cuidado al pequeño.

—No te preocupes, cariño —susurró, mandando un beso de sus labios a su frente con el dedo—. Esos son problemas de mamá. Mañana encontraré la solución. Quizá me dejen llevarte al trabajo.

Salió de puntillas de la habitación y, cuando estuvo en el pasillo, apagó la linterna. Se apoyó en la pared para llegar a la escalera, donde se sentó en la oscuridad y escuchó con interés cómo Nick acompañaba a las dos parejas hacia la puerta.

—Linda me ha dicho que me disculpe por ella y que les diga que les llamará —estaba diciendo Nick—. Gracias por venir. Cuidado con el escalón. Adiós.

Linda movió la cabeza. Ni una protesta. Parecía que Nick tenía razón una vez más. O eso o se habían quedado sin palabras por la repentina aparición de un gigante vestido de negro.

Nick tenía una personalidad y un aspecto abrumadores.

Oyó que él cerraba la puerta y lo oyó suspirar. Era un suspiro extraño.

¿Habría cambiado de opinión?, pensó aterrada. ¿Habría decidido no dormir con ella después de todo?

La idea de que él podría marcharse, hizo que se levantara de un salto.

—¡Nick!

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó él, subiendo las escaleras de un salto.

—No...no ibas a marcharte, ¿verdad?

—¿Marcharme? ¿Por qué?

—Pues porque...bueno, podrías pensar que, como tengo un hijo, lo que busco es un hombre para toda la vida, no un hombre para una sola noche.

—Se me había ocurrido la idea —dijo él—. ¿Y es así?

—¡No, claro que no! Sólo quiero...

—Ya.

Linda estaba confundida por el extraño sonido de su voz.

—Pero también es lo que tú quieres, ¿no es así Nick?

Él no contestó rápidamente y eso la desconcertó aún más.

—¿Nick?

—Sí, claro —dijo él impaciente—. Ahora vamos a encender algunas velas antes de que estas linternas se apaguen. Dame las llaves, por favor, mi moto no funciona sin ellas.

O sea que ya estaba pensando en marcharse, pensó Linda tristemente. La imagen de él desapareciendo con su moto, después de un revolcón de cinco minutos era tremendamente deprimente.

Linda en silencio le dio las llaves, que él colocó en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Vale. Dame la mano. Esta linterna está a punto de apagarse y no quiero que te caigas por las escaleras. ¿Cómo estaba Rory? —preguntó él, mientras bajaban de la mano por la escalera, iluminados sólo por un diminuto rayo de luz—. No he oído nada, así que supongo que sigue dormido.

—Sí, duerme muy bien por las noches. Después de las nueve, no lo despierta nada.

—No sabes cuánto me alegro de oír eso —dijo, apretando ligeramente su mano.

El corazón de Linda se aceleró. La posibilidad de que él pasara toda la noche con ella si se lo pedía enviaba escalofríos por su espalda.

—Nick —dijo ella, parándose cuando llegaron al final de la escalera.

—¿Sí?

El sonido de su voz hizo que su valor se esfumara. Si le pedía que se quedara toda la noche, podía interpretarlo como una demanda por su parte, como si quisiera engancharse a él.

—¿De verdad no se han molestado cuando les has pedido que se fueran?

—Estarás de broma —rió Nick—. Yo creo que estaban aliviados. Probablemente sólo habían venido a cenar gratis. Y eso ya lo han hecho, ¿no?

—¿Cómo puedes decir algo tan cínico?

—Lo siento, pero soy cínico. Y tú también, si eres sincera contigo misma. Los dos hemos llegado a los treinta y sabemos lo que es la vida.

Linda estuvo a punto de protestar, pero no lo hizo. Nick volvía a tener razón. Ella se había vuelto más cínica en los últimos años.

Desgraciadamente, no se había dado cuenta a tiempo y había decidido tener a Rory antes de aceptar la dura y fría realidad. Como muchas mujeres, había pensado que podía hacerlo todo y serlo todo a la vez. Pero se había tenido que dar cuenta de que no era *Superwoman* y de que necesitaba ayuda.

Y sobre todas las cosas, reconoció con sorpresa que necesitaba a Nick.

—Vamos —dijo Nick—. Vamos a buscar esas velas.

—¿Cuántos años tienes, Nick? —preguntó ella, mientras se dirigían a la cocina.

—Treinta y cinco.

—Pareces más joven.

—Tú también.

—Eso espero —rió ella—. Sólo tengo treinta y uno.

—Quiero decir que parece que tienes menos de treinta y uno. Dave me dijo tu edad.

—Parece que Dave te ha contado más cosas sobre mí de las que tú admites —dijo, esperando que el bocazas de su hermano no le hubiera contado la verdad sobre la concepción de Rory. Le gustaba que Nick sintiera admiración por su valentía al tener el hijo de Gordon, después de que éste muriera. Si supiera la verdad, pensaría que era una loca, una ingenua egoísta.

—Le saqué algunos detalles sobre ti, después de hablar por teléfono. Ah, aquí están las velas.

Cuando encendió una de las velas, los dos quedaron bañados en un círculo de luz dorada. Aquella luz daba un toque amenazador a sus atractivos rasgos, aumentando la profundidad de sus ojos negros.

Los ojos de Linda se deslizaron por su también amenazador cuerpo, su poderoso pecho, sus largos y musculosos brazos desnudos. Tragó saliva mientras su imaginación se perdía en las más desfogadas fantasías.

Estaba tan concentrada en sus ardientes pensamientos que lanzó una exclamación ahogada cuando él tocó su mejilla.

—¿En qué estás pensando?

Linda tembló ante la idea de contarle sus deseos.

—No te lo diría por todo el oro del mundo —dijo ella casi sin voz.

Él rió bajito y después se quedó en silencio mientras acercaba la vela a su cara. Podía sentir el calor de la llama cerca de su cara. ¿O era el calor de sus propias mejillas?

—Eres una mujer preciosa —murmuró él, recorriendo su cara con los dedos, como si fuera un ciego leyendo sus facciones—. Una sola vela no va a ser suficiente —dijo en una voz baja e hipnótica, moviendo su dedo por sus labios—. ¿Tienes candelabros?

—En el saloncito de música —musitó ella temblorosa, por debajo de aquellos dedos. Eran como piel de melocotón en sus labios. Quería besarlos, chuparlos.

Pero no se atrevía a hacerlo.

La idea de que estaba volviendo a ser la vieja Linda que se asustaba de cualquier cosa que no fuera la posición del misionero en una habitación a oscuras la dejó completamente desmoralizada.

Cuando uno de aquellos dedos rozó su lengua, empezó a temblar. Al menos, podía disfrutar de lo que él le hacía a ella.

—Llévame allí.

El momento estaba roto y sus deseos se quedaron colgados en el aire. Linda se sentía desorientada y le costaba trabajo reaccionar.

—Por aquí —dijo ella—. Dame la vela y toma tres más.

Linda tomó la vela de su mano y entró por una puerta que había en la cocina. Seguramente, Nick no habría entrado en aquella parte de la casa. ¿Por qué iba a hacerlo? Ni siquiera ella entraba allí a menudo. La deprimía.

—Esta era la habitación favorita de Gordon —dijo al entrar. Gordon se hubiera asombrado si la viera en aquel momento—. Aquí —dijo, cruzando la habitación hasta un brillante piano de cola, situado bajo la ventana que daba al jardín. Sobre el piano había un candelabro de cristal que ella había comprado en Italia. Gordon la había criticado diciendo que era un cristal malo, pero cuando llegaron a casa lo había colocado sobre el piano y aceptaba los elogios que hacían sus amigos.

—Un bonito piano —dijo Nick—. ¿Sabes tocar?

—No. Y Gordon tampoco, pero le gustaban las cosas de calidad. Este piano es uno de los mejores.

Nick se inclinó para comprobar la marca alemana.

—Desde luego que sí.

—¿Sabes algo de pianos?

—Un poco.

—¿Quieres decir que sabes tocar?

Él estaba sonriendo y ella se dio cuenta de que había vuelto a juzgarlo mal.

—Un poco —fue todo lo que dijo.

—¿Quieres...quieres tocar algo para mí?

—No —dijo él con calma, levantando el candelabro y poniéndolo sobre la tapa—. Hay otras cosas que me apetecen más en este momento —dijo, mirándola de una forma tan sensual que la hizo volver a temblar.

Por fin, Nick volvió a mirar el candelabro y empezó a colocar las velas. Linda se quedó mirando cómo colocaba cada una de ellas. ¿Lo estaba haciendo tan lenta y deliberadamente como parecía? ¿Con aquel sugerente erotismo o era su imaginación? Se le quedó la boca seca cuando insertó la segunda vela. Cuando clavó la tercera en el candelabro, tuvo que ahogar un gemido.

Nick la miró y Linda se dio cuenta de que él sabía lo que había estado pensando.

—Acércate más.

A ella le encantaba aquel tono autoritario y el control helado de su voz. ¿Por qué lo encontraba tan excitante? ¿Era porque ella misma estaba perdiendo el control?

No podía más que obedecer. Había tal oscuro y secreto placer en ponerse totalmente en sus manos. Y en la mezcla de miedo y excitación que sintió que le ardía la sangre en las venas mientras se acercaba a él.

Tenía miedo, miedo de lo que podía hacerle. Pero por debajo, en algún otro nivel instintivo confiaba en él completamente. Sabía que no la haría daño y que la llevaría a sitios en los que nunca había estado. Había todo un mundo de placeres deliciosos que ella nunca había probado. Y quería que se los hiciera probar todos aquella noche.

Se colocó a unos centímetros de él, excitada. Cada nervio de su cuerpo, electrificado. Sus pezones duros bajo el satén del chaleco. Sus pechos hinchados y duros.

Cuando él la tomó por la muñeca, Linda ahogó un grito, pero lo único que quería era que encendiera las tres velas con la que llevaba en la mano. Cuando estaban encendidas, soltó su muñeca y levantó el candelabro.

—Sígueme —ordenó él, saliendo de la habitación.

Y ella lo hizo, como si fuera un robot.

Pero los robots no tenían corazones que latían alocados. La cara de un robot no se sonrojaba salvajemente ante el pensamiento de lo que se avecinaba.

Sólo era un robot en su ciega obediencia.

Lo siguió a través de la cocina y hasta el salón, donde la mesa de cristal seguía llena de platos sucios, tazas de café y copas de vino. Era raro que la llevase allí, pensó.

Nick dejó el candelabro sobre la mesa y después empezó a apartar los platos y los vasos y a colocarlo todo en un montón.

Sus acciones le recordaban una famosa escena de una película que tenía lugar sobre la mesa de una cocina. ¿No pensaría hacer algo así? Tembló violentamente mirando la mesa, que parecía un altar pagano con aquel candelabro sobre ella.

—No puedes tener frío —susurró Nick detrás de ella.

Asustada, tiró la vela que estaba sujetando que cayó sobre el suelo y rodó, apagándose.

—Yo...tú me has asustado —musitó, cuando él estuvo frente a ella de nuevo.

—¿Por qué iba a hacer eso? —murmuró él.

Linda volvió a lanzar un gemido cuando él la levantó en brazos y la sentó al borde de la mesa.

—¿Qué...qué estás haciendo?

—Exactamente lo que quieres que haga —dijo él—. Así que calla, preciosa Linda y disfruta.

—Pero...pero...

Su besó la silenció y mucho más que eso. Volvió a sacar a la superficie a la nueva Linda, la que no protestaba ni se apartaba, la que inmediatamente se perdía en la ardiente invasión de su lengua dentro de su boca y que, al mismo tiempo, deseaba otras invasiones. Gimió sensualmente, enredando sus dedos en su pelo y le dijo con su propia lengua que iría donde él la llevara y haría lo que él le pidiera.

Capítulo 8

Nick había conocido mujeres apasionadas, pero Linda dejaba a las demás por los suelos. Era como un volcán a punto de estallar.

¡Él mismo estaba a punto de estallar!

Tuvo que distanciarse de su calor rápidamente o no hubiera tenido oportunidad de darle lo que obviamente quería y necesitaba. Y una vez no iba a ser suficiente para ella.

Pero tampoco iba a ser suficiente para él. Quería que aquella noche durase lo más posible, así que intentó controlar en lo posible su excitación, concentrándose en el placer de ella más que en el suyo, poniendo su atención en saber exactamente lo que le gustaba, lo que la excitaba más.

Hasta un momento antes, había pensado que le gustaría jugar a ser sumisa con un hombre dominante. La mayoría de las mujeres eran así. Pero se dio cuenta de que también podría tomar el mando cuando llegara el momento.

Y decidió asegurarse de que aquel momento llegaría durante las próximas horas. Pero cuando se hubiera extinguido el fuego, tendría que marcharse. No habría posibilidad de futuro. Nick no ofrecería sus servicios a la necesitada y hambrienta Linda una segunda vez. Al amanecer se habría ido para no volver.

Linda gimió cuando él tomo su cara entre las manos y apartó su boca de la suya. Ella intentó empujar de nuevo su cara hacia la de él, pero Nick la tomó de las muñecas y apretó sus manos contra la mesa de cristal. Automáticamente se aferró al borde.

—Déjalas ahí —ordenó él—. Y no te muevas.

Ella dejó las manos allí y no se movió, parpadeando cuando él le subió la falda exponiendo sus piernas y muslos desnudos. Con el corazón acelerado, miraba cómo él tomaba su tobillo izquierdo y empezaba a desabrochar la tira de su sandalia negra, que dejó caer al suelo, antes de hacer lo mismo con el otro pie.

No eran más que simples acciones, pero, de alguna manera, la desnudez de sus piernas hacía que contuvieran una carga sexual que convertía cada roce en una caricia sensualmente erótica. Ella temblaba con cada roce de sus dedos.

—Tienes unas piernas preciosas —murmuró él; antes de separarlas y colocarse entre ellas.

Su corazón empezó a latir tan fuerte que parecía que su chaleco

iba a estallar. El empezó a desabrocharle los botones con dedos sabios y, en unos segundos, lo abría, revelando sus excitados pechos.

Linda contuvo el aliento cuando él empezó a acariciarlos suavemente con las manos. Sus pezones se pusieron duros bajo aquel calor, enviando llamas de fuego a través de sus pechos y hasta un sitio entre sus muslos que ya estaba ardiendo por él. Cuando empezó a frotar sus pezones con los dedos, cerró los ojos y automáticamente arqueó la espalda.

Él satisfizo su muda súplica, tomando sus pezones en su caliente y húmeda boca. Su lengua jugaba con ellos, y después la atormentó con los dientes hasta que estuvo a punto de gritar de placer.

Cuando paró, ella gimió de decepción.

—Lo sé, cielo —murmuró él—. Lo sé. Pero hay que seguir.

Ella abrió los ojos para ver cómo él le quitaba el chaleco, dejando que se deslizara por sus brazos. Lo tiró al suelo y se quedó allí de pie, deslizando su mirada por su cuerpo, con intenciones oscuras.

La idea de que estaba sentada en la mesa del comedor, desnuda de cintura para arriba, dejando a aquel hombre que hiciera lo que quisiera con ella debería haberla llenado de vergüenza. Pero en lugar de eso, lo que sentía era una ola de perversa excitación. Su respiración era agitada y sentía crecer su deseo con toda la fuerza de un río desbocado.

—Eres tan preciosa —dijo él, apartando el pelo de su cara y tomándola entre las manos. Su beso era ligero esta vez y exquisitamente suave. Sus manos también lo eran, mientras acariciaban su garganta. Así que, cuando la tomó por los hombros con mano firme y la tumbó sobre la mesa, lanzó un grito ahogado.

—Confía en mí.

Pronto no sólo estuvo semi–desnuda. Diez segundos más tarde estaba completamente desnuda, su falda y sus braguitas negras arrancadas de su cuerpo, con un experto y rápido movimiento.

Se le ocurrió pensar que tenía mucha experiencia desnudando mujeres y se sorprendió de lo celosa que la hizo sentir aquel pensamiento. Nick empezó a acariciarla por todo el cuerpo y ella no podía pensar en otra cosa que en sus manos sobre sus pechos, su estómago, sus piernas.

Pronto la consumió la idea de que la tocara aún más íntimamente. Quería sentir sus manos entre sus piernas, quería que tocara aquel punto que era más sensible que el resto de su cuerpo.

Pero él tenía otros planes para sus manos, que deslizó por debajo

de sus nalgas. Cuando la levantó ligeramente de la mesa y empezó a inclinar la cabeza, Linda abrió los ojos, sorprendida. Cuando sus labios empezaron a deslizarse hacia abajo, hacia aquel punto que ella había deseado que tocara con las manos, Linda no se lo podía creer. Nunca había experimentado tal intimidad sexual con Gordon.

Pero no podía pararlo. Y, la verdad, es que no quería que parase. Pero las viejas costumbres son difíciles de romper y, durante algunos segundos, el placer fue reemplazado por sentimientos de vergüenza y vulnerabilidad.

Gradualmente, no pudo negar la delicia de sus labios y se encontró a sí misma rindiéndose a aquel dulce placer. Su mente, su cuerpo y su corazón parecían a punto de estallar. Nunca había experimentado nada como aquello.

Sabía que iba a llegar al clímax sin poder evitarlo. El placer aumentó de intensidad y se rompió en olas de éxtasis; sus gritos ahogados hacían eco en la habitación antes de que finalmente se convirtieran en gemidos de satisfacción. Unos segundos después, se quedó quieta, con los ojos cerrados y sintiéndose llena de una paz que la envolvía entera.

Nick se irguió para mirarla. Había sido difícil distanciarse de la pasión de ella, pero lo había hecho y, asombrosamente, había encontrado gran satisfacción en hacerlo.

Tan poco egoísmo haciendo el amor no era común en él en aquel momento. Sólo daba placer para recibirlo. Sin embargo, darle placer a Linda había sido un placer para él.

Nick estaba deseando que ella le hiciera sentir el mismo placer, pero sabía que no iba a tomar a Linda allí mismo, como hubiera hecho con cualquier otra mujer durante los últimos años. Quería esperar a que estuviera de nuevo preparada para él, hasta que pudieran unirse para satisfacerse mutuamente.

Un gran sentimiento de ternura surgió en su pecho mientras la tomaba en brazos y la sacaba de la habitación. Aquella insospechada ternura hizo que se parara durante un segundo.

—No —musitó él, intentando negarse a sí mismo aquel sentimiento.

Pero entonces, ella abrió sus preciosos ojos azules y lo miró interrogante y él volvió a sentirla otra vez; aquella ternura, aquella horrible punzada en el corazón que le hacía querer apretarla más fuerte contra él y amarla como no había sido amada nunca.

La rabia ante tan rara debilidad por su parte hizo que le

flaquearan las piernas y siguió caminando, intentando apartar aquellos estúpidos pensamientos de su cabeza.

Tenía que concentrarse en el sexo, se decía a sí mismo. Eso era todo lo que ella quería de él. Eso era lo único que las mujeres querían de él últimamente.

—¿Dónde me llevas? —preguntó ella.

—A la cama.

—Oh —dijo ella, con un cierto timbre de decepción.

¿Dónde esperaba que la llevase? ¿No era la mesa del comedor suficiente porno por una noche?, se preguntaba Nick.

Pero entonces se dio cuenta de que ella había debido pensar que pensaba dejarla en la cama y marcharse.

—No te preocupes, cariño. No estarás sola en la cama.

Capítulo 9

Linda se despertó con el sonido del agua de la ducha. Durante un par de segundos, no podía poner su cabeza en orden, pero entonces pareció recordar y se dio la vuelta para mirar el reloj de la mesita.

Las doce y cinco. Sólo se había quedado dormida durante unos minutos. Nick la había llevado a la cama después de las once y media.

Linda volvió a darse la vuelta y suspiró. Se sentía maravillosamente, pero, al mismo tiempo, estaba preocupada. ¿Por qué había tardado treinta y un años en descubrir el placer de hacer el amor como había que hacerlo? ¿Por qué nunca había sido de aquella manera con Gordon?

El sexo con Gordon era algo que ella hacía más por él que por ella misma. Cuando, años después de conocerse, él había empezado a no desear hacer el amor, a ella no le había importado.

Si Gordon le hubiera hecho el amor como lo hacía Nick, se hubiera sentido destrozada por su falta de deseo.

Nick la había enseñado cómo tenía que ser cuando un hombre y una mujer juntaban sus cuerpos. No había sitio para vergüenzas, ni oscuridades. La había enseñado aquello en la mesa del salón y después, en la habitación, donde había seguido por el mismo camino. Había encendido las luces y las había dejado encendidas. Después de dejarla sobre la cama, se había quitado la ropa delante de ella, descubriendo cada parte de su cuerpo masculino sin una sola indecisión.

Por supuesto, era un magnífico cuerpo masculino. Perfecto de forma y abrumador en su poder. Era todo músculo; su excelente estado de forma, evidente en la soberbia estructura de los músculos de su pecho, por no mencionar su estómago, duro como una piedra. Ella había sentido una fiebre de anticipación cuando él, por fin, se quitó los pantalones, su interior ardiendo de deseo de hacerse una con aquel hombre. Asombroso, realmente, cuando unos minutos antes se había sentido completamente saciada.

Cuando él anunció abruptamente que tenía que ir a tomar un preservativo de la mochila, Linda se había puesto colorada, porque ni siquiera había pensado en ello. Cuando volvió unos segundos después, se tumbó con ella en la cama y, para su sorpresa, la penetró inmediatamente.

Pero sus embestidas, poderosas y apasionadas eran tan fantásticas como ella había pensado que serían. Había durado más

de lo que ella hubiera creído en aquellas circunstancias y a ella le había ocurrido lo increíble.

Había sido muy diferente del clímax anterior. No tan fuerte, pero infinitamente más satisfactorio física y emocionalmente. Le encantaba poder apretarlo fuerte mientras lo sentía dentro de ella. Había encontrado un inmenso placer en sentir su presencia no sólo dentro de ella sino sobre ella y por todas partes. Nunca más volvería a pensar que aquella postura era aburrida. Era increíble si se hacía bien.

Y aquella noche era increíble...con Nick.

Linda se quedó allí tumbada, escuchando el ruido de la ducha y pensando si alguna vez volvería a experimentar tal placer. La ducha de Nick sugería que, como había terminado, se vestiría y se marcharía.

No quería que se fuera. Quería que volviera a la cama y durmiera con ella toda la noche. Quería tocarlo, excitarlo, forzarlo a que volviera a hacerle el amor.

La ducha se cerró y Linda ahogó un gemido. Pronto se habría ido, de su cama y de su vida. De repente, sintió no sólo pena sino una desolación abrumadora.

Ocultó otro gemido cuando Nick entró en la habitación completamente desnudo. Pero no se dirigió hacia la silla sobre la que estaba su ropa, como ella había temido. Se dirigió hacia la cama y se quedó allí de pie, desnudo, mirándola, mientras se secaba con una toalla. Cuando tiró la toalla, Linda se sorprendió al ver que estaba de nuevo excitado.

—Me alegro de que estés despierta —dijo él—. Y de que hayas notado que tengo un problema. Había pensado tomar una ducha fría, pero no me apetecía nada porque sabía que mi Linda estaba aquí, completamente desnuda, tumbada sobre esta enorme y suave cama.

Se tumbó a su lado, inclinándose para besarla en la boca. El corazón de Linda latía a mil por hora.

—¿Crees que podrías ayudar a un hombre con problemas, Linda? —murmuró él con voz ronca, sobre sus labios—. ¿Tu silencio es una afirmación?

Volvió a besarla, aquella vez con más pasión y después, estirando el brazo, sacó otro preservativo de la caja y se lo puso a ella en la mano, antes de tumbarse, suspirando.

—Haz los honores. Estoy deseando, pero mi espíritu es momentáneamente débil. Las largas duchas calientes me dejan sin fuerzas. O sin parte de fuerza, más bien —añadió con ironía.

De repente, Linda, se sintió consumida por un sentimiento de incapacidad y torpeza. Se sentía como un anacronismo. Treinta y un años y tan tímida e inexperta como una quinceañera.

—No sé cómo hacerlo —dijo, completamente avergonzada—. Quiero decir...que yo nunca...no sé cómo hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Poner un preservativo —confesó ella—. Y hacerle el amor a un hombre —añadió, intentando no ponerse demasiado colorada—. Yo...tampoco lo he hecho nunca.

No había duda de que Nick estaba atónito.

—¿Nunca?

—No. Nunca.

Se sentía fatal, pero, ¿qué hubiera ganado pretendiendo ser lo que no era?

La repentina sonrisa de Nick hizo que se sintiera un poco mejor.

—No te preocupes —dijo él—. Muchas mujeres no saben ponerlo. No como hay que hacerlo, desde luego. Trae, dámelo y yo lo haré cuando haga falta. Mientras tanto, pon tu cabeza en mi pecho. Después veré si podemos hacerlo por segunda vez.

—¿Segunda?

—Bueno, segunda para mí. Para ti, tercera.

Linda empezó a reírse e hizo lo que él le había pedido, apoyar la cabeza en su pecho y abrazarlo por la cintura, con la pierna derecha levantada, apoyada sobre el poderoso muslo de él. Se sentía un poco incómoda, así que dobló la pierna para levantarla un poco más y, sin querer, rozó su rodilla contra la base de su sexo.

—Sí —gimió él—. Hazlo otra vez.

—¿Qué?

—Con la rodilla. Acaríciame.

Linda hizo lo que él le pedía y él volvió a gemir.

—Eso me gusta. Ahora, hazlo con la mano. Con suavidad, pero con firmeza. Oh, sí, así, así —su gemido sonaba torturado—. No te pares. Sigue haciéndolo.

Ella no tenía ninguna intención de parar. Estaba demasiado excitada. Una excitación que recorría su cuerpo, alejando cualquier sentimiento de culpa o revulsión.

Pero pronto, hacerlo sólo con la mano no fue suficiente. Quería hacer lo que él había hecho con ella, quería darle toda la satisfacción de que fuera capaz.

Acercó su boca a su pecho y empezó a deslizar los labios suavemente desde allí. Él encogió el estómago cuando sus labios lo rozaron, tensando los músculos de su vientre.

—No tienes que hacerlo si no quieres —dijo él con voz ronca—. No esperaba que….¡oh, Linda! —gimió él cuando los labios de ella lo rozaron.

Usando el recuerdo de lo que a ella la había vuelto loca, Linda estuvo jugando unos minutos alrededor, torturándolo con los labios y la lengua. Cuando volvió a tomarlo entre sus labios, sintió que el cuerpo de él temblaba.

—¡No lo hagas!

Nick de repente tomó a Linda por los hombros y apartó su cabeza.

—¿Por qué me has parado? —preguntó con voz temblorosa—. Yo quería hacerlo y tú querías que lo hiciera. Sé que querías —dijo, casi con lágrimas en los ojos.

Él tomó su cara entre las manos, con dedos firmes, pero temblorosos.

—Sí, claro que quería —dijo él roncamente, aún respirando con dificultad—. Pero no llevaba protección y creí que… No pensaba que llegarías hasta el final y estaba preocupado por si no querías. Sólo estaba pensando en ti, Linda —terminó él con un suspiro, apartando las manos de su cara y cayendo de nuevo sobre la almohada.

—Estabas pensando en mí —repitió ella, conmovida por su sensibilidad y su altruismo. No podía imaginar que muchos hombres hubieran parado en aquel momento.

Pero Nick lo había hecho.

Se inclinó sobre él para apartar el pelo de su cara y lo besó suavemente en los labios.

—Es muy bonito —murmuró sobre sus labios—. Pero hace un momento, yo hubiera llegado al infierno si hiciera falta por ti. ¿Es que no te habías dado cuenta?

—Cielo —dijo él, burlón—, tú me has llevado al infierno y me has traído de vuelta.

—¿De verdad? ¿Lo estaba haciendo bien? —preguntó ella, sonrojándose.

—No te hagas la tonta. Sabes muy bien que es así. Un poco tarde para portarse como una quinceañera, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí.

—En ese caso, ¿te gustaría intentar ponerme la protección ahora? Es una habilidad que todas las mujeres deberían conocer. El sexo seguro está a la orden del día, Linda y no todos los hombres con los que te acuestes en el futuro van a pensar en tu seguridad.

—Pero yo…—iba a decir algo, pero no lo hizo.

Le hubiera gustado decir: «Pero si yo no quiero acostarme con otros hombres. El único hombre con el que quiero acostarme eres tú».

—¿Crees que...podría mirarte sólo una vez más?

Él suspiró y tomó otro preservativo.

Ver cómo lo hacía enviaba dardos del más primitivo deseo por su cuerpo. Comprensibles, quizá, considerando que él seguía asombrosamente excitado. Sería difícil para cualquier mujer mirar a un hombre como Nick, en la cumbre de su poder y su virilidad y no sentir la llamada de la naturaleza.

Se encontró a sí misma alargando la mano y siguiendo los movimientos de sus expertos dedos con los suyos, excitada al sentir su piel apretada contra aquel guante de seda, que temblaba a su contacto como un animal cautivo contra su voluntad.

—No, eso no —dijo él—. Ya me has atormentado suficiente.

Él le dio la vuelta y la penetró con una fuerte embestida. Linda gimió cuando él apretó su boca contra la suya. Su primitivo salvajismo evocaba el mismo en ella. Levantó las piernas para enlazarlas sobre su cintura, urgiéndolo en un ritmo más fuerte y poderoso, arañando su espalda.

Su clímax llegó casi inmediatamente, y gritó por la intensidad de los espasmos. Pero Nick también llegó al clímax y al sentir que los dos cuerpos juntos temblaban al unísono, una ola de emoción llevó lágrimas a sus ojos.

Cuando terminaron y Nick fue a apartarse de ella, Linda se colgó de él con todas sus fuerzas, manteniéndolo aprisionado con sus piernas y enterrando su cara en su pecho.

—No, no te vayas —dijo apenas sin voz—. Quédate conmigo, quédate conmigo...

Y él lo hizo, apretándola fuerte hasta que los dos fueron cayendo lentamente en el oscuro pozo del sueño.

Cuando ella se despertó, varias horas más tarde, el otro lado de la cama estaba vacío y la casa en silencio.

Asustada, lo llamó, pero no hubo respuesta. Saltó de la cama y corrió, desnuda, por la casa. Buscó en todas partes, incluso en el saloncito de música. Pero no estaba en ninguna parte, no había ninguna nota. Su moto no estaba. Nick no estaba.

—¡No! —gritó, buscando por todas partes. En el garaje, en el jardín.

Volvió dentro corriendo, sintiéndose enferma y desesperada.

Intentó usar la lógica y decirse a sí misma que era lo que esperaba. El hombre la había advertido. Él no se enamoraba. Y nunca se quedaba en ningún sitio.

Pero nada podía detener sus lágrimas. Se abrazó a sí misma cuando empezó a temblar sin control. No sabía si era por el frío o por el llanto. Sólo deseaba que volviera a su vida y a su cama.

—¡Oh, Nick! —sollozó y cayó al suelo al final de la escalera.

Entonces Rory se despertó y empezó a llorar.

Capítulo 10

Nick entró en el convento poco después de las siete. Aparcó su *Harley* detrás del edificio de ladrillos, cerca del ala que solía ser el noviciado, pero que en esos momentos servía como edificio para huéspedes. La Orden no había tenido novicias en muchos años y el número de monjas había descendido de forma drástica por falta de vocación.

Nick entendía perfectamente por qué las jóvenes de hoy en día no querían hacerse monjas. Pero era una pena. Podría ser una buena forma de vivir para determinadas personalidades, aunque tenía que reconocer que había habido monjas que debieran haber elegido la carrera de guardias de prisión.

Aún así, apreciaba mucho a las monjas de allí y sobre todo a sor Augustine. Era lo más parecido a una madre que había conocido nunca y, aunque odiaba tener que admitirlo, Nick sabía que le dolería mucho cuando muriera. La posibilidad de perder a la persona que más quería en el mundo era algo en lo que no había pensado. Sor Augustine siempre le había parecido invencible.

Pero últimamente no se encontraba muy bien. Esa era una de las razones por las que había vuelto a Sidney; una de las hermanas le había enviado una carta diciéndole que sor Augustine se sentiría mucho mejor si pudiera ver a su chico favorito.

Nick recorrió el patio de tierra y subió las escaleras hasta el claustro que rodeaba el patio. Todo estaba en silencio. A esa hora, las hermanas seguirían en la capilla en misa de seis.

Nick no había vuelto a ir a misa desde hacía muchos años y no pensaba empezar aquella mañana. Tenía un contencioso con Dios y aún no estaba preparado para solucionarlo. Se quedó parado frente a la última puerta del pasillo, se quitó la mochila y sacó sus llaves. Durante unos segundos, miró la pequeña linterna que le había prestado a Linda la noche anterior.

Había hecho lo que tenía que hacer, se decía a sí mismo. Lo único que podía hacer.

Hizo una mueca, recordando cómo se había aferrado a él la última vez que habían hecho el amor, cómo le había pedido que se quedara. Nick sospechaba que si se hubiera quedado allí hasta la mañana siguiente, ella habría intentado todos los trucos para que se quedara más tiempo y una noche se hubieran vuelto dos, probablemente tres. Él mismo había deseado quedarse. Tanto, que le había dado miedo.

Marcharse sin decir una palabra le había hecho sentir como un

canalla, pero quedarse hubiera sido peor. Le hubiera dado falsas esperanzas. Tal y como era, ya había estado en peligro de que la situación se le escapara de las manos.

Había sabido desde el principio que Linda se encontraba en un estado muy vulnerable, que podía sentirse emocionalmente comprometida con él si dormían juntos. Las mujeres eran así. Y, maldita fuera, él no había podido resistirse.

Con un poco de suerte, cuando se despertara, lo odiaría por ser tan cobarde, por usarla y después desaparecer sin tener la decencia de mirarla a la cara a la mañana siguiente, o la educación de decirle adiós.

Ella debería seguir con su vida y encontrar a algún hombre decente y formal que le diera todo lo que ella necesitaba, no sólo sexo. Era una mujer preciosa. Preciosa, inteligente y sexy. Algún tipo con suerte se casaría con ella y sería el padrastro de Rory.

Nick frunció el ceño ante aquel último pensamiento.

¿Quién, por ejemplo?, se preguntó a sí mismo mientras abría la puerta de la celda. La mayoría de los hombres no se casarían con una mujer que ya tenía un hijo de otro hombre. Hacían el amor con ellas, sacaban de ellas lo que querían y al final se iban, buscando algo menos complicado. Si se casaban con ellas era sólo por su dinero. Tales hombres no se preocupaban nunca de los hijos. Normalmente los ignoraban o los maltrataban.

Nick cerró la puerta de una patada y tiró la mochila en una esquina, antes de sentarse al borde de la estrecha cama y ponerse la cabeza entre las manos. La idea de que alguien tratara a Linda o a Rory de aquella manera lo llenaba de horror.

Le había empezado a doler la cabeza y casi no podía pensar. Allí estaba él, pensando que marcharse era lo que tenía que hacer, lo más noble y, sin embargo, la realidad era que sólo había hecho que las cosas fueran peores para ella. Le había dado a probar lo que podría ser su destrucción.

Pero era el futuro de Rory lo que le hacía más daño. El pobre niño no tenía ninguna posibilidad sin padre, con una madre que tenía que pasar la mayor parte del día en el trabajo y con un tío que no valía para nada.

De repente, le vino un pensamiento a la cabeza.

¿Dónde estaban los abuelos de Rory? No los padres de Linda porque sabían que éstos habían muerto, sino los padres de Gordon. Quizá uno de ellos o los dos estuvieran vivos. ¿Es que no les importaba su nieto? ¿Por qué no estaban ayudando a Linda? ¿Por qué tenía que estar sola todo el tiempo?

Todas esas preguntas daban vueltas en la cabeza de Nick. Se levantó y empezó a pasear por la habitación, frustrado. Aún seguía paseando, cuando la puerta se abrió de golpe y apareció sor Augustine, mirándolo con arrobo.

—¡Nick! —exclamó con cara de felicidad, corriendo para abrazarlo—. Me pareció oír esa ruidosa moto tuya cuando estábamos en misa. He venido corriendo en cuanto ha terminado.

Se apartó para mirarlo a la cara.

—¿Qué pasó ayer? Sólo me dijiste que habías tenido un problema en la carretera y empecé a preocuparme cuando no viniste a dormir. ¿Te encuentras bien? —de repente, pareció darse cuenta de su agitación interior y lo observó con más detenimiento —. ¿Nick? ¿Qué te pasa?

Nick suspiró. Nunca había podido ocultarle nada a sor Augustine. Parecía tener una antena secreta en lo que se refería a él.

—Estoy un poco cansado, nada más. No dormí mucho anoche.

Se dio la vuelta y se inclinó para tomar la mochila. Cualquier cosa para que aquellos ojos escrutadores no descubrieran su sentimiento de culpa.

—Algo debe estar preocupándote mucho para que tú no puedas dormir —dijo ella—. De niño eras un pequeño demonio durante el día, pero en cuanto ponías la cabecita en la almohada por la noche, no te despertaba nada hasta el día siguiente.

Él seguía sin decir nada. Aquello le había hecho recordar algo.

—Por una vez en tu vida, Nick —dijo la hermana exasperada—, cuéntame qué te pasa.

—¿Qué? —preguntó Nick, mirándola y aquel pensamiento se evaporó—. De eso nada, Gussie —dijo él riendo—. Eres mi chica favorita y te quiero mucho, pero no voy a dejar que me convenzas de que me confiese. Si quisiera hacerlo, llamaría a un cura.

—Bueno, los dos sabemos que no vas a hacerlo. Pero la palabra confesar sugiere que te sientes culpable de algo. A lo mejor te vendría bien quitártelo de la conciencia y, ¿quién sabe? Quizá yo pueda ayudarte con algún consejo. Puede que sólo sea una vieja monja tonta, pero después de casi ochenta años conozco un poco la vida.

Nick negó con la cabeza.

—¿Qué voy a hacer contigo? Vengo aquí sólo para visitarte y ver cómo estás de salud y ya me estás aplicando el tercer grado.

—¿Cómo que para ver cómo estoy de salud? Estoy perfectamente.

—No, no lo estás. Has tenido neumonía el invierno pasado y ni

siquiera escribiste para contármelo.

—¿Y entonces cómo lo sabes? —preguntó ella indignada.

—Tengo mis métodos —sonrió él.

—Entonces creo que tendré unas palabras con sor Agnes —dijo ella, irritada.

Nick le puso las manos en los hombros y la miró a la cara. Tenía los ojos brillantes, probablemente de enfado, pero estaba pálida y parecía cansada. Y estaba encogiendo, apenas le llegaba a los hombros. Ella, que había sido una mujer tan alta y tan fuerte. No podía seguir engañándose, sor Augustine se estaba haciendo vieja.

—Prométeme que vas a cuidarte —dijo él suavemente—. No quiero perderte.

—Pero lo harás algún día, Nick —dijo ella—. La muerte es inevitable. Y cuando estás cerca de los ochenta, está a la vuelta de la esquina.

—¡No digas eso! —exclamó él, apartándose de ella y dirigiéndose a la única ventana que alegraba las blancas paredes. Pero no encontró ninguna paz en mirar el jardín.

—¡Debo hacerlo! —insistió ella—. ¡Debo hacer que te des cuenta!

—¿Cuenta de qué? —preguntó él, dándose la vuelta, con el corazón acelerado.

—De que ha llegado el momento en que debes dejar de esconderte de la vida.

Nick intentó no enfadarse. Sabía que ella lo hacía todo por su bien. Pero sabía que no lo entendía. Nadie lo hacía.

—No me escondo de la vida —discutió él—. Yo la vivo mucho más que la mayoría de la gente.

—¿Cómo? ¿Marchándote de todas partes antes de poder echar raíces? ¿O durmiendo con una mujer diferente cada mes? ¡Qué orgulloso debes estar de ello!

El lanzó una mirada de advertencia, pero ella lo ignoró, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta. La oyó respirar hondo antes de darse la vuelta de nuevo. Tenía una de esas expresiones severas, que siempre precedía a un sermón.

—Sigue viviendo como lo haces, Nick y un día te encontrarás siendo un viejo solitario sin nadie que te quiera y nadie a quién querer. He intentado entender tu vida de los últimos diez años porque sabía lo destrozado que estabas por la muerte de Sarah y Jenny, pero Nick, ¿de verdad crees que Sarah hubiera querido que nunca más volvieras a amar a una mujer o que no tuvieras ningún otro hijo?

—Por favor, déjalo.

—No, no voy a dejarlo. Esta vez, no. Ha llegado el momento de que seas tú quien lo deje. Deja de huir y deja de sentirte culpable. Se ha convertido en algo egoísta y al final será auto–destructivo. Y tú no eres un hombre egoísta. Tienes más capacidad de amor y cariño que la mayoría de los hombres. Estás hecho para ser un marido y un padre, Nick. ¡Y uno de los más grandes artistas del mundo! Y. sin embargo, vives como si fueras un vagabundo sin hogar y sin corazón. Tienes que cambiar, Nick, antes de que sea demasiado tarde.

Cuando dijo todo lo que tenía que decir, toda la frustración y la rabia parecieron desaparecer de su semblante. Sus frágiles hombros cayeron y lo miró con ojos tristes y compasivos.

—Siento haberte hablado así, Nick, pero alguien tenía que hacerlo. ¿Y quién mejor que yo?

Nick se sentía conmovido por su cariño. Pero sus palabras casi brutales le habían hecho daño. ¿Tendría razón? ¿Se habría convertido en un bastardo egoísta?

Lo que más le molestaba era lo que había dicho sobre Sarah. Nunca había pensado en lo que Sarah hubiera esperado de él.

Pero sospechaba que sor Augustine tenía razón. Si Sarah hubiera estado allí en aquel momento le habría mirado con reproche. Siempre se había sentido orgullosa de él. ¿Cómo podría estarlo del hombre que era en aquel momento? No estaba siendo sincero consigo mismo. Estaba viviendo una mentira, no sólo por haber abandonado su talento, sino por su estilo de vida.

El niño que había crecido sin padres ni familiares siempre había deseado una familia más que ninguna otra cosa en el mundo y aquella necesidad hizo que se casara muy pronto. A los veinte años y con Sarah embarazada. Estaban pensando en tener otro niño antes de que ocurriera el accidente.

Cuando el destino le había arrebatado a su familia, Nick le había dado la espalda a todo lo que hasta entonces era querido para él y que hacía que la vida fuera soportable.

Su estómago se contrajo, con disgusto. Lo que había pensado que era una reacción lógica, incluso un testimonio de amor a Sarah y a su hija, se había convertido al final en cobardía. Había sentido miedo de enamorarse de nuevo, miedo de volver a arriesgarse a resultar herido por segunda vez.

¿Hasta qué punto?, se preguntó a sí mismo. ¿Realmente quería convertirse en un viejo solitario y miserable? La noche anterior le había enseñado que aún seguía queriendo lo que había querido una

vez. Había sentido un estremecimiento cuando tuvo a Rory en los brazos y había sentido lo mismo cuando le había hecho el amor a Linda.

Aunque quisiera decirse a sí mismo que no era más que sexo, sabía que se estaba mintiendo a sí mismo. Había experimentado el placer infinidad de veces, pero aquello era mucho más. Un deseo de que ella sintiera placer más que sentirlo él mismo. Una ternura mezclada con la pasión. Lo que había estado llamando caballerosidad, era en realidad el principio del amor.

Se había estado enamorando de ella desde el principio.

¿Podría hacer que ella lo amara después de lo que había hecho? ¿Volvería a confiar en él? Quizá al marcharse había quemado sus puentes.

Nick se sintió sorprendido por el pánico que sintió ante aquella posibilidad. Eso le mostraba que estaba emocionalmente comprometido con aquella mujer.

—¿Nick? ¿Nick, qué te pasa?

Nick tomó a sor Augustine por los hombros, con el corazón latiéndole con fuerza, mientras tomaba una decisión que creía que no volvería a tomar nunca más.

—Sólo cosas buenas, Gussie —dijo firmemente—. Sólo cosas buenas.

—¿Cosas buenas?

—Sí. Y hablando de cosas buenas, ¿no podrías conseguirme algo de desayuno? Tengo un día muy complicado por delante y voy a necesitar toda la energía posible.

—Nick, dime qué te pasa, por favor.

—Lo haré, Gussie. Lo haré durante el desayuno. Hasta entonces, tengo que afeitarme y lavar un par de cosas. Por cierto, ¿qué has hecho con toda mi ropa? Sé que tenía un par de trajes.

—¡Ay, hijo! Se los di a la parroquia de San Vicente de Paul hace un mes. No te los habías puesto en años y pensé que...

—No pasa nada —interrumpió Nick—. Seguramente ya no me valdrían. Iré a comprarme ropa nueva. A lo mejor, hasta me compro un coche.

—Nick, si no me dices ahora mismo lo que te pasa, te prometo que no habrá desayuno.

Nick sonrió.

—¿Chantaje, Gussie? —bromeo—. ¿Adonde va a llegar el mundo?

Sor Augustine se había cruzado de brazos y golpeaba el suelo con el pie. Nick se acercó y la besó en la mejilla.

—Me rindo. Confesaré.

—Espero que no vayas a decirme algo que no quiera oír.

Él sonrió. Se iba a llevar una sorpresa.

—La verdad, Gussie, es que he conocido a una mujer. Una mujer estupenda.

—¡Oh, Nick! —exclamó ella, con los ojos brillantes.

—Pero eso no es todo.

—¿No?

—Tiene un hijo de menos de un año. Su padre murió en un accidente.

Sor Augustine abrió los ojos desmesuradamente. Nick podía ver la esperanza y la sorpresa en su rostro.

—Creo que...—dijo, intentando que su voz sonara normal— yo podría ser un buen padre para ese niño. Y sé que podría ser un buen marido para ella. Se llama Linda, por cierto. Y el niño se llama Rory.

—Oh, Nick...—dijo ella, con lágrimas en los ojos.

Nick sintió que las lágrimas también afloraban a sus ojos.

—Necesito tu ayuda, Gussie. He metido la pata con Linda esta mañana y voy a tener que hacer algo para recuperar su confianza, por no decir su amor.

—Cualquier cosa, Nick.

—Sólo quiero que me apoyes. Y no pierdas la fe en mí.

—Nunca he perdido la fe en ti, mi querido niño —dijo ella, las lágrimas rodando por sus mejillas—. Nunca.

—Lo sé —susurró él, abrazándola—. Lo sé.

Capítulo 11

Para Linda aquella mañana era interminable, a pesar de que Rory se estaba portando extrañamente bien. Había estado jugando con los cubitos en el suelo mientras ella miraba las noticias en televisión y después se había echado una pequeña siesta sin la menor queja.

Linda se duchó y se vistió entonces con unos vaqueros y una camisa azul pálido, ancha y cómoda. Se dejó el pelo suelto para que se secara y no se puso nada de maquillaje.

Había dormido muy bien, el poco rato que lo había hecho, pero estaba deprimida y desilusionada.

Había pensado llamar a Dave para pedirle que fuera a su casa y contarle todas sus penas, pero su hermano no entendería que se hubiera acostado con un hombre como Nick nada más conocerlo. Dave ya pensaba que había sido una locura impulsiva tener a Rory y no le apetecía que también la llamara tonta e ingenua, aunque tuviera razón.

Además, Dave se enfadaría con Nick. Quizá incluso se pondría en su papel de hermano mayor y querría pegarle la próxima vez que lo viera y Linda no quería eso. Primero, porque su hermano acabaría en el hospital y segundo, porque Nick le había advertido cómo iba a ser desde el principio.

Lo que ocurría era que no podía aceptar que Nick fuera lo que Dave pensaba, con respecto a las mujeres.

Linda tuvo que reconocer que ella realmente era una ingenua en lo que se refería al sexo y a los hombres. Los años pasados con Gordon no le habían enseñado demasiado porque, aunque el sexo no era una prioridad con él, habían vivido tanto tiempo juntos que no había podido mantener otras relaciones, más carnales.

No se había dado cuenta de lo importante que era el sexo para otros hombres y lo que estaban dispuestos a hacer para conseguirlo. Parecía que podían interpretar todo tipo de papeles para llevarse a una mujer a la cama. Dirían y harían lo que hiciera falta, dependiendo de la mujer en cuestión.

Ella se había sentido subyugada por Nick y había creído que era alguien especial, pero, ¿cuál era la verdad detrás de su comportamiento aparentemente generoso? ¿Se habría ofrecido a cortar el césped sólo para conocerla? ¿Habría sido el accidente de Madge un incidente adecuado para su plan secreto de seducir a la tonta hermana de su compañero de copas, la que tenía un niño sin marido?

Recordando la noche anterior, su ternura hacia ella y hacia Rory parecían sospechosas. A los hombres no les gustaban tanto los niños. Y, desde luego, no los niños de los demás. Y, luego, aquella consideración, aquel cuidado para con ella, ayudándola a poner la mesa, incluso haciendo que llevaran la cena.

Linda sonrió irónica, recordando cómo se había tragado el anzuelo.

Esperaba que, al menos, hubiera valido la pena tanto esfuerzo. Dada la cantidad y la calidad de la comida que había llevado, no podía considerarse a sí misma barata. ¿Cuánto costaría una prostituta? ¿Cincuenta dólares? ¿Cien? La cena de la noche anterior habría costado unos trescientos dólares. Claro, por eso se había quedado para hacerlo una segunda vez, una sola vez hubiera sido demasiado caro.

Pero en cuanto se durmió, él había desaparecido, deslizándose de su cama y de su casa como un canalla.

Revitalizada por el enfado, Linda bajó al piso de abajo y empezó a limpiar los platos de la mesa del comedor, intentando no pensar en lo que había ocurrido allí la noche anterior.

Estaba llenando el lavavajillas con rabia, cuando oyó el timbre de la puerta.

Linda suspiró, cansada. No esperaba visita y, desde luego, no le apetecía charlar con nadie.

Saliendo de la cocina, cruzó el pasillo y se quedó perpleja cuando abrió la puerta.

—¡Nick! —exclamó, con el corazón, antes de que su cerebro le ordenara mantener una expresión hermética. Intentó no reflejar nada en los ojos mientras lo miraba, pero estaba tan guapo, afeitado y con el pelo peinado hacia atrás. Se había cambiado y llevaba vaqueros y una camiseta blanca.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó fríamente.

—Linda, no te enfades conmigo —dijo él, sonriendo—. Creí que hacía lo que tenía que hacer cuando me marché.

—Seguro que sí —contestó ella—. A los hombres como tú lo mejor es olvidarlos cuanto antes.

—Estás muy enfadada conmigo, ¿verdad? —preguntó, aún sonriendo.

—¿Y eso te hace gracia?

—En cierto modo.

—¿Por qué?

—Porque significa que te importa.

—¡No me importa! Me importas un rábano. No eres más que

un…un…

—Imbécil redomado —terminó él por ella—. Sí, estoy de acuerdo contigo. Debería haberme quedado y quiero pedirte disculpas. ¿Me perdonas?

Linda sintió que su corazón se aceleraba, a pesar de que su sentido común le decía que tuviera cuidado.

—Yo…no lo sé. No debería.

—Sí deberías.

Linda se quedó desconcertada por su seguridad.

—¿Por qué? —demandó saber, cruzándose de brazos.

—Porque tengo que hacerte una proposición y creo que te interesará.

—¿Qué proposición? —preguntó Linda.

—Necesitas una niñera para Rory y yo quiero solicitar el trabajo.

Linda lo miró, perpleja.

—Sí. Comprendo tu sorpresa. No pensabas contratar a un hombre para ese trabajo. Pero no hay ninguna razón para que un hombre no pueda hacer ese trabajo tan bien como una mujer. Por lo que sé de ti no eres sexista ni tradicional y además, ¿puedo recordarte que soy un excelente cocinero y un experimentado cuidador de niños? La verdad, es que no sería la primera vez que hago ese trabajo. Te aseguro que no podrías encontrar a nadie mejor.

Linda no sabía qué decir. No hubiera sido humana si no se hubiera sentido tentada. Tener a Nick en casa cada noche era la fantasía de toda mujer hecha realidad.

Pero sólo una ingenua aceptaría aquella absurda proposición. El recién descubierto cinismo de Linda sobre los hombres y sus motivaciones la advirtió de que aquello no era lo que parecía.

—Sería una estupidez por mi parte contratar a un hombre del que sé tan poco. Ni siquiera sé cómo te llamas de apellido y sólo tengo tu palabra de que has cuidado niños antes. Me gustaría tener referencias, antes de dejar que alguien viniera a vivir a mi casa.

—Sí, bueno, también he pensado en eso —dijo, sacando un papel doblado del bolsillo de sus vaqueros—. Toma. Lee esto.

Linda lo hizo y su asombro no pareció tener límites. La nota decía:

A quien corresponda:

He conocido a Nick Joseph durante toda su vida y no tengo ninguna duda en recomendarlo para cualquier trabajo. Es un hombre trabajador

y honrado, con valores cristianos. Su generosidad de espíritu y sinceridad son valiosas para todos aquellos que lo conocen. Es especialmente bueno con los niños y, en el pasado, ha sido responsable del cuidado diario de uno, haciendo el trabajo a la perfección.

Estaba firmada por la hermana Augustine, de Las Hermanas de San José, Strathfield, e incluía un número de teléfono.

—¿Una monja, Nick? Estoy impresionada.

—Ya me lo imaginaba. Por favor, llama a sor Augustine si tienes alguna duda.

Linda no pensaba dejarse convencer tan fácilmente.

—¿Y cómo es que conoces a esta monja? —preguntó suspicaz. No había olvidado sus dudas recientes sobre Nick.

—Ella me crió.

—Ella te crió —repitió ella atónita.

—Sí. Me dejaron en el convento cuando era un niño. Las hermanas me acogieron y sor Augustine fue como una madre para mí. Ella es la razón por la que quiero quedarme en Sidney durante un tiempo. Es mayor y no está muy bien últimamente. Quiero estar cerca, en caso de que me necesite o de que ocurra lo peor.

Linda estaba conmovida. Entonces, ésa era la razón por la que Nick era un aventurero. Era huérfano y su única familia era aquella hermana Augustine. Era increíblemente tierno que renunciara a todo para estar cerca de ella al final de su vida.

—Oye, ¿podrías invitarme a pasar? —preguntó él—. Aquí fuera hace mucho calor.

Linda dudaba y Nick esperó con paciencia.

—Si te dejo entrar —dijo ella, con intención—, no quiero que saques ninguna conclusión. Y no quiero que me toques —añadió, amargamente, conociendo su debilidad por aquel hombre.

—Nada de tocar —dijo él, levantando las manos. Pero había un brillo especial en aquellos ojos negros suyos que restaba validez a su supuesto gesto inocente.

—Entra —suspiró Linda—. Haré un poco de café.

—Y yo te convenceré de mis buenas intenciones.

—Tú y yo sabemos que no tienes muy buenas intenciones en lo que se refiera a las señoras.

—Ya veo que voy a tardar un poco en redimirme ante tus ojos.

Linda cerró la puerta y se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Por qué te importa si te redimes ante mis ojos o no? ¿O es que no has vuelto para cuidar a Rory sino para meterte en mi

cama?

Nick la miró pensativo.

—Supongo que podría mentir y decirte que no quiero volver a hacer el amor contigo. O podría decirte la verdad y toda la verdad, pero tampoco creo que me creyeras. Así que, por ahora te diré que no, no he vuelto sólo para acostarme contigo. Realmente quiero ese trabajo. Pero, sí, si compartir la cama contigo cada noche es uno de los beneficios, no voy a decir que no.

La cabeza de Linda daba vueltas ante la idea de tener a Nick en la cama cada noche.

—Bueno, por lo menos eres honrado —dijo Linda, con un suspiro.

—Claro que soy honrado. ¿Es que no has leído las referencias? —preguntó con una maliciosa sonrisa.

—¿Te importa si pongo a prueba esa honestidad por segunda vez? —rió Linda cáustica.

—Adelante.

—¿La cena de anoche de verdad fue gratis o tuviste que pagar?

Él parecía completamente asombrado.

—¡Qué pregunta más rara! Pues claro que fue gratis. ¿Por qué iba a mentir sobre eso?

—Esta mañana me estaba preguntando si no sería parte del plan.

—¿Qué plan?

—El plan para seducir a la tonta y hambrienta hermana de Dave.

Él se quedó mirándola y después negó con la cabeza. Cuando empezó a acercarse a ella, Linda se apoyó en la pared.

—Has prometido no tocarme —protestó casi sin voz cuando él la tomó por los hombros.

—Esto no es tocar. Es hacerte entrar en razón. Quiero dejar una cosa clara. Yo no vine aquí con ningún plan. Lo que ocurrió anoche, simplemente ocurrió. ¿Está claro?

—Sí —dijo ella.

—No quiero jugar a nada, Linda. Soy demasiado mayor para esos juegos. ¿Me vas a contratar como niñera de Rory o no? Haré el trabajo a cambio de casa y comida. En qué cama duerma dependerá sólo de ti. Tú eres la que manda.

¿La que mandaba? Casi se rió al oír aquello. No mandaba en absoluto, especialmente con él tan cerca, con sus manos sobre ella. Le había hecho prometer que no la tocaría porque sospechaba que aquello podía ocurrir.

Aunque tenía que admitir que aquel gesto de protesta de Nick había sido muy convincente. Parecía que no había querido

seducirla...la noche anterior.

Pero aquel era otro día.

—¿Linda? Decídete, por favor.

¿Qué podía hacer? ¿Echarlo? ¿O rendirse a lo que realmente deseaba hacer?

—Me...me gustaría intentarlo.

—Intentarlo —repitió él lentamente, sin dejar de mirarla.

—Puede que no funcione —dijo ella, a la defensiva.

—Sí, es posible. Pero yo creo que sí —continuó el con confianza —. Voy a guardar la moto en el garaje y a traer mis cosas.

—¿Quieres empezar inmediatamente?

—¿Por qué no? ¿No quieres que lo haga?

Lo que ella quisiera no era el asunto. Por dentro podía ser un flan, pero tenía que parecer que estaba controlando. Al fin y al cabo, ella era la jefa y Nick su empleado.

—En fin, supongo que sí. La habitación de invitados está preparada.

—¿La habitación de invitados?

—Exactamente. Lo tomas o lo dejas.

—Lo tomo.

—Y tendrás un sueldo. Nada de casa y comida. Mañana me enteraré de lo que suele ganar una niñera.

—Lo que tú digas, jefa.

Linda ignoró la excitación que recorría sus venas.

—Si haces la comida, incluiré además la casa y la comida.

—Parece una buena oferta.

—Veremos cómo va durante la primera semana —dijo ella, intentando usar el sentido común.

—Eso no es demasiado tiempo.

—Suficiente —dijo ella con brusquedad—. Como vas a mudarte hoy, puedes venir conmigo a hacer la compra esta tarde.

—¿Y Madge?

—¿Qué ocurre con Madge?

—¿No vas a ir a visitarla al hospital?

Linda suspiró.

—Sí, pero me pone nerviosa llevar a Rory conmigo en el coche cuando voy sola.

—Pero no estarás sola —dijo Nick alegremente—. Yo estaré contigo. Después de todo, una buena niñera va donde va su retoño.

Linda lo miró. Era maravilloso que alguien la ayudara con Rory.

—Eso suena muy bien —dijo sinceramente—. Pero no tienes que hacerlo si no quieres. Incluso las niñeras tienen los domingos libres.

—Pero no tengo nada mejor que hacer. Además, me gustaría ver a Madge. La pobre mujer me cayó bien desde el principio.

—Tú a ella también.

Como a Rory y ella misma, se recordó Linda. Aquel hombre era encantador.

Y parecía que no era tan mal chico como ella lo había pintado. Había en él una sinceridad que no se podía negar. Y honradez. No tenía más remedio que creer la historia de sor Augustine. Era demasiado absurda para ser falsa.

Y él no había mentido sobre lo de querer dormir con ella. Si hubiera dicho que no, simplemente no lo hubiera creído.

Un pensamiento cruzó su mente y empezó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó Nick.

—Estaba pensando qué pasaría si Dave viniera hoy de visita y te encontrara instalado en mi casa como niñera.

—¿Hay posibilidades de que eso ocurra?

—Casi ninguna. Pero me haría gracia ver la cara que pone.

Linda se dio cuenta de que a Nick no le hacía ninguna ilusión. Alargó el brazo y le tocó el hombro.

—No te preocupes. Dave no dirige mi vida. Yo hago lo que quiero. Y quiero que seas la niñera de Rory.

—Me estás tocando —dijo él, mirando su mano.

—Lo siento —dijo ella, apartándola.

—No lo sientas —murmuró él, sin dejar de mirarla—. Puedes tocarme todo lo que quieras. Donde quieras y como quieras.

—¡No digas eso! —exclamó ella, asustada por la pasión en su mirada y por la intensidad de su propio deseo de hacer justo lo que él estaba diciendo.

—¿Por qué no? Es la verdad. Lo de anoche fue increíble. Estaría loco si no quisiera más. Pero no tengo intención de forzar el tema —siguió, de repente muy serio—. Sólo quería que supieras lo que siento sobre ese asunto. Lo que ocurra entre nosotros dos a nivel personal, depende enteramente de ti. Pero te aseguro que no te demandaré por acoso sexual si deseas cambiar los arreglos de habitación.

Linda lo miró e intentó serenar su corazón.

—Yo...me gustaría que dejaras de decir cosas tan provocativas como ésa.

—Lo siento. No estoy intentando ser provocativo, sólo sincero. Pero si te molesta, no volveré a hablar de sexo. Por el momento. Pero ahora lo que me gustaría es comer algo. Sor Augustine es una mujer encantadora, pero el desayuno del convento deja mucho que

desear. Y el té es como para no creérselo. Daría lo que fuera por unas tostadas con café.

—Bueno —dijo Linda riendo—. Eso sí lo puedo hacer. Espero. Pero me hará falta un poco de ayuda. Soy famosa por quemar tostadas, créeme.

Se dirigieron hacia la cocina.

—Alguien debería enseñarte a cocinar.

—¿Ah, sí? —sonrió ella con coqueteo—. ¿Y me vas a enseñar tú?

—Soy famoso por enseñarle a las mujeres un par de cosas —dijo, con una cara tremendamente seria.

—¡Eso sí me lo creo!

—¿Estás implicando que soy un depravado? —preguntó él, ofendido de broma.

—Nada de eso —sonrió Linda.

—¡Sepa usted que he sido monaguillo! Incluso pensé en hacerme cura durante veinte segundos un día, mientras asistía a misa.

—Ah. ¿Y por qué cambiaste de opinión?

—Porque llegó una niña y se arrodilló delante de mí. Llevaba un vestido de flores y tenía unas.... —hizo un gesto a la altura del pecho.

—Ya entiendo —dijo Linda riendo—. ¿Qué pasó cuando salisteis de la Iglesia? ¿O no debería preguntar?

—Pregunta.

—Vale. ¿Qué pasó?

—Nada de nada. Ella era un poco mayor. Por lo menos diecisiete o dieciocho años. Pero comprendí entonces que el voto de castidad no era para mí.

—¿Cuántos años tenías entonces?

—No lo recuerdo bien. Probablemente unos ocho.

—Ocho. Ya entiendo. Fue un niño de ocho años el que me enseñó las diferencias entre las chicas y los chicos.

—¿En serio? Cuéntame.

Linda ni siquiera dudó. Lo cual era una sorpresa. Normalmente era reservada cuando se trataba de hablar sobre su vida privada, pero era muy fácil hablar con Nick. Empezó por contarle aquella parte de su vida cuando era una niña y siguió mientras tomaban café con tostadas. Le habló sobre su puritana madre, su rebelde pero no muy exitosa incursión en el sexo durante los años de universidad y su amor apasionado por el periodismo y los viajes, lo cual llevó inevitablemente a su vida con Gordon.

—¿Le conociste cuando tenías veintiún años? —preguntó Nick, masticando su tercera tostada.

Los dos estaban sentados en los taburetes de la cocina.

—Sí. En mi primer viaje fuera de Australia. Estaba en París en un hotel horrible. Me robaron el bolso durante una visita a la torre Eiffel y estaba llorando como una loca en un banco del parque cuando un hombre muy guapo me dio su pañuelo.

—O sea, ¿tonteando con un extraño?

—¡No fue así! Gordon era un caballero.

—¿Ah, sí? ¿Quieres decir que no te hizo el amor? ¿En París?

—Pues...no.

—Yo lo hubiera hecho.

Linda escondió su cara en la taza.

—No tengo ninguna duda de que te acostaste con la mitad de la población femenina de París cuando estuviste allí —susurró.

—En absoluto. Estás muy equivocada, Linda. Igual que tu hermano.

—No creo.

Nick suspiró. De repente, dejó sobre el plato el trozo de tostada y se bajó del taburete.

—Lo mejor será que vaya a guardar la moto en el garaje. Luego subiré mis cosas —dijo, saliendo de la cocina con un gesto de enfado.

Linda se quedó mirándolo. ¿Qué había dicho? ¿Lo habría ofendido al hablar de sus supuestos devaneos con las mujeres? El mismo había admitido que nunca se enamoraba, que se acostaba con las mujeres sin prometerles nada en el futuro, que siempre se marchaba.

La tristeza que sentía ante aquel pensamiento hizo que casi diera un salto. ¿No se estaría enamorando de aquel hombre? ¡No podía ser!

La idea era absurda. Ella estaba siendo absurda e ingenua de nuevo. Era encantador y muy atractivo, incluso dulce y considerado, pero no podía olvidar que era un mujeriego que nunca le daba a una mujer lo que deseaba, seguridad.

El sexo estaba muy bien. Pero, como madre de Rory, lo que necesitaba era un hombre que estuviera con ella cuando las cosas iban mal, un hombre que cuidara de ella y de su hijo y los quisiera con un amor seguro y firme.

Nick no era ese hombre. Él era como un barco que pasaba en la noche y lo mejor sería que no lo olvidara. Y si aquello era demasiado para ella, lo mejor sería que cambiara de opinión inmediatamente y le dijera que se fuera.

En ese momento, Nick volvió con su mochila y puso su decisión

a prueba. Linda miró aquella maravillosa cara, en ese momento sonriente y supo que no podía decirle que se fuera. Deseaba que se quedara.

Lo deseaba.

Capítulo 12

Nick condujo hasta el hospital, con Linda sentada a su lado y Rory felizmente colocado en una sillita de bebé en la parte de atrás.

Linda no podía creer lo bien que se portaba Rory desde que se despertó y vio a Nick. También le sorprendía la actitud relajada de Nick con su hijo, que combinaba con una de firmeza cuando era necesario.

El niño parecía de repente saber quién era el jefe y no intentaba aprovecharse como cuando su madre no sabía qué hacer con él.

Linda se dio cuenta de que ella había contribuido a la costumbre de Rory de llorar todo el tiempo porque siempre que lo hacía, lo tomaba en brazos y, como era un niño listo, pronto se dio cuenta de que llorar atraía la atención de su mamá. Seguramente para él era un juego, pero era una mala costumbre y a ella le destrozaba los nervios.

—¿Cómo es que tienes tanta experiencia con niños, Nick? —preguntó ella cuando pararon en un semáforo en rojo—. Tienes que admitir que no tienes aspecto de niñera.

—Las apariencias engañan —replicó él—. No siempre he estado dando vueltas por el mundo. La verdad es que antes era músico profesional por la mañana y niñera por la noche.

—¿Músico profesional? ¿Pianista?

—Sí.

—¿Con un grupo de música?

—No, con una orquesta. También tocaba solo, lo cual pagaba bien, pero no lo suficiente.

—Sí, ya sé que es difícil ganarse la vida como músico.

—Desde luego que sí.

—Entonces, ¿cuidabas niños por la noche para llegar a fin de mes?

—Se podría decir que sí.

—¿Un niño o una niña?

—¿Qué?

—¿Cuidabas de un niño o de una niña?

—Una niña. Y hablando de niñeras, Linda —dijo, cambiando de conversación— ¿dónde están los padres de Gordon? Quiero decir, ¿cómo es que no te ayudan a cuidar de Rory?

—Oh —Linda no sabía qué decir. Decirle que Gordon no era el padre de Rory llevaría a un montón de incómodas preguntas, pero, por suerte, había una forma de contestar a la pregunta de Nick sin tener que mentir exactamente.

—Viven en Hobart, Tasmania.
—Eso está muy lejos. Es una pena que no vivan en Sidney.
—Sí.
—Ma —oyeron un sonido que venía del asiento de atrás.
Linda giró la cabeza y se encontró con la sonrisa sin dientes de su hijo.
—Mami —dijo ella—. Mami, mami.
—Mami —repitió el pequeño—. Mami, mami.
Linda tomó a Nick del brazo y lo zarandeó violentamente.
—¿Has oído eso? ¿Has oído? ¡Está hablando! ¡Ha dicho «mami»! —exclamó con lágrimas en los ojos.
—¡Linda, por favor! —protestó Nick—. ¿Quieres que nos matemos? ¡Suéltame el brazo!
—Perdona. Es que me ha hecho mucha ilusión.
—Ya veo —dijo, sonriendo—. ¿Y eso hace que todo valga la pena, mami, mami?
—Mami, mami, mami —repitió inmediatamente Rory y el corazón de Linda se hinchó de emoción.
—Sí, cariño, dilo otra vez: mami, mami.
Rory lo repitió y después sonrió encantado, ante la cara de aprobación de su madre.
Linda no se había sentido tan feliz en su vida.
—¡Verás cuando se lo diga a Madge!
—No tendrás que esperar mucho. Ya hemos llegado.
Linda preguntó el número de la habitación de Madge en recepción, con Rory en brazos y escuchó las complicadas indicaciones de la enfermera.
—¿Has oído eso, Nick? —preguntó, dándose la vuelta—. ¿Nick?
Y entonces lo vio, dirigiéndose hacia ella desde la tienda de regalos. Sonreía y llevaba en la mano un ramo de flores y una cesta de frutas.
Linda sintió aquella sonrisa hasta en lo más hondo. Era una respuesta preocupante porque conocía a aquel hombre y enamorarse de él no era parte del trato.
—Si esa cara significa que te vas a enfadar por lo que te va a costar esto —dijo, cuando llegó a su lado—, no lo hagas. Me puedo permitir comprar unas cuantas flores.
—Esas no son unas cuantas flores —contestó ella, mirando el enorme ramo de rosas rojas y blancas—. Y la cesta de frutas no puede haberte costado menos de veinte dólares. Insisto en pagar esta vez. Y no me digas que la chica de la tienda de regalos también te debía un favor, porque no me lo voy a creer.

—Muy bien, jefa. Dejaré que me pagues más tarde.

—Con dinero.

Nicle la miró con expresión de fingido asombro.

—¡Naturalmente! ¿A qué podía referirme si no, Linda?

—Dios sabe —murmuró ella—. Bueno, vamos a buscar la habitación de Madge antes de que me olvide de cómo llegar.

Afortunadamente, Madge estaba sola en la habitación y no tenía visita en aquel momento. Habían servido el almuerzo y estaba terminando cuando ellos entraron.

Su cara se iluminó de alegría cuando los vio.

—Bueno, ¡pero si son Linda y Rory! —exclamó—. ¡Y Nick! ¿Esas flores son para mí? No teníais que haberos molestado, pero me alegro de que lo hayáis hecho. Puedes dejarlas en esa mesa, Nick. Y fruta, también, ¡qué detalle!

—Había pensado comprar bombones —dijo Nick, inclinándose para besar a Madge en la mejilla—. Pero luego recordé su corazón y pensé que la fruta sería mejor para su salud.

—¡Venga ya! Estoy harta de que todo el mundo hable de mi salud. Y estoy cansada de los médicos. Si de verdad yo les importara, me dejarían salir de aquí. Anoche no dormí más que dos horas con todas las enfermeras que entraban y salían de la habitación. Y hablando de dormir, ¿qué tal se portó Rory anoche? Linda, deja que le de un abrazo a mi pequeñín.

Linda acercó a Rory y Madge lo besó y lo abrazó.

—¿Se portó como un buen chico anoche? —repitió, mirando a Linda.

—Como un ángel —admitió Linda.

—Me alegro. Pero no esperaba verte hoy aquí, Linda. Y, desde luego, no esperaba ver a Nick —dijo, mirando de uno a otro con expresión especulativa.

Linda intentó no ponerse colorada.

—Nick se ofreció a traernos en el coche —dijo ella, como excusa para su presencia—. Y no te puedes imaginar lo que ha ocurrido durante el camino —siguió, mirando hacia cualquier lado para que no notara su turbación—. Rory ha dicho «mami», ¿verdad que sí, cariño? Díselo a Madge. Dile: mami, mami.

Rory lo dijo como una cotorra.

—¡Qué maravilla! —elogió Madge—. No todos los niños empiezan a hablar tan pronto. Eres un niño muy listo, ¿verdad, cariño? Bueno, ¿qué tal fue todo anoche? Parece que fue todo un éxito —añadió con una maliciosa mirada.

—Salió bien, supongo. No tuve que cocinar. Nick hizo que

llevaran comida italiana del restaurante de un amigo.

—Desde el momento en que lo vi me di cuenta de que era un hombre emprendedor y fiable.

Linda no podía creer lo que estaba oyendo. Primero, sor Augustine cantaba las alabanzas de Nick y luego Madge. ¿Qué tenía aquel hombre que encandilaba a todas las mujeres? No podía ser sólo su aspecto físico.

—Sí, desde luego que sí —asintió Linda, para sorpresa de Nick —. Por eso lo he contratado como niñera de Nick.

—¿Nick como niñera de Rory?

—¿Por qué no? Nick necesitaba un trabajo y tú misma has visto lo bueno que es con Rory. Y ha cuidado niños antes, ¿verdad, Nick?

—Por supuesto que sí —asintió él—. No se preocupe, Madge. Ya sé que esto ha sido muy precipitado, pero a veces las cosas son así. Le prometo que no tiene nada de qué preocuparse. Yo cuidaré de ellos con mi vida.

Madge sonrió y suspiró con satisfacción.

—Sí. Estoy segura de que lo harás. Bueno, eso me quita un peso de encima. Los médicos me han prohibido que haga nada en absoluto. De hecho, cuando me vaya del hospital tendré que ir a vivir con mi hija durante un tiempo. Estaba preocupada por Linda y Rory, pero ahora veo que todo va a ir perfectamente —terminó con otro suspiro.

—No tenías que preocuparte por mí, Madge —dijo Linda, molesta al ver cómo Madge y Nick se miraban. Se habían pasado una especie de secreta contraseña que no podía descifrar. ¿Estaría Madge advirtiendo a Nick que se comportara con ella?

Probablemente, pensó Linda. Y Nick le estaba prometiendo hacerlo. De hecho, había prometido cuidar de ellos con su propia vida.

Y, aunque eso parecía un poco exagerado, tenía que admitir que le había gustado oír aquella apasionada promesa. Casi podía creérsela. También tenía que admitir que la presencia de Nick la hacía sentirse protegida y segura.

La hija de Madge llegó en aquel momento, con un ramo de rosas y una enorme sonrisa. Linda nunca había conocido a Jane, pero había oído hablar de ella. Tenía unos treinta años y era una mujer simpática y agradable, como su madre, a quien abrazó nada más entrar.

—¡Por fin nos conocemos! —dijo Jane, besando a Linda y al pequeño—. ¿Y este es Rory? ¡Qué niño más guapo! Mi madre no había exagerado nada. Es precioso. ¡Qué ojos! Cuando seas mayor

vas a ser un rompecorazones.

Rory la recompensó con otra de sus sonrisas sin dientes y Linda se sintió tan orgullosa de su hijo como cualquier madre. O cualquier padre, pensó, sintiendo un peso en el corazón cuando pensó en el desconocido padre del pequeño.

Ya no sentía haber tenido a Rory, pero deseaba haberlo concebido de otra forma. Hubiera deseado haber estado locamente enamorada del padre de Rory, que hubiera sido un hijo deseado por los dos y no el resultado de una decisión tomada en medio de la confusión y del dolor.

Pero ya no podía volverse atrás.

—¿Y tú eres Dave, supongo? —preguntó Jane—. Mamá, no me habías dicho que era tan guapo.

Linda y Madge rieron.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia?

—No soy Dave —dijo Nick—. Aunque soy un buen amigo suyo. Me llamo Nick.

Jane estaba perpleja.

—Pero creí que...

En ese momento, Rory empezó a hacer peligrosos pucheros.

—Trae, dámelo —insistió Nick y tomó al niño de sus brazos.

Linda se dio cuenta de que Jane seguía mirándolos asombrada.

—¿Por qué has creído que Nick era Dave? —preguntó.

—Bueno, creí que...Rory se parece un poco a Nick, especialmente por esos ojos tan negros. Pensé que eran parientes. Mi madre me ha dicho que el único pariente que tienes en Sidney es tu hermano Dave, así que pensé que era lo más lógico.

—Ya veo. Pero, no, Nick no es ningún pariente.

—Nick fue el que me rescató ayer, Jane —intervino Madge—. Y ahora va a rescatar a Linda.

—¿Perdón?

—Me refiero a que Nick va a ser la niñera de Rory.

Jane se quedó desconcertada ante la noticia y Linda comprendió su sorpresa. Nick no era una niñera normal, eso desde luego.

—Y como soy una buena niñera cuya prioridad es su niño —dijo Nick, sosteniendo a Rory—, creo que el pequeñajo se está cansando. Lo mejor será que nos vayamos, Linda. No olvides que todavía tenemos que ir a comprar.

Linda sospechaba que Rory no estaba tan cansado como aburrido, pero no lo dijo. Era una buena excusa para marcharse y dejar a Madge a solas con su hija.

Se despidieron y se dirigieron hacia el ascensor por el pasillo.

Linda se dio cuenta de que las enfermeras se daban la vuelta para mirar a Nick. Un par de ellas cuchichearon al oído.

¿Qué estarían diciendo?, se preguntó. ¿Que aquel hombre tan guapo era su marido? Ojala, se encontró a sí misma pensando.

Volvió a pensar lo mismo cuando los tres entraron en el supermercado. Rory, sentado en el carrito de la compra, Nick empujando mientras Linda elegía los productos dirigida por su nueva niñera–cocinera. Varias mujeres hicieron comentarios sobre Rory y las más jóvenes miraban descaradamente a Nick.

—Todo el mundo cree que eres mi marido —dijo Linda, cuando volvían a casa.

—No creo. Pensarán que soy tu pareja, porque no llevas anillo.

—Esa palabra no significa mucho.

—Pues tu amante, entonces.

—Mucho mejor.

—Completamente de acuerdo —dijo él, sonriendo.

—No te hinches como un pavo.

—Esa es una expresión muy provocativa —dijo él con un brillo igual de provocativo en los ojos.

—La verdad es que eres un perverso —dijo ella, sonriendo.

Por alguna razón, su comentario no le hizo gracia porque de repente se puso serio.

—Puedo asegurarte que no lo soy —dijo—. Creo que tendré que hacerte cambiar de opinión sobre mi personalidad.

—No seas bobo, Nick. Era una broma. Si creyera que eras un perverso, no te dejaría cuidar de mi hijo. Pero tendrás que reconocer que eres bastante ligero con las mujeres.

—¿Ligero?

—Ves el sexo como un acto estrictamente físico, en el que se busca sólo por placer. No tienes que sentirte enamorado para acostarte con una mujer. Y cambias de pareja con tranquilidad.

—En ese caso, tú también eres ligera —señaló él—. ¿O me quieres decir que sentías algo por mí antes de anoche?

—*Touché* —murmuró ella.

Ella se lo había buscado. Realmente, no había sentido nada por Nick antes de acostarse con él. Pero algo había ocurrido durante aquella noche. Al día siguiente había visto otros aspectos del hombre y aún le había gustado más.

De hecho, estaba enamorándose de él; lo más estúpido que había hecho en su vida. Más estúpido que tener un hijo por inseminación artificial de un extraño.

—No seas dura contigo misma, Linda —dijo Nick—. Las mujeres

se dicen eso a sí mismas todo el tiempo, que necesitan estar enamoradas para disfrutar de hacer el amor. Pero no es verdad. Una mujer puede sentir deseo tanto como un hombre. Quizá no tan a menudo o no tan indiscriminadamente, pero las mismas hormonas primitivas tiene una mujer que un hombre. A tu edad, estás en la cumbre de tu sexualidad y nadie te va a condenar por necesitar ocasionalmente un hombre. Si ese hombre soy yo en este momento, me siento a la vez privilegiado y adulado. Eres una mujer preciosa y me gustas muchísimo. Espero que yo también te guste, porque si te fueras a la cama con un hombre que no te gustara, no lo entendería.

—Pero sí me gustas. Yo...

—Pues entonces deja de criticarte a ti misma. Relájate y disfruta nuestra relación en lo que vale.

—¿Que es?

—Amistad, apoyo, diversión.

Linda suspiró.

—Esas tres cosas me han faltado durante los últimos dos años. De verdad.

—Pues entonces no las sueltes. Y esto, sin mencionar lo bien que vas a comer. Eres una chica con suerte.

—Creo que acabo de ser seducida de la forma más extraña que se haya oído nunca.

—Estás equivocada. Si quieres que me meta en tu cama esta noche, tendrás que pedírmelo tú.

Linda se puso rígida. Siempre había sido muy orgullosa.

—Ni lo sueñes.

—Depende de ti —dijo él, encogiéndose de hombros.

Y parecía que era así. Incluso cuando Rory se durmió por la noche, Nick no hizo ningún intento por acercarse. Cenaron en silencio y limpiaron los platos en el mismo ambiente de tensión. Linda estaba a punto de gritar cuando sonó el teléfono.

Suspirando con irritación, Linda se secó las manos e iba a salir corriendo para tomar el teléfono cuando Nick la retuvo por el brazo.

—Si es Dave no le digas que estoy aquí.

—¿Por qué no? Tendrán que saberlo tarde o temprano si vas a ser la niñera de Rory. ¿O quieres que esconda tu presencia en mi casa como si fuera un secreto del que tuviera que avergonzarme?

—No. No para siempre. Pero no quiero que se lo digas a Dave todavía. Por favor, Linda, hazlo por mí. Te prometo que si las cosas

funcionan esta semana y me quedo, yo mismo se lo diré a Dave.

—¿Si te quedas? ¿Qué quieres decir? Ah, ya veo. El señor quiere dejar una puerta abierta, por si acaso —dijo Linda, sarcástica.

—Tú eres la que ha dicho que estoy a prueba, ¿recuerdas? Si quieres que me quede, me quedaré.

—¿Te quedarás? —su corazón estallaba de alegría—. Está bien. Sí, quiero que te quedes. Ahora será mejor que conteste al teléfono.

Linda tomó el auricular, con el corazón aún acelerado. Nick se quedaba. La idea era tan peligrosa como emocionante.

—Dígame.

—¿Linda? ¿Eres tú?

—Sí, Dave. ¿Qué tal?

—¿Te pasa algo? Tu voz suena rara.

—No, no me pasa nada.

—Te llamé antes, pero nadie respondía. ¿Dónde estabas?

—Había salido a comprar —dijo, pensando que contarle lo del accidente de Madge llevaría a muchas preguntas incómodas.

—Ya —dijo Dave—. Sólo quería saber si conseguiste que alguien te cortara el césped. Después me sentí culpable, pero de verdad, estaba agotado, cariño.

—No te preocupes, Dave. Madge me buscó una persona.

—Ah, estupendo. ¿Qué harías sin Madge?

«Contrataría a un hombretón de un metro noventa», pensó perversamente Linda, mirando a Nick.

—No tengo ni idea —mintió—. Oye, Dave, perdona pero tengo que colgar.

—¿Rory está llorando como siempre?

—Algo así.

—Ese niño siempre te está dando problemas, ¿verdad, cielo? Bueno, algún día se le pasará. Cuando vaya al colegio, te dejará tranquila.

—Gracias por llamar, Dave.

—Bueno, cariño, adiós.

—Adiós.

Colgó el teléfono lentamente sin dejar de mirar a Nick. Al contrario que su hermano, aquel hombre no estaba lleno de palabras vacías. Estaba allí, apoyándola, ayudándola. Un día se marcharía. No era tan ingenua como para pensar que iba a cambiar su modo de vida por ella. Cuando sor Augustine muriera, él se marcharía. Pero Linda no quería que, al mirar atrás, pudiera pensar que había perdido ni un solo momento del precioso tiempo que tenían para estar juntos.

—Nick —dijo ella suavemente.
—¿Sí? —preguntó él, mirándola con....
—Te deseo y te necesito. Por favor...llévame a la cama.

Capítulo 13

Linda recordaría siempre aquella semana como la más asombrosa de su vida. Había descubierto un mundo de sueños y sorpresas, todo ello gracias a Nick.

El lunes por la noche, cuando llegó a casa, se encontró con una voz de tenor cantando un aria que le resultaba conocida, pero que no podía identificar. ¿Habría encontrado Nick su colección de discos compactos de Pavarotti?, se preguntaba mientras subía las escaleras.

Pero no. Era el propio Nick, en la bañera con Rory quien, entusiasmado, movía los bracitos como un diminuto director de orquesta.

Linda se quedó tan asombrada por la belleza de la voz de Nick que, hasta unos segundos después, no se dio cuenta de que estaba desnudo. Cuando lo hizo, sus ojos se encontraron y él dejó de cantar. Intentando controlarse, pusieron a Rory en la cuna y esperaron hasta que se durmiera, tras lo cual Nick le enseñó sus otros talentos, con bises incluidos.

La noche siguiente, cuando llegó a casa, Nick estaba tocando al piano una marcha de Sousa con un Rory extasiado sentado encima del piano, que daba palmas al ritmo de la música. Linda se quedó aún más sorprendida por la calidad de la música que por su voz.

Le había dicho que era músico, pero no era solamente eso, aquel hombre era un genio.

Más tarde le confesó en la cama que también sabía tocar el violín. Por lo visto, sor Augustine, había tenido que tomar medidas desesperadas ante su hiperactiva naturaleza, rellenando sus horas de asueto con una clase después de otra. La música y el deporte habían sido sus dos amores cuando era un adolescente y seguían siéndolo; el fútbol y la gimnasia, que seguía practicando a menudo explicaban su impresionante musculatura.

Linda le dijo entonces que no pensaba dejarlo ni acercarse a un gimnasio mientras trabajara para ella. Los gimnasios de Sidney eran notorios sitios de coqueteo, llenos de mujeres atractivas que no tenían recato de exhibirse ante hombres como él. Nick rió y le prometió que haría sus ejercicios en casa y sólo con ella.

El miércoles, Linda tuvo que trabajar hasta muy tarde porque, a última hora hubo que cambiar la portada de la revista, debido a un nuevo drama en una familia real europea. La revista en la que trabajaba Linda se llamaba *Mujer en Australia* y contenía artículos sobre personalidades internacionales, entre ellas varias princesas. La

verdad era que Linda se sentía un poco decepcionada por el tipo de artículos que tenía que escribir, pero era un trabajo bien pagado y, en aquel momento, no podía dejarlo porque tenía demasiados gastos, entre ellos el sueldo de Nick.

Él se ganaba cada céntimo, pensó cuando aquella noche su sexy niñera la saludó con el niño en brazos desde la puerta, llevando sólo unos vaqueros ajustados. Hacía una noche muy cálida, pero un Nick semi–desnudo era una imagen que tentaría hasta a la más curtida editora.

—¿Y esto? —preguntó, cuando él le puso una copa de vino en la mano.

Él la besó en la mejilla antes de cerrar la puerta.

—He encontrado las dos botellas de vino que me regaló Gino el sábado pasado. Aquella noche pensé que era demasiado fuerte para aquella aburrida cena, así que las escondí en el armario. Es lo mejor después de un duro día de trabajo.

—¿También envió vino? ¿Qué favor le hiciste a ese Gino para que fuera tan generoso?

—Le presté dinero cuando le hacía falta.

—¿Y supongo que nunca le has pedido que te lo devolviera?

Nick se encogió de hombros. Aquellos hombros desnudos y poderosos.

—No me ha hecho falta.

Linda estaba impresionada por su generosidad.

—Sor Augustine tenía razón, eres un buen hombre. Pero, desgraciadamente, demasiado guapo para inspirar bondad en otros —añadió, sonriendo, mientras se llevaba la copa a los labios y bebía un trago sin apartar sus ojos de Nick.

—No bebas deprisa —advirtió él—. Créeme si te digo que una copa o dos de este vino y serías presa de cualquier hombre.

—Pero tú eres el único hombre aquí —murmuró ella, pasando su mano provocativamente por el pecho desnudo de él, enredando sus dedos por el vello oscuro que llegaba hasta su vientre.

Él sonrió con una sonrisa perversa.

—En ese caso, sigue bebiendo, querida. Para mí también ha sido un día largo y necesito relajarme mucho esta noche.

El jueves fue un día memorable. El masaje que le dio aquella noche fue la experiencia más relajante y erótica que había tenido en su vida.

Con la revista ya en prensas, Linda se tomó el viernes libre.

Cuando Linda se despertó el viernes por la mañana y se encontró a un Nick sonriente con la bandeja del desayuno, suspiró,

completamente feliz.

—Parece que estoy en el cielo —murmuró.

—Te mereces un capricho —dijo él—. Siéntate y te colocaré la bandeja en las rodillas.

Mientras hacía lo que le pedía, echó una mirada al reloj de la mesita y exclamó:

—¡Dios mío, Nick, son casi las diez! Deberías haberme despertado. Me siento culpable por dejar que estés todo el tiempo cuidando de Rory.

—Ha sido muy bueno. Además, para eso me pagas, ¿no?

—Quizá, pero no cuando tengo el día libre. Y tampoco espero que estés a mi servicio día y noche.

—Me gusta estar a tu servicio día y noche. Es un placer.

—Si no te conociera, creería que estás intentando que me enamore de ti.

Él la miró, con una expresión en sus ojos completamente indescifrable.

—Eso es interesante —murmuró—. ¿Y estoy teniendo éxito?

El corazón de Linda dio un vuelco. Estaba teniendo mucho éxito, pero ella se negaba a reconocer aquello para que no arruinara el placer del momento.

—No pienso decírtelo.

—Pero no vas a hacerlo, ¿verdad?

—¿Qué, decírtelo? Desde luego que no. ¿Dónde está Rory, por cierto?

—En la cuna, jugando. Si quieres te lo traigo y lo pongo en la cama contigo.

—Lo mejor será que primero me coma estos deliciosos huevos. Si no, probablemente acabarían decorando las sábanas.

—Tienes razón; ese hijo tuyo tiene mucha energía. Ya se apoya en los barrotes de la cuna, así que tardará poco en empezar a andar.

—He estado pensando en comprarle un parque. Quizá podría ir a comprar uno hoy mismo.

—Buena idea. Yo también tengo que hacer algunas compras.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Tengo que comprarme ropa. Y un coche. No puedo llevarme a Rory en la moto.

—Pero…¿puedes comprarte un coche?

—Tengo algunos ahorros.

Linda no podía imaginar que sus ahorros fueran muchos con tanto viaje y tanto empleo temporal.

—Yo podría tomar el ferry para ir a trabajar y así podrías usar

mi coche durante el día. No me gusta pensar que vas a gastar tu dinero por mi culpa.

—Por favor, Linda, no te preocupes. La única razón por la que no tengo coche es porque hasta ahora, me venía mejor una moto. Ahora que he vuelto a Sidney, me gustaría sacar de paseo a sor Augustine también y no me imagino a una monja de ochenta años montada en una *Harley*.

Pero no se compró un coche de segunda mano.

Compró un *Ford Fairlane* plateado y no tardó más de media hora en hacerlo.

Linda estaba atónita. Tenía que haber pagado en efectivo para haberlo hecho tan rápido. O eso, o tenía un crédito increíble. Nick insistió en poner el asiento del bebé en su coche nuevo y dejar el coche de Linda en el garaje para ir de compras.

Cuando llegaron a la tienda de moda más cara de Sidney, Linda no podía más de curiosidad.

—¿Te ha tocado la lotería o algo así?

—No —dijo Nick, mirando unas camisas carísimas—. Ya te lo he dicho. Tengo algunos ahorros. También me dieron una compensación económica en los tribunales hace algunos años, así que no te preocupes por lo que me gasto. He sido muy ahorrador durante los últimos diez años y ahora me apetece gastar algo.

—¡Esto no es hacer un pequeño gasto! —exclamó ella una hora más tarde cuando él empezó a guardar montones de bolsas dentro del maletero del coche—. ¡Esto es un derroche, Nick!

—Tienes razón —dijo él, sonriendo.

—Estás loco.

—De eso nada. No he estado más cuerdo en mi vida.

—Vale, entonces yo estoy loca, porque no entiendo nada. ¿Para qué necesitas toda esta ropa? No necesitas ropa para ir a trabajar.

Su sonrisa era maliciosa cuando se inclinó para besarla en la boca.

—Tienes razón, cariño. Mi jefa prefiere que lleve la menor cantidad de ropa posible.

—¡Nick, por favor! —exclamó ella—. Quiero una respuesta.

—Muy bien. Quiero que estés orgullosa de mí cuando salgamos a cenar o a la ópera.

—¿A cenar? —repitió ella—. ¿A la ópera?

—Adoro la ópera. Irás conmigo, ¿verdad?

—Pues claro, pero...pero...

—¿Pero qué? No te preocupes por Rory. Madge volverá a casa algún día y no le importará cuidar de su precioso niño los sábados

por la noche.

Linda no sabía qué decir. El sentido común le dijo que estaba viviendo una fantasía que no podía durar, pero rezaba con toda su alma para que no terminara nunca.

—¿Ocurre algo? —preguntó él.

—No —dijo ella débilmente.

—Entonces, vamos a comprarle a Rory su parque.

No sólo le compraron un parque. Nick compró más juguetes de los que Linda había visto en su vida. Estaba emocionada hasta que vio que uno de los juguetes era un tambor.

—¡Oh, no, Nick, un tambor no!

—Un tambor sí. Rory puede aprender a tocarlo mientras yo toco el piano.

—Pero...pero...

—¡Ningún pero! Rory tiene talento para la música y yo pretendo cultivar ese talento.

Linda se quedó pensando durante unos segundos. Ella era la madre, ¿no? Pues ella decidiría qué talentos podían ser cultivados y cuáles no.

—¿No me digas?

—Te digo. Me contrataste para ser la niñera de tu hijo porque necesitaba a alguien que conociera sus necesidades. Yo soy esa persona, así que no te metas en esto, jefa. Yo sé lo que hago. Me llevo el tambor —dijo Nick al vendedor, que tomó el brillante instrumento y lo colocó junto a la pila de juguetes.

Linda se rindió porque cuando Nick se ponía tan autoritario le temblaban las rodillas y porque le hacía gracia, pero tuvo que decir algo cuando vio la factura. Mientras estaban guardando los juguetes en las bolsas, tocó a Nick en el hombro suavemente.

—¿Qué? —preguntó Nick.

—No puedo dejar que pagues por todo esto.

—Tú no tienes nada que decir. Son regalos.

—Pero...

—Linda, no me estropees la diversión, por favor.

—¿La diversión?

—Sí.

—Eres demasiado generoso —dijo, cuando llegaron al aparcamiento—. Pronto no te quedará nada ahorrado si sigues gastándotelo en los demás.

—Pero es que me gusta gastar el dinero en los demás —dijo él —. ¿Para qué vale el dinero si no lo disfrutas?

Ella sonrió, moviendo la cabeza. Parte del encanto de Nick era

que era diferente de los demás hombres. Se llamaba a sí mismo cínico, pero aquel día tenía una expresión infantil. Sus ojos brillaban con un brillo inocente. Aquella era una de las cualidades que más le gustaba de él.

—Creo que deberíamos volver a casa antes de que compres toda la tienda —aconsejó ella.

—La idea me gusta. ¿A ti qué te parece, pequeñajo? —dijo, levantándolo por encima de su cabeza—. ¿Quieres que te compre toda la tienda de juguetes? Bien pensado, muchacho. Me gusta la gente que sabe lo que quiere.

Rory sonreía encantado desde su altura. Cuando lo bajó, volvió a besarlo en la regordeta mejilla y el corazón de Linda dio un vuelco, como ocurría cada vez que besaba a su hijo. Nick era un hombre sensual y tierno, siempre estaba besando y abrazando a Rory, siempre besando y abrazándola a ella. Y Linda no se cansaba de sus besos y sus abrazos. No se cansaría nunca.

—Venga, vamonos —dijo, intentando que su voz no delatara el deseo de llegar a casa para estar a solas con él.

A las seis y media, Rory estaba profundamente dormido. Habían cenado y limpiado la mesa y tenían por delante una larga noche, toda para ellos.

Linda normalmente esperaba que fuera Nick el que diera el primer paso, pero aquel día se sentía demasiado impaciente para esperar ni un minuto.

Se apretó contra él en el sofá del saloncito en el que estaban viendo la televisión y acercó sus labios a los suyos. Él la besó delicadamente, acariciando su cara con una mano y después rozó su lengua con la punta de la suya, haciéndola suspirar.

—Me encanta cuando suspiras así —murmuró él sobre su boca.

—Me encanta cuando me haces suspirar —murmuró ella.

Él la hizo suspirar varias veces más antes de interrumpir los besos bruscamente.

—Linda...

Ella notó el temblor en su voz y salió del estado letárgico en el que la habían dejado sus besos.

—No —casi gimió—. No lo digas.

—¿Que no diga qué?

—Cualquier cosa que no quieras decir.

—Pero es que sí quiero decirlo. Es muy difícil, eso es todo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Linda, apartándose de él—. ¿Otra advertencia sobre lo que esperas de las mujeres? ¿O me quieres recordar que deseas marcharte sin tener que decirme nada? Nick,

¿por qué has sido tan encantador conmigo esta semana si lo que querías era marcharte? —dijo dolorida—. ¿Por qué te portas así con Rory? ¿Por qué haces que el niño te adore? ¿Por qué haces que te adore yo?

Lo miró con una expresión dura, a pesar de que su corazón se estaba rompiendo.

—Qué tonta he sido al creer todas las cosas que has dicho sobre encargarte de dirigir el talento de mi hijo. No puedes quedarte en ningún sitio lo suficiente como para encargarte de dirigir ningún talento, ni siquiera el tuyo. Te diré una cosa. ¿Por qué no nos haces un favor a Rory y a mí y te vas ahora mismo? —le espetó, levantándose y dirigiéndose hacia la ventana.

Se colocó de espaldas a él porque estaba llorando y no quería que él la viera.

Se sentía completamente desesperada. No había apreciado hasta aquel momento lo enamorada que estaba de Nick. Había amado a Gordon, pero aquello había sido diferente. Nick se había convertido en una parte tan esencial de su existencia como el aire que respiraba. La idea de vivir sin él era insoportable.

Cuando la tomó por los hombros y la apretó contra él, tembló violentamente, deseando apartarse, pero sin poder hacerlo.

—No quiero marcharme —le dijo él apasionadamente—. Quiero quedarme contigo y con el niño el resto de mi vida, pero no como niñera. Quiero ser un padre de verdad para tu hijo, Linda. Y quiero ser tu marido, no tu amante. Te quiero, Linda, con todo mi corazón.

El aire alrededor de Linda parecía pesado. Volvió la cabeza al oír las palabras de Nick. La habitación quedó desenfocada.

—¿Me quieres?

—Más de lo que hubiera pensado nunca. Y también quiero a Rory. Seré un buen padre para él, Linda. Te lo prometo.

Linda no podía hablar. Estaba ahogada por la emoción. Nick la quería y quería al niño. Quería casarse con ella.

—Oh —fue todo lo que pudo decir, apoyando la cabeza sobre su pecho y llorando de alegría.

Nick nunca había sentido nada como lo que sentía en aquel momento abrazando a Linda y acariciando su pelo. Había querido a Sarah, pero había sido un amor más juvenil y egoísta. Su amor por Linda era mucho más maduro. Quería dar en lugar de tomar. Quería cuidarla y protegerla.

Le parecía que había entre ellos una unión especial. Sentía una

unión tan fuerte con aquella mujer y su hijo que a veces le hacía perder la cabeza. Nunca habría creído que podría amar a alguien de aquella manera tan desesperada.

El único riesgo, después de aceptar sus sentimientos era cómo hacer que Linda se enamorase de él. Le preocupaba que su atracción por él fuera estrictamente sexual.

Pero su rostro y sus lágrimas le habían dicho lo que necesitaba saber. Lo amaba. Lo amaba de verdad.

—No llores, cariño —susurró él—. No hay razón para llorar.

—Lo sé. Es que soy tan feliz.

El sonrió y le limpió las lágrimas con los dedos.

—¿Siempre lloras cuando eres tan feliz?

—No lo sé. Nunca he sido tan feliz como ahora —dijo ella—. O tan enamorada. Nick, ¿estás absolutamente seguro? Quiero decir...has dicho que nunca te habías enamorado y que no eras el tipo de hombre que se casaba. Y que...que no querías compromisos.

—Sí. Y lo decía de verdad. Pero eso fue antes de enamorarme de ti. He intentado salir corriendo, Linda, no voy a negártelo. El domingo cuando salí de aquí lo hice decidido a no volver. Pero cuando me di cuenta de lo que sentía por ti, me prometí volver y enamorarte como fuera.

—Oh, Nick...

Nick tragó saliva, sabiendo que tenía que decirle toda la verdad. No podía haber secretos entre ellos, pero se le hacía un nudo en la garganta ante la idea de tener que contar lo que no había contado en tantos años.

—Hay...hay algo que tengo que decirte —dijo, con la voz estrangulada por la emoción.

Los ojos de Linda se ensombrecieron por un momento, pero enseguida brillaron de nuevo.

—Puedes contarme lo que quieras —dijo, tomando la cara de Nick entre sus manos y mirándolo con tal vehemencia que él casi se puso a llorar.

Se aclaró la garganta y se apartó lo suficiente para no rozarla. Tenía que controlar sus emociones y no podía hacerlo si ella lo tocaba.

—Es muy difícil para mí hablar de esto, Linda. Tendrás que ser paciente conmigo.

Ella asintió sin decir nada. Simplemente esperó con paciencia, con amor.

Nick tomó aire y empezó a hablar.

—Después de graduarme en el Instituto, ingresé en el

Conservatorio de Música. Cuando tenía diecinueve años conocí a una chica, Sarah. Era una de las secretarias. Tenía veinte años, uno más que yo. Una chica muy guapa, rubia, con los ojos verdes.

Nick tragó saliva un par de veces, pero nada podía aliviar la sequedad de su garganta.

—Nos enamoramos y unos meses después Sarah se quedó embarazada. Nos casamos porque quisimos. Yo siempre había deseado tener la familia que no había podido tener en mi infancia. Jenny nació seis meses más tarde. Era una...niña preciosa. Una alegría...

Nick se aclaró la garganta y siguió.

—Por entonces yo me estaba haciendo un nombre como concertista de piano. Gané un par de concursos y recibí muy buenas críticas. Pero, por supuesto, nada de eso daba mucho dinero y cuando nació Jenny, Sarah tuvo que volver a trabajar. Durante el día, yo cuidaba de Jenny y por las noches y durante los fines de semana, tocaba en restaurantes o en clubs. No teníamos mucho dinero, pero éramos felices.

Nick sentía un peso en el pecho y casi no podía respirar. Siguió hablando:

—Un par de días antes de que Jenny cumpliera tres años, Sarah se tomó el día libre en el trabajo, para llevar a Jenny de compras. Quería que yo fuera también... Estaba lloviendo y a Sarah no le gustaba conducir cuando llovía. Pero había un concurso de piano unos días más tarde con un premio de cincuenta mil dólares y yo pensaba que podía ganar... y creí que ese día, con Jenny fuera de la casa podría ensayar con tranquilidad... Sarán y yo tuvimos una pequeña discusión aquel día y me dijo que era un egoísta... Sé que no lo pensaba de verdad, pero después... cuando me contaron lo del accidente y tuve que ir a identificar los cuerpos, yo...

Dejó de hablar, tomó aire e intentó recuperar el control.

—Me dijeron que no había sido culpa suya. Un camión se saltó un semáforo... el conductor estaba drogado. Cuando me enteré, casi me volví loco... Demandé a la compañía propietaria del camión, probé que algunos de sus conductores tomaban pastillas para no dormirse y gané el juicio... dos millones de dólares. Pero ningún dinero podría devolvérmelas, o hacerme sentir menos culpable.

De repente, no pudo seguir. Sus ojos se humedecieron y tenía un nudo en la garganta. Linda se acercó a él, lo tomó del brazo y se sentó a su lado en el sofá. Cuando le pasó el brazo por los hombros, él se inclinó hacia adelante, en un vano intento por esconder sus lágrimas.

—No pasa nada, Nick —dijo ella suavemente—. Puedes llorar. Yo lloré a mares por Gordon. Llora por Sarah y por Jenny, cariño. Llora…

—Dios —gimió él, sin poder controlar la emoción. Sollozaba, apretándose contra Linda como no lo había hecho nunca. Ella también lloró, lloró con él y por él y durante todo el tiempo lo tuvo apretado contra sí.

Fue una experiencia emocional intensa; un desnudarse de todo excepto de lo más elemental. Se abrazaron y lloraron, hasta que no quedaron lágrimas. Y fue así, abrazados, exhaustos emocionalmente como se acercaron uno a otro de la manera más básica que podían hacerlo un hombre y una mujer, besándose al principio, tocándose y finalmente arrancándose la ropa. La pasión y la urgencia los envolvió con asombrosa intensidad.

Nick la tomó rápidamente, gozando al sentirse dentro de ella, sin protección.

—Nick —gritó ella, llegando al clímax a la vez, su cuerpo contrayéndose furiosamente— Oh, Nick…

Exhausto, él gimió y apoyó su cabeza entre sus pechos. Lo único en lo que podía pensar era en que podían haber concebido un hijo en aquel momento. Pero no le importaba; no tenía miedo en absoluto. De hecho, la idea lo emocionaba. Un hermanito o hermanita para Rory. Una familia.

Apretó a Linda entre sus brazos y se prometió a sí mismo no soltarla nunca.

Desafortunadamente, unos minutos más tarde tuvo que hacerlo porque sonó el timbre.

Capítulo 14

Se miraron, alarmados.

—¿Estás esperando a alguien? —preguntó Nick, bajando del sofá y poniéndose los pantalones.

—No —dijo Linda, rescatando sus braguitas de debajo del sofá.

—¿Podría ser Dave?

—Un viernes por la noche, lo dudo. Siempre trabaja los viernes por la noche.

—Puede ser Madge —dijo Nick—. Puede que haya vuelto a casa a buscar algunas cosas y haya decidido pasar a saludar.

—Sí. Puede ser.

El timbre volvió a sonar.

—¿Quieres que baje a abrir mientras tú te vistes? —preguntó Nick.

—Sí, gracias.

Dave se estaba impacientando cuando llamó al timbre por segunda vez. Sabía que Linda estaba en casa porque las luces estaban encendidas. ¿Por qué no abría la puerta, entonces? ¿Qué estaría haciendo?, se preguntaba.

Volvió a llamar por tercera vez. Podía oír a alguien acercarse a la puerta.

No podía creer lo que había oído en la oficina aquella mañana, pero Mary no era una mentirosa. Estaba segura de haber visto a Linda con un hombre alto, guapo y moreno en la tienda de juguetes. Le había pedido a Mary que describiera a aquel tipo con más atención y, aunque parecía imposible, podría ser Nick.

Dave no había podido concentrarse después de aquello. En cuanto terminó su artículo, lo entregó y puso una excusa para marcharse.

—Un problema familiar —dijo.

Y, desde luego, lo era si Nick y Linda se habían conocido.

La puerta se abrió y la peor pesadilla de Dave se hizo realidad. Allí estaba Nick, vestido sólo con unos vaqueros. Después vio a Linda, bajando la escalera, abrochándose la camisa. Cualquiera se habría dado cuenta de lo que había pasado entre ellos.

—Es tu hermano —dijo Nick burlón—. No saques conclusiones, Dave —dijo Nick cuando vio la expresión de Dave—. Esto no es lo que parece.

—¡Maldito seas! —exclamó Dave, empujando a Nick y haciendo que éste retrocediera.

—¡Dave, no! —gritó Linda, colocándose entre ellos y sujetando uno de los enormes bíceps de Nick.

Dave no se podía creer cómo lo miraba. El amor quemaba en sus ojos, caliente y profundo.

Nick puso una de sus manos sobre las suyas y la palmeó tranquilizador.

—No te preocupes, Linda. Dave se calmará cuando sepa la verdad.

—¿Qué verdad? ¿Que te has encontrado con Linda y con Rory y de repente has reconocido a tu hijo?

—Que me he enamorado de tu hermana —dijo Nick—. Fui yo quien vino a cortar el césped el sábado. Para abreviar, Madge se cayó por la escalera y yo me quedé a cuidar a Rory hasta que llegó Linda. Cuando nos conocimos, nos sentimos atraídos el uno por el otro. Como quería pasar más tiempo con Linda, me ofrecí a cuidar del niño hasta que volviera Madge y he estado aquí desde entonces. Esta noche le he pedido a Linda que se case conmigo y me ha dicho que sí. Me has dicho que sí, ¿verdad, cariño?

—Desde luego que sí —contestó ella, mirándolo con los ojos brillantes.

Dave estaba completamente desconcertado. Aquello era increíble. No se lo podía creer.

—¿Le has dicho que te vas a casar con él sólo después de una semana? —preguntó Dave.

—Sí —repitió ella firmemente—. Le quiero, Dave. Es un hombre maravilloso. Y también quiere a Rory. ¿Te lo puedes creer? Nunca creí que encontraría a un hombre que quisiera a mi hijo tanto como yo.

Dave miraba de uno a otro y se dio cuenta de que no sabían nada.

—No se lo has dicho a Nick, ¿verdad? —preguntó Dave.

—No. Aún no.

—¿Decirme qué?

—Que Gordon no era el padre de Rory —dijo Dave.

—Dave, por favor—protestó Linda—. ¿Tenías que decírselo así?

—¿No era de Gordon?

—Yo... quería decírtelo, pero no encontraba el momento. Y no quería que pensaras nada malo de mí.

—¿De quién es entonces? —preguntó Nick, atónito.

—Suena horrible, pero no lo sé —gimió Linda—. Gordon me

había prometido que tendríamos un niño y cuando murió, pensé que… simplemente tenía que tener un hijo. Así tendría algo por lo que vivir.

Dave se dio cuenta de que Nick empezaba a entender porque se había quedado blanco.

—Sé que fue una tontería por mi parte, pero le pregunté a Dave si conocía a alguien que quisiera ser donante, alguien que reuniera las condiciones que yo quería para mi hijo. Alguien inteligente y guapo y creativo…

Dejó de hablar en ese momento cuando vio la sonrisa de Dave y la expresión conmovida de Nick.

—Tú. Eres tú. Tú eres el padre de Rory.

—Eso parece —dijo él—. Pero no sabía que era para ti. Dave me dijo que era para una mujer casada que no podía tener hijos y que no había funcionado. Yo no tenía ni idea de que había tenido un hijo. Un hijo —repitió Nick, con una expresión incrédula—. Rory es mi hijo.

—Nuestro hijo —le recordó Linda.

Él la miró.

—Sí, nuestro hijo —repitió él, y la abrazó y empezó a dar vueltas, riendo y bailando.

Dave no pudo evitar sentirse emocionado por su felicidad. ¿Quién hubiera creído todo aquello? La lástima era que Nick no tenía dinero, pensó. Pero nunca se puede tener todo.

—Ejem —tosió, cerrando la puerta tras él.

Linda y Nick se separaron y lo miraron con una mezcla de gratitud y exasperación.

—Me mentiste —dijo Nick, mirándolo con reproche—. Pero supongo que tendré que perdonarte, ahora que somos parientes. Pero me gustaría que ejercieras un poco más de tío porque dejas mucho que desear, no sé si lo sabes. Un niño como Rory necesita mucha atención y cariño.

«Vaya», pensó Dave. «De verdad parece querer al niño». Qué pasión. Durante un segundo, le pareció que iba a pegarle un puñetazo.

Dave decidió cambiar de conversación.

—Bueno… ¿cuándo os vais a casar?

—En cuanto sea posible —dijo Nick firmemente.

—¿Te molestaría si te pregunto cómo piensas mantener a vuestro hijo?

—Me molestaría.

—No se puede vivir sólo de amor, no sé si lo sabes.

—Sí se puede —aseguró Nick—. Pero si te preocupa mucho te diré que tengo dinero, Dave. Mucho dinero.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Es una larga historia y no me apetece contarla en este momento. Ahora Linda y yo nos vamos a ir arriba a mirar a nuestro hijo. Eres bienvenido, tío Dave.

Los tres subieron a la habitación del niño, se colocaron al lado de la cuna y miraron al durmiente.

—La hija de Madge tenía razón —susurró Linda—. Tiene tus mismos ojos, Nick. Y tú barbilla.

Nick alargó el brazo y apartó un rizo del rostro de su hijo. Estaba tan emocionado que no podía hablar.

Linda miró a su hermano.

—Elegiste muy bien, Dave —sonrió.

—Ya lo sabía —sonrió él.

—¿Lo has bautizado? —preguntó Nick.

—Aún no.

—Me gustaría que lo bautizáramos lo antes posible, si te parece bien, Linda.

—Claro —cualquier cosa que él quisiera, a ella le parecía bien.

—Y me gustaría llevarlo mañana para que lo conociera sor Augustine. Se va a emocionar.

—Y Madge cuando se lo diga —dijo Linda.

Los dos suspiraron y el niño siguió durmiendo, ajeno a la alegría que estaba causando.

Nick lo miró con los ojos húmedos y decidió que lo primero que haría al día siguiente sería enseñarlo a decir papá.

Linda sonrió a su hijo y pensó que muy posiblemente aquella misma noche habría concebido un hermanito o una hermanita para Rory, porque estaba justo en su época fértil.

Dave se quedó allí mirando, dando gracias a Dios porque todo había salido bien. No era un hombre religioso, pero aquella noche su fe se veía renovada.

Los caminos del destino, desde luego, eran misteriosos.

Fin